



Mariano Picón Salas

COMPRENSIÓN DE VENEZUELA

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO



200
BATALLA DE
CARABOBO

Mariano Picón Salas Escritor, filósofo, historiador, biógrafo y diplomático nacido en Mérida en 1905. Formó parte del equipo de gobierno de Rómulo Gallegos y posteriormente participó en el diseño de la política cultural durante las gestiones de Rómulo Betancourt y Raúl Leoni. En 1946 restituyó los estudios de Filosofía en Venezuela al fundar la Facultad de Filosofía y Letras de la UCV, y en 1965 creó el Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes. Entre sus muchos libros destacan *Buscando el camino* (1921), *Problemas y método de la Historia del Arte* (1933), *Formación y proceso de la Literatura venezolana* (1940), *Viaje al amanecer* (1943), *Miranda* (1946), *Los días de Cipriano Castro* (1954). Murió en Caracas en 1965.

« *Plaza Bolívar y Catedral de Caracas*. 1940.
Archivo MDV.



Comprensión de Venezuela

MARIANO PICÓN SALAS

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarboló el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **BATALLA DE CARABOBO**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

La **COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO** ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

Nicolás Maduro Moros
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

Nicolás Maduro Moros
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

Delcy Eloína Rodríguez Gómez

Vladimir Padrino López

Aristóbulo Iztúriz Almeida

Jorge Rodríguez Gómez

Freddy Nájuez Contreras

Ernesto Villegas Poljak

Jorge Márquez Monsalve

Rafael Lacava Evangelista

Jesús Rafael Suárez Chourio

Félix Osorio Guzmán

Pedro Enrique Calzadilla

Comprensión de Venezuela

MARIANO PICÓN SALAS



Contenido

- 11 PRÓLOGO POR GUILLERMO SUCRE
- 27 PRÓLOGO DEL AUTOR
- 31 COMPRENSIÓN DE VENEZUELA (1948)
- 57 RUMBO Y PROBLEMÁTICA DE NUESTRA HISTORIA
- 75 PASEO POR NUESTRA POESÍA (DE 1880 A 1940)
- 101 PERFIL DE CARACAS (1945)
- 111 PROCESO DEL PENSAMIENTO VENEZOLANO

129	ANTÍTESIS Y TESIS DE NUESTRA HISTORIA
145	NOTAS SOBRE EL PROBLEMA DE NUESTRA CULTURA
169	AUDITORIO DE JUVENTUD
181	UN JOVEN ARQUETIPO
197	CARACAS (1920)
207	CARACAS (1957)

Prólogo

*¡Oh dicha de entender, mayor
que la de imaginar o la de sentir!*

BORGES

Aun como historiador, biógrafo, sociólogo o incluso como narrador, Mariano Picón Salas fue siempre, y sobre todo, un ensayista. O digamos más bien que todos esos diversos planos de su actividad creadora estuvieron dominados por la perspectiva —el espíritu, el tono— del ensayista. Ya sé que a él no le hubiera gustado del todo esta definición tan sumaria. Alguna vez se quejó, con razón, de la tendencia (con frecuencia tendenciosa, ¿no?) a poner rótulos al escritor como una manera de “eludir el problema de criticarlo y analizarlo, de saber efectivamente qué es lo que contiene y qué se puede decir de su mensaje”.¹ Pero no es por seguir estimulando esa perezosa inclinación que iniciamos este prólogo calificándolo a él de ensayista. ¿Sería necesario añadir no que fue el mejor —para qué ser enfáticos— sino que fue, y quizás siga siéndolo, el más vivaz, el más versátil de los ensayistas venezolanos? Se impone, sí, una precisión mucho más (im) pertinente.

¿No se ha abusado ya en demasía, y no sólo en nuestro país, del vocablo ensayista? Sin mucho discernimiento, en verdad, se le adjudica a cualquier ejecutante de una prosa más o menos correcta o a cualquier

[1] “Y va de ensayo”, en *Obras Selectas*. 2a ed. corr. y aum. Madrid-Caracas, Ediciones Edime, 1962.

recolector de piezas meramente documentales —cuando no de un pretencioso enciclopedismo—, y subrayemos que esto en el mejor de los casos. Sin duda que el ensayo mismo, como género, parece prestarse a esta abigarrada prodigalidad. Vale, pues, la pena exponer, desde ahora, lo que uno piensa de dicho género.

En primer lugar, un ensayista no es aquel que, con buenas o malas ideas, o intentos de ideas, parece no ahorrarse el gusto o el trabajo de arruinar o extenuar todo lo que es inherente a una buena escritura; lo que equivale a decir que un ensayista es un escritor —alguien para quien el lenguaje cuenta como tal— y no un escribiente.² Que el lenguaje cuente como tal no significa que se tenga que escribir con donosura, que es indicio de modosidad, y no solo estilística; ni siquiera que deban observarse las sacrosantas leyes de la claridad expositiva o de la concordancia gramatical. Significa algo infinitamente más simple, pero quizás también más arduo: no hacer de las palabras un instrumento opaco —ya sabemos que para expresar las grandes ideas o intentos de ideas que el autor dice tener—, sino crear un visible espacio espiritual y verbal. Todo texto de un verdadero ensayo, ¿no desencadena de inmediato un estímulo estético, no es también una composición, tal vez menos rigurosa, pero dibujada con igual nitidez que la de cualquier pieza literaria? ¿No es inherente al ensayista la sensibilidad ante el lenguaje, la presencia de una voluntad de estilo?

En segundo lugar, un ensayista no es un simple divulgador de ideas, ni siquiera un muy hábil sistematizador de ellas. Es cierto que comparte con el filósofo la pasión de la inteligencia: comprender (“¡Oh dicha de entender, mayor que la de imaginar o la de sentir!”³) con radical y aun

[2]_ Distinción que hace Roland Barthes entre “écrivain” y “écrivain”; ver *Ensayos críticos*, Barcelona, Seix Barral, 1967.

[3]_ Frase de un cuento de J. L. Borges: “La Escritura del Dios” (*El Aleph*, 1957), que tiene este sentido: la comprensión de las cifras del universo.

problemática lucidez la trama del mundo. También es verdad que, a diferencia del filósofo, le gusta ser más intuitivo que lógico, aún más fragmentario que totalizador, y que su discurso es más libre que sistemático, más flexible que ajustado a categorías bien definidas de antemano, así como más dubitativo que afirmativo. Un ensayista introduce la vida —y aun su propia vida— en la reflexión; un filósofo practica más bien una operación inversa: introduce la reflexión en la vida.

Como un dios Jano, el ensayo tiene dos caras: una que mira hacia la filosofía, otra que mira hacia la estética. Pero la metáfora no es del todo exacta. Más que fronterizo o ambivalente, se trata de un género mercurial: sus componentes no llegan a formar un precipitado definitivo y estable, sino que intercambian sus propios signos: viven desdoblándose, en continua tensión dialéctica. No importa que el filósofo predomine sobre el artista o que ocurra lo contrario: el verdadero ensayista no es ni uno ni otro, sino ambos a un tiempo: un ente distinto, sin identidad y, sin embargo, reconocible en su no-identidad.

El propio Picón Salas lo ha expresado mejor que nosotros en un texto mucho más preciso, y con el que tal vez tenga alguna analogía el anterior punto de vista. Allí, en dos pasajes exponía:

La función del ensayista —cuando lo es como Carlyle, Emerson, Santayana, Unamuno— parece conciliar la Poesía y la Filosofía, tiende un extraño puente entre el mundo de las imágenes y el de los conceptos, previene un poco al hombre entre las oscuras vueltas del laberinto y quiere ayudarlo a buscar el agujero de la salida. No pretende como el filósofo, ofrecer un sistema del mundo intemporalmente válido, sino procede de la situación o conflicto inmediato. ¿Pero es que no participan de lo mismo para encontrar el mundo de las ideas o el mundo de la interioridad, Platón y San Agustín? Y esto explica a veces la falacia o artificialidad de los géneros literarios, pues tanto los *Diálogos* platónicos como las *Confesiones* agustinianas participan, simultáneamente,

de la naturaleza de la Filosofía y del Ensayo. Es cierto que la mayor insistencia en lo concreto, la visión no sólo intelectual sino también plástica del Universo, marcará una amable frontera entre el ensayista y el filósofo.

...

La fórmula del ensayo —¡qué sencillo parece esto al apuntarlo!— sería la de toda la Literatura: tener algo que decir; decirlo de modo que agite la conciencia y despierte la emoción de los hombres, y en lengua tan personal y propia, que ella se bautice a sí misma.

Este texto es doblemente esclarecedor. Al tiempo que nos da una idea de cómo Picón Salas concebía el ensayo en general, pone de relieve algunos de los rasgos de su propia obra de ensayista. Entre ellos, uno que podría ser la clave de todos: el carácter interrogativo y problemático que tiene esa obra, tanto en los temas que desarrolla, como en sus formas; también en su naturaleza misma de obra literaria, en su gestación como tal.

En efecto, por una parte, la tarea del ensayista para Picón Salas no es la de un simple cronista que cuenta los hechos o expone un pensamiento ya establecido y aceptado, sino algo más radical: trastocar los campos de una axiología rutinaria, situarse si fuera necesario contra la corriente, constituir la realidad a partir de su esclarecimiento más descarnado. Como él mismo lo dirá en uno de sus libros fundamentales, escribir es “penetrar más allá del pellejo de las gentes, morderles las entrañas y desasosegarlas como el buitre de Prometeo”; “medir las temperaturas que reinan en lo más hondo de la conciencia” (*Regreso de tres mundos*, 1959). Se trata —para decirlo de una manera directa— de escribir a partir de un debate con el mundo y con la historia.

Este hecho, a su vez, está en relación con las motivaciones que conducen a Picón Salas al acto mismo de la escritura. No obstante sus evidentes dones verbales, a lo largo de su obra una pregunta —tácita o expresa— parece siempre acosarlo: ¿por qué y para qué escribir? Esa pregunta marca todo su estilo e hizo de él un caso distinto en la prosa venezolana, por lo general

oscilante entre el énfasis discursivo y la platitude, o entre el preciosismo y el mazacote verbal. No voy ahora a caracterizar en detalles ese estilo; ya lo ha hecho con exactitud y sabiduría Ángel Rosenblat.⁴ Apenas resumiré algunos de sus rasgos más notables, que forman una trama irreductible y cuyo punto textual (en el sentido de tejido) parece radicar en esto: el contraste y la fusión entre el entusiasmo poético (un amplio sistema analógico, el don de la visualización, el acoplamiento fónico, el ritmo envolvente, las transiciones airosas, la riqueza verbal, el sentido de los matices) y una tendencia al enunciado dubitativo o inquisitivo (fórmulas atenuantes, aproximativas o conjeturales, frases interrogativas, giros oblicuos o impersonales, el esfuminado, la ironía). La poesía y la reflexión crítica: persuadir por el encantamiento o por la duda; nunca por el giro rotundo o el recargo dogmático. Persuadir y no intimidar, como hubiera dicho Borges.

Es verdad que ese mismo estilo tuvo aspectos vulnerables, que tampoco queremos ocultar. Quizás Picón Salas estereotipó un tanto sus propios recursos; en sus creaciones metafóricas se dejó llevar por el facilismo, a veces intolerable; aun cayó en lo que él mismo reprochaba a los modernistas: lo deleitoso y deleitable del decorado verbal. Pero es posible que esos mismos defectos tuvieran, como en los modernistas, cierta “virtud”: fueron expresión de una sensibilidad venezolana o latinoamericana (la pobreza de nuestra vida social que nos hace buscar una compensación en la “riqueza” verbal); nos dieron un sentido de las formas, de la materialidad del lenguaje. En efecto, lo “decorativo” puede ser también un don; bien empleado, hace pasar el aire por la trama verbal, le da a esta un valor en sí misma, liberándola de su función meramente referencial.

¿Por qué y para qué escribir?: hay que volver sobre esta pregunta que tanto —tácita o expresamente— el propio Picón Salas se formuló a sí mismo.

[4]_ Ver bibliografía final.

Ella, en verdad, nos conduce a la gestación de su carácter como escritor. Hablemos de dos momentos muy distantes en el tiempo. En 1943, Picón Salas publica *Viaje al amanecer*. Autobiografía, ficción y ensayo a la vez, en este libro evoca las experiencias de su infancia y adolescencia en un mundo casi arcádico. En ese mundo de la fascinación comenzó a formarse la sensibilidad del escritor, pero ya con este signo: el debate entre la fantasía poética y la inteligencia analítica. Refiriéndose a ese debate, confiesa:

La infancia quería destruir su deleitoso hacer, en las primeras cavilaciones y los primeros análisis. Interrogaba mucho, y quería saber todo lo que hubo, todo lo que existió antes de mí. La explicación del Mocho Rafael ya no me satisfacía del todo, y apliqué a sus cuentos e historias de magia *una crítica tempranamente racionalista* (subrayado nuestro).

Décadas después, la experiencia va a ser inversa: el espíritu crítico parece optar entonces por la magia que antes había querido reducir a razón y orden. Contraponiendo el mundo contemporáneo dominado por la cibernética, deshumanizado, cercenado de los ritmos primordiales de la vida, vuelve sobre su infancia y dice:

Todavía cuando yo era niño, en mi pequeña ciudad montañesa conocí chalanos y yerbateros y gentes que hicieron la guerra civil a pie, y parecían llevar en las plantas la orografía de los caminos, el olor de las yerbas pisadas, toda una fresca y personálísima ciencia popular de leyendas, refranes y canciones.

Y luego añade esta doble confesión tan reveladora:

La nostalgia de esa naturaleza perdida es uno de los *leit motiv* de mi obra literaria, pero al mismo tiempo el público que nos lee en los periódicos pide orientaciones, retratos y síntesis de ideas, y por eso fui llamado un ensayista.⁵

[5]_ “Pequeña confesión a la sordina”, prólogo a la edición de *Obras Selectas*; ob. cit.

La nostalgia de un mundo extático, como fuera de la historia, y la urgencia de otro metido en la historia misma, con reclamos y problemas ineludibles; la sensibilidad que quiere demorarse en la contemplación y la conciencia que se ve obligada a aceptar sus deberes: entre estos dos polos se desarrolló siempre la vocación creadora de Picón Salas. Polos al parecer irreconciliables, pero de los cuales resultó la tensión de su obra. Una tensión viva, que por lo mismo llegaba a alcanzar un difícil, pero justo equilibrio, es decir, una forma humana de aceptar la dialéctica de la libertad y de la necesidad en el mundo. Un acto de sabiduría. Por ello pudo decir igualmente: “Cierta gusto por la forma estética y cierto escepticismo que producen los libros de Historia, cuando enseñan que la Humanidad repite en distintas épocas parecidos errores y experiencias, me libraron del fanatismo ideológico”.⁶

Comprensión de Venezuela fue concluido en 1948, solo que publicado un año después. Importa precisar esta fecha, porque de algún modo es central en el destino de nuestro país. En ese año parecía consolidarse, por primera vez en la historia venezolana, un régimen democrático, un sistema de libertades plenas y de grandes reformas sociales y económicas. Todo ello se resumía en un hecho que para Picón Salas era quizás el primordial: la vida del país regida por un pensamiento civilista, por líderes modernos y no por caudillos militares; por valores de convivencia y por una búsqueda de creación y progreso colectivos. ¿No era ya ejemplar —aunque demasiado utópico también— el que el primer Presidente venezolano electo en votación popular hubiese sido nada menos que Rómulo Gallegos? Es evidente que el libro de Picón Salas está impregnado del entusiasmo que nacía de tales circunstancias, pero no se circunscribe a ellas, incluso por el hecho de que muchos de sus ensayos datan de años anteriores. Hay, además, otras razones que dan más

[6]_ *Idem.*

amplitud a sus perspectivas. Por una parte, si bien su visión sigue los pasos del nacimiento de una nueva y moderna Venezuela, no deja por ello de internarse por todo el proceso de la historia, la educación y la cultura nacionales. Por la otra, esa misma visión se inserta en un marco más vasto de referencias y valores: la conciencia de lo americano y de lo universal. ¿No fue este sentido para las relaciones y analogías su método predilecto y más significativo? “Quien carece de punto de comparación ni siquiera ve lo próximo”, era uno de sus principios, expresados en un libro anterior.⁷ En el prólogo a *Comprensión de Venezuela* no será menos explícito e importa subrayarlo ahora cuando se habla —con tanta insistencia e inconsistencia, y no sin cierto filisteísmo— de nacionalismo e identidad nacionales en nuestros países; allí dice, con ironía:

El nacionalismo eficaz no es el de aquellos que suponen que un misterioso numen nativo, la voz de una Sibila aborigen ha de soplarles porque cruzaron el Orinoco en curiara o les azotó la ventisca del páramo de Mucuchíes, sino el de que quienes saben comparar y traer a la tierra otras formas de visión, técnicas que aclaren las circunstancias en que están sumidos. Los países como las personas solo prueban su valor y significación en contacto, contraste y analogía con los demás. Por ese anhelo de que lo “venezolano” se entienda y se defina dentro de las corrientes y las formas históricas universales; por esa responsabilidad que a veces insurge contra tantos mitos y prejuicios, ya recogí bastantes molestias en mi carrera de escritor. No hay que engañar al país, sino ayudarlo y comprenderlo. Embriagándose de palabras, en cerrado provincianismo mental, muchos venezolanos escribieron sobre la Patria como si ella fuera una excepción histórica, como si nuestra originalidad o idiosincrasia merecieran aquella literatura de asombro que provocó el país de Gulliver o las inencontrables islas de la Utopía.

[7] *Europa-América (Preguntas a la Esfinge de la Cultura)*. México, Cuadernos Americanos, 1947.

Después de esta larga cita, vale la pena, sin embargo, formular una observación general. A pesar de los propósitos universalistas del autor, se echa de menos que en sus análisis lo venezolano no alcance la intensidad, la complejidad y, por ello mismo, la (única posible) universalidad que alcanzan, por ejemplo, lo argentino en el *Facundo*, o lo mexicano en *El laberinto de la Soledad*. No digo esto para restarle méritos al libro de Picón Salas (y quizás la comparación en este caso sea injusta), sino para situarlo en su real dimensión —también para no seguir contribuyendo a la tendencia ditirámica, que tanto se cultiva en nuestro país—. Los valores de su libro, en verdad, pertenecen más al orden del análisis histórico o sociológico que al de la exploración profunda de un alma o inconsciente colectivo. Un hecho es necesario señalar también: *Comprensión de Venezuela* está integrado por ensayos de diversas épocas y aun como respuesta a estímulos o exigencias de variada naturaleza; quizás esto lo privó de esa unidad más creadora, de esa suerte de extrema aventura de la imaginación y el pensamiento discernibles en los libros de Sarmiento y de Octavio Paz. Pero tampoco ello debe hacer suponer que se trate de un libro sin coherencia o que solo la tenga a partir del tema de lo venezolano. Si bien es un libro escrito según las circunstancias, no es un libro de circunstancias, no es un libro circunstancial. El lector puede volver sobre él —sobre todo el lector joven— no como un acto de nostalgia por una realidad ya anacrónica, sino como búsqueda de los signos que siguen dominando en la Venezuela de nuestros días. Aun así, si este fuera el único indicio de su vitalidad o vigencia, podría parecer un indicio ambiguo: revelar la clarividencia del autor, pero también esa suerte de inmovilismo, profundo y esencial, en que suele desarrollarse la vida venezolana, no obstante su aparente vertiginosidad. (En un país donde todo el mundo habla de cambio —burgueses y antiburgueses, derechas e izquierdas, clericales y anticlericales, militaristas y antimilitaristas—, ya sabemos que el verdadero cambio es solo frenesí

retórico). En tanto que la naturaleza crítica y desmistificadora del libro, su visión moderna, su capacidad para ser comprensivo sin caer en la complacencia, su poder de catalizador de ideas, removedor de esquemas y escombros mentales: es esto lo que lo hace todavía perdurable.

Comprensión de Venezuela se inicia con un ensayo del mismo nombre y cuyas dos primeras partes tratan de la geografía venezolana. Podría parecer algo convencional, pero no lo es dentro de los lineamientos del libro. De ningún modo Picón Salas quería seguir el esquema positivista —aunque no solo de esta tendencia de explicar una cultura o un proceso histórico a partir del medio o del ambiente— sino, por el contrario, cuestionar ese punto de vista. “Cierta sociología naturalista, muy de moda a fines del siglo XIX, nos desacreditó el Trópico como tierra del más langoroso calor, donde se anula y amortigua el impulso del batallar humano”, aclara desde el principio. La precisión no dejaba de ser oportuna y polémica: no solo una reacción contra el determinismo de cierta filosofía oficial venezolana, que curiosamente coincidía con un substrato de superstición colectiva, sino también, y sobre todo, una manera de dinamitar el alma de un país aletargado. Así el signo del calor perdía para siempre su carácter de estigma o de símbolo predestinados para convertirse en lo que realmente es: un signo más de nuestra cultura, un factor que el venezolano podía combinar y cambiar según su capacidad de decisión. Dentro del signo del calor, ¿no había nacido acaso, en la época colonial, una verdadera civilización, cuyo mejor reflejo encontramos en su arquitectura?

La opción por el libre arbitrio, por la voluntad creadora del hombre es quizás uno de los ejes centrales en el pensamiento de Picón Salas. Una idea, y una creencia, que da unidad a todos los ensayos de *Comprensión de Venezuela*, y que le confiere a este libro un valor estimulante, un reto que todavía las nuevas generaciones no han resuelto. Así, por ejemplo, su meditación sobre los países pequeños. No deja de ser significativo

que, en otro ensayo, Picón Salas ya hablase justamente de lo que hoy se conoce como la tercera posición —que no debe confundirse necesariamente con el tercermundismo—. Algunos podrían calificar su actitud de mero humanismo, pero ¿no percibimos hoy que es esa actitud lo que le ha faltado a ciertas empresas ideológicas que han confundido la revolución con el resentimiento, como si este no fuera un mecanismo diabólico que convierte a los antiguos “esclavos” en los nuevos “amos”? En un pasaje del ensayo antes aludido, Picón Salas expresaba:

Entre los dos campos antagónicos que ya perfilan una nueva guerra mundial, cabe soñar en la tercera posición: la de los países pequeños que no desean desgarrarse, sino desarrollarse, y para quienes la tarea no consiste en pugna por la primacía, sino por el bienestar y la cultura.⁸

Pero semejante punto de vista no deriva en un nuevo aislacionismo o provincianismo. Picón Salas concibe el carácter universal de la historia contemporánea y por ello, en otro ensayo, dirá:

hay que quitar —a quienes todavía la tienen— la falsa ilusión de que Venezuela, como las demás Repúblicas sudamericanas, pueden ser países aislados, separados del mundo exterior tras sus peculiares regímenes de gobierno y de sus economías atrasadas como lo fue el sueño de más de un voluntarioso caudillo criollo.

Ese ensayo, por cierto, es central en el libro. Se titula “El problema de nuestra cultura”, problema que, para Picón Salas, reside en la Educación misma. Se trata de un ensayo central por muchas razones. Aunque toca los puntos concretos de nuestro sistema educativo, Picón Salas no lo hace con la mentalidad del pedagogo ya tradicional en Venezuela cuyas soluciones tienden siempre a ver —si es que algo ven— los árboles y

[8]_ Ver también un desarrollo más completo de este tema en el ensayo “Las Pequeñas Naciones”, en *Europa-América*; ob. cit.

nunca el bosque; él, por el contrario, se preocupa por una visión amplia y totalizadora. Los dos fundamentos de que ha carecido nuestra educación —dirá— son los de una Filosofía y una Política. Podría ser paradójico, ¿no?, dado el abuso con que se han empleado estos dos términos entre nosotros. Pero Picón Salas les confiere un sentido no solo distinto, sino exacto: filosofía: un sistema de ideas que configure una acción coherente, y no el eventual acomodamiento “ideológico”; política: una estrategia social (y no necesariamente partidista) que ponga en práctica aquel sistema y sepa combinar los fines inmediatos y los mediatos, el adiestramiento individual y el bien colectivo. No solo esto; el autor inserta estos dos términos en una tradición del propio pensamiento venezolano: Simón Rodríguez, Andrés Bello y Cecilio Acosta ¿No habían ellos formulado orientaciones muy aplicables a una Educación que tomando en cuenta el carácter nacional no perdiera de vista lo universal, que al mismo tiempo reconciliara Historia y Naturaleza, Humanismo y Pragmatismo? Solo que “el pensamiento de ninguno de los tres logró influir ni imprimir una directiva filosófica” a nuestra educación —observa Picón Salas—. Esta se desarrolló sin principios cardinales, al azar de las improvisaciones y del mimetismo ante lo foráneo. Escrito hace más de treinta años, este ensayo tiene todavía plena vigencia y no deja de impresionar la visión premonitoria (y, claro, admonitoria) con que su autor penetraba en el tema cuando advierte: “Lo peor que le puede ocurrir a Venezuela es que al amparo de un presupuesto pródigo como el que la riqueza petrolera vuelca sobre el Estado nos trocásemos en un país de burócratas y parásitos”. ¿No será este uno de los factores que ha paralizado nuestra educación en todos sus niveles: oficiales o privados, estatales o autónomos, elementales o superiores? ¿No es el nuestro, además de desorientado, un sistema educativo burocrático, donde parece privar más el espíritu mezquinamente gremial, la holgazanería sabihonda o la trabajosísima sabiduría personal ineficaz, carente de lucidez o de

entusiasmo creador? Ese entusiasmo y esa lucidez con que justamente Picón Salas concluye su ensayo:

Formar pueblo, es decir, integrar nuestra comunidad nacional en un nuevo esfuerzo creador; trocar la confusa multitud en unidad consciente; vencer la enorme distancia, no solo de leguas geográficas, sino de kilómetros morales que nos separan a los venezolanos, y adiestrar “comandos”, es decir, hombres que comprendan su tiempo, que se entrenen para la reforma con que debemos atacar nuestro atraso; que tengan voluntad y coordinen sus esfuerzos, son las tareas educativas más presurosas que reclama nuestro país. Junto a la transformación pedagógica, a la necesidad de humanizar y difundir las escuelas y preparar maestros —maestros para Venezuela, es decir, que deban conocer y actuar en un medio precisamente determinado—, la idea filosófica que nos conduzca a alguna parte, que imponga a esta acumulación informe que hemos llamado nuestra Cultura un sistema y un espíritu ordenador.

Este volumen sigue exactamente la primera edición de *Comprensión de Venezuela*,⁹ añadiendo solo los ensayos sobre Caracas (la ciudad más demoniaca del Caribe, llega a llamarla) que el autor escogió en sus *Obras Selectas*. Habría que decir que en vida de este apareció un volumen ampliado, con el mismo título, en las Ediciones Aguilar (Madrid, 1955) y quedó preparado otro todavía más extenso, que reunía textos posteriores y/o dispersos sobre el mismo tema de lo venezolano, bajo el título de *Suma de Venezuela*, cuya edición fue postuma.¹⁰ Mariano Picón Salas murió en enero de 1965 y el prólogo que escribió para ese nuevo volumen fue quizás uno de sus últimos escritos; en él condensaba

[9]_ *Comprensión de Venezuela*, Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación, Colec. “Biblioteca Popular Venezolana” 34, 1949.

[10]_ *Suma de Venezuela*. Caracas, Editorial Doña Bárbara, 1966.

una vez más —¿era acaso su despedida?— su idea de la libertad y de la tolerancia:

“A mis años y cuando ya contemplamos bajo los más diversos prismas el espectáculo del mundo, nos resistimos a la petrificación y los dogmas inflexibles que quieren imponernos las ideologías. Calvino sigue siendo para mí uno de los personajes más antipáticos e intolerantes de la Historia. Su deseo de rigor y de uniformidad humana quizás era un complejo de castración. Y suele haber el “calvinismo” de los totalitarios de la extrema derecha y de la extrema izquierda, igualmente, exterminadoras. Ninguna ideología puede configurar la amplitud o dificultad de la vida. Venturosamente vivir es más problemático o más poético que lo que pretenden ciertos simplificadores o empresarios de mitos que suelen ser también candidatos o verdugos”.

Picón Salas había nacido un mismo mes de enero, el año 1901, en la ciudad de Mérida. Allí realizó sus primeros estudios y aun inició los universitarios continuando estos en Caracas adonde viaja el año 1919. Su residencia en la capital fue relativamente breve: los estudios jurídicos no satisfacían su verdadera vocación¹¹ y decide regresar a la ciudad natal, no sin antes publicar su primer libro, de prosas poéticas y ensayos, *Buscando el camino* (1920). En 1922 se encuentra, pues, en Mérida, pero al poco tiempo, por causas políticas y personales, entre ellas, la ruina económica de su familia, emprende su primer largo viaje y exilio voluntario. Durante casi trece años vivirá en Chile; una vida signada por la intensidad: estudia Historia, enseña luego en Liceos y en la Universidad, escribe numerosos ensayos y textos narrativos, participa hacia 1930 en el movimiento socialista chileno, funda grupos y revistas con jóvenes intelectuales y mantiene siempre un estrecho contacto epistolar

[11]_ “Don Julio, el cincuenta por ciento de los venezolanos son abogados, y yo no tengo nada que hacer en Caracas”, le escribe a Julio Planchart.

con los integrantes de su generación, dentro y fuera de Venezuela. Volverá al país en 1936, después de la muerte del dictador Gómez; pero desde entonces su destino no podrá escapar al signo de la errancia, o del nomadismo, como él lo hubiera llamado. Nomadismo no sólo geográfico, sino también espiritual, cultural, que era, para él, un signo del escritor latinoamericano. Ya en la madurez, confesará:

“Acaso contra mi voluntad, el Destino me impuso una vocación de escritor nómada, y por ello mis escritos obligan frecuentemente al lector a largas expediciones por el mapa. (...) Los europeos, que nacieron en el regazo de civilizaciones viejas, ya ordenadas y sistematizadas, no pueden comprender esta instintiva errancia del hombre criollo, la continua aventura de argonautas que debemos cumplir aún para esclarecer nuestras propias realidades”.¹²

En efecto, durante el resto de su vida, compartirá la permanencia en Venezuela con los viajes: recorrerá Europa, América Latina y Estados Unidos; será indistintamente diplomático o simple profesor en diversas ciudades de estos continentes. Pero lo que nunca llegó a ser fue un *desarraigado*. No solo en los años en que vivía en el país nativo se entregaba con fervor a una tarea colectiva y aun fundadora (Revista Nacional de Cultura, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto Nacional de Cultura), sino que además de su experiencia extranjera surgieron algunos de sus mejores libros sobre la idea de lo nacional o de lo latinoamericano: *De la Conquista a la Independencia* (1944), *Europa-América* (1947), *Pedro Claver, el santo de los esclavos* (1950), *Gusto de México* (1952). También *Comprensión de Venezuela* fue concluido en Bogotá, el año 1948, siendo entonces Embajador del Presidente Gallegos. Y, sin duda, es de toda esta vasta experiencia con los viajes y la vida de otros países de donde

[12]_ “Pequeña confesión a la sordina”; ob. cit.

nace su excelente autobiografía —excelente aun en todo el ámbito latinoamericano— que es *Regreso de tres mundos* (1959). ¿No fue el destino de Picón Salas la sencilla, pero también extraordinaria encarnación del mito del Hijo Pródigo, el que siempre regresa para enriquecer su ausencia?

GUILLERMO SUCRE

Bibliografía mínima:

Manuel Granell: “El pensamiento humanista de Picón Salas”, en *Del pensar venezolano*. Caracas, Ediciones Catana. 1967.

Pedro Grases: “M.P.S. o la inquietud hispanoamericana”, en *Digo mi canción a quien conmigo va*. Caracas, Ediciones de la Fundación Eugenio Mendoza, 1974.

Ángel Rosenblat: “Mariano Picón Salas”: I. Venezolanidad y universalismo; II. El maestro de la juventud; III. El estilo y el hombre, en *La primera visión de América y otros ensayos*, 2ª ed., Caracas, Ministerio de Educación, Colec. “Vigilia” 8, 1969.

Prólogo del autor

De multitud de páginas escritas sobre Venezuela —algunas en horas de efímero periodismo y apagadas con la luz del mismo crepúsculo— selecciono un manojo de las que acaso tengan mayor validez y vigencia. Se escribe sobre la Patria en extrema tensión y apremio; acosado por los problemas y como una forma de deber cívico más que de arte gratuito. La Cultura y los métodos que uno pudo aprender al contacto de otros libros, lenguas o civilizaciones quiere emplearse como reactivo para juzgar o mejorar lo próximo. El nacionalismo eficaz no es el de aquellos que suponen que un misterioso numen nativo, la voz de una Sibila aborigen ha de soplarles porque cruzaron el Orinoco en curiara o les azotó la ventisca del páramo de Mucuchíes, sino de quienes saben comparar y traer a la tierra otras formas de visión, técnicas que les aclaren la circunstancia en que están sumidos. Los países como las personas solo prueban su valor y significación en contacto, contraste y analogía con los demás. Por ese anhelo de que lo “venezolano” se entienda y se defina dentro de las corrientes y las formas históricas universales; por esa responsabilidad que a veces insurge contra tantos mitos y prejuicios, ya recogí bastantes molestias en mi carrera de escritor. No hay que engañar al país, sino ayudarlo y comprenderlo. Embriagándose de palabras, en cerrado provincianismo mental, muchos venezolanos escribieron sobre la Patria

como si ella fuera una excepción histórica, como si nuestra originalidad o idiosincrasia mereciese aquella literatura de asombro que provocó el país de Gulliver o las inencontrables islas de la Utopía. Cuando quise señalar dentro de un cuadro de movimientos y corrientes universales (barroco, neo-clasicismo, romanticismo, positivismo, etc.), el proceso de nuestras ideas o de nuestras letras, recibí denuestos de quienes piensan que este género de trabajos debe hacerse para elogiar a todos los amigos y llamar insuperables artistas a todos los que ocasionalmente publicaron un soneto o una crónica. Así como nuestra Historiografía fue durante mucho tiempo listas de héroes y batallas aliñadas de profusos adjetivos, todavía se supone que la Crítica literaria debe ser un catálogo y alabanza de todos los oradores que pronunciaron discursos en las reparticiones de premios de Tucupita o de los filósofos en agraz que se preparan en Baruta a ofrecer su propia concepción del mundo.

Definir problemas aunque la definición parezca inusual a los diarios comentaristas de la vida vernácula, ha sido para mí un duro propósito de escritor en que me gustaría insistir, lejos de todo halago y todo ruido. Hay una Literatura tan maravillosa en el mundo que cuando uno, abandonando el epicúreo goce de leer, se decide a borrar su modesto testimonio, debe cumplir, al menos, una obligación de conciencia. Ya se entra en esa edad —edad de sosiego, edad penserosa— en que no nos quita el sueño la vanidad literaria, empezamos a conocernos implacablemente y no nos preocupa como a los veinte años que salga cada semana nuestro retrato o una mención de nosotros en los periódicos. Que se nos censure con razones; que se medite para rectificarnos, que encontremos adversarios que nos mejoren y superen es entonces mucho más grato que la alabanza fácil, el elogio sin motivación que como pintarrajeada flor de lata se alquila en toda Agencia de pompas fúnebres. Y a la mentida fama, a todo espejismo de celebridad, preferimos un sencillo fin de servicio; que estas cosas que nosotros pensamos, que vi-

mos y sobre las que nos documentamos, resulten útiles a cualquiera que las encuentre o repiense; a ese lector solitario, a ese ciudadano perplejo que cualquier día en la más silenciosa biblioteca descubra entre papeles amarillosos un gesto o una actitud de nuestra conciencia. Creo que el mayor goce o justificación de toda obra literaria es hablar a ese lector in-nominado, a ese desconocido hermano o camarada nuestro que pueda compartir nuestra misma angustia y a quien haga cavilar aquella idea — frágil plumilla de cardo— que arrojamos a la azarosa merced del viento.

Chapinero - Bogotá: 1948.

Comprensión de Venezuela (1948)

Geografía con algunas gentes

A un cuero de los Llanos, bastante bien secado al sol de la Zona tórrida, se semeja en los mapas el territorio de Venezuela... El matarife divino (porque en todo inicio está la Teología o la Geología que conduce a lo mismo) al realizar aquella operación de corte, empleó, sin duda, un gastado cuchillo rural, ya que lo que se puede llamar nuestra piel topográfica dista mucho de la simetría y de aquellas exigencias que en las grandes curtiembres se fijan al producto. La materia más abultada del inmenso cuero donde el geólogo taumaturgo se complació en las salientes costras, es ese arco irregular Sur-Oeste-Noreste que forman desde el Táchira hasta la Península de Paria los Andes y su ramificación montañosa costera. Al Sur de aquel arco, en el desagüe de los ríos que alimentan al Apure y la gran serpiente del Orinoco, el cuero ya es más simétrico y liso; es la región de los Llanos. Quien guste de soñar ante los mapas puede entretenerse en otras curiosidades topográficas: los pedazos de nuestro continente que en época remotísima se llevó el mar de los Caribes: el pie de la isla de Bonaire que yergue su talón de futbolista contra las Antillas más lejanas; la lámina del cuchillo de Curazao —verdadero cuchillo de pirata holandés—; las gallinitas cluecas bien acurrucadas en un suave nidal marítimo de las islas

de Aves, el duro farallón de los Roques, Margarita con sus perlas y los prodigiosos colores de su “Arestinga”, el zurrón, contradictoriamente lleno de asfalto y azúcar de la isla de Trinidad de que disfrutaban los ingleses, y toda la menuda siembra de islotes que frente a nuestros dos mil ochocientos trece kilómetros de costa marítima, se alinean y despliegan como adelantándose a defender ese territorio bravo, puente o costilla que parece juntar el mundo antillano con el mundo andino y que políticamente se nombra: Estados Unidos de Venezuela. Prehistórico sitio de paso para los feroces caribes que desde la más pilosa y bárbara selva amazónica avanzaron hacia el mar, y de piratas fluviales se convirtieron en piratas marítimos; vencieron y sometieron a los aruacas y de una a otra isla saltaron con su grito de guerra, su “Ana Carine Rote” por todo el Archipiélago que llevó su nombre. Vestigios de pequeñas civilizaciones derruidas al paso de la oleada bárbara se descubren cada día, y entre otras aquella misteriosa cultura del Lago de Valencia rescatada del limo lacustre por el Doctor Rafael Requena donde el fantasioso arqueólogo se complacía en ver y mostrar los “vestigios de la Atlántida”.

Pero, ¿qué de cosas debieron ocurrir en esa infancia de la Historia y del mundo! Frente a San Juan de los Morros, puerta de los Llanos, por donde ahora cruzan bajo el bravío sol, apaciguando sus reses con el canturreo monótono, los pastores llaneros que las llevan a la ceiba y a los activos mataderos de la región de Aragua, se yerguen unos cerros dentellados, de la más caprichosa forma, especie de castillos feudales o graníticas almenas para dominar la planicie. Quien trepa a ellos con zapatos y bastón de explorador tiene la ilusión de haberse salvado de algún naufragio marítimo; y conchas petrificadas, fósiles de moluscos, le enseñan —aun sin saber Geología— que por allí se precipitaron las aguas del mar Terciario. Lo que es ahora llanura herbosa antes fue Océano, y desde el verandah del Hotel termal donde el Dictador Gómez bañaba en la piscina probática sus riñones de toro viejo, se perfila en roca viva el testimonio de esa lucha

plutónica. Los peñones de los “Morros”, compendio de la más escueta y desgarrada geología, son los que impiden a las llanuras venezolanas —a diferencia de las pampas argentinas— salir al mar; los grandes ríos de la planicie se corrieron demasiado al Sur —donde todavía el hombre venezolano los utiliza poco— y los pequeños valles de la Cordillera de la Costa que con Margarita, el litoral cumánés y los estados andinos del Occidente tienen la mayor densidad demográfica, sufren a veces de sed y necesitan irrigación artificial.

Esa Venezuela poblada —la del Norte del país y la de los Andes— ha requerido, a pesar de todos los cantos románticos a la opulencia de la Zona tórrida, esfuerzos de hombres machos para superar una Geografía bastante difícil. Los vascos del siglo XVIII con su buena servidumbre mestiza poblaron de casales y plantíos los valles de Aragua que a Humboldt se ofrecieron en 1800 como uno de los más laboriosos y animados jardines de América; los mayorazgos diligentes de las viejas familias criollas —Palacios, Pulidos, Bolívares y esa extraña dinastía fenecida de los Mier y Terán— penetraban a los llanos a doctorarse en rejo y en lazo, a domar reses bravas y a asentar con el imperio sobre la tierra límite aquel instinto de dominación que hizo de Venezuela durante las guerras emancipadoras del siglo XIX un caliente almacigo de jefes. Como en dulce sombrío de aclimatación prosperó, también, desde fines del siglo XVIII el café que el padre Mohedano llevaba al valle de Caracas y que fue extendiendo su palio de azahares y sus gajos de rosadas cerezas, en todas las laderas cordilleranas del Norte al Occidente entre 800 y 1700 metros de altitud. Si el cacao fue un cultivo esclavista; si durante la época colonial apenas sirvió para erigir sobre una gleba sumisa el dominio de la alta clase poseedora que adquiriría títulos y a quienes apodaban justamente, los “Grandes Cacaos”, el café fue en nuestra Historia un cultivo poblador, civilizador y mucho más democrático. Algo como una clase media de “conuqueros” y minifundistas comenzó a albergarse a la sombra de las haciendas de café.

En mi bella ciudad de Mérida cuyo paisaje de agricultura de tierra alta se transformó a comienzos del siglo XIX con los cafetos, narraban a propósito del fruto, una bonita historia del tiempo romántico. Ocurre, entre paréntesis, y para ambientar mejor el suceso que aquella tierra de la angosta antiplanicie merideña tiene ya la fatiga de tres siglos de ser trabajada. Al más hispido cerrito se pegan los que ya fatigaron la tierra plana, mandando valle abajo los rodados y la erosión. Viejas familias que ya se transmitían sus testamentos y firmaban sus decoradas rúbricas en las escrituras del siglo XVII conservan esas tierras sobre las que gravitaron muchas capellanías y censos civiles y eclesiásticos; estrictamente lo preciso para lo que en el estilo arcaico de mi ciudad se llamaba “no perder la decencia”, pero insuficiente para quien quiera alcanzar el millón de bolívares. Y de las fiestas sociales de Mérida donde ponía las más gallardas contradanzas y adivinaba todas las charadas, partió por los años 60, poseído de un sorpresivo espíritu de aventura que asombró a sus contemporáneos don Diego Febres Cordero a desbrozar las entonces virginales tierras de Rubio en el Táchira, a remover su negro migajón y a levantar con máquinas llevadas por piezas a lomo de mula a través de los barrancos cordilleranos, las primeras instalaciones modernas de caficultura conocidas en el país. Podían los caudillos en otras regiones de Venezuela combatir por el color rojo o por el color gualda, por “los sagrados principios” o la “alternabilidad republicana” —como decían las proclamas casi teológicas de entonces— pero en las fincas de don Diego con ceibos corpulentos, con represas para el agua y cilindros y trilladoras modernísimas, nunca faltó el pan abundante y una laboriosidad de Arcadia bien abonada. ¡Oh, si por tantos caudillos como tuvimos entonces hubiera poseído el país cincuenta Diegos Febres Cordero! A la escuela patriarcal de don Diego mandaban las viudas a sus hijos “con buena letra” para aprender la contabilidad y el estilo de cartas que se escribían a los comerciantes de Hamburgo, óptimos compradores

del café tachirenses. Y en aquella región fronteriza, el cultivo cafetero del siglo XIX formó pueblos alegres con iglesias de dos torres y tres naves, con amplia plaza para colear toros y correr “cucañas y cintas” el día del Santo Patrón y hasta con su “Centro de Amigos” o “Club del Comercio” para agasajo de visitantes forasteros. No todo era desorden ni algazara en aquella Venezuela post-federal que describieron algunos sociólogos pesimistas. Cuando faltaba el auxilio del Gobierno, los vecinos de los Andes reparaban su necesario camino al Lago; los magníficos arreos de mulas de Carora, anticipándose al ferrocarril, repartían por los más intrincados pueblos montañoses los productos de la civilización, y las alzas de café y la buena ceba del ganado traído de los Llanos, permitía que en ferias y fiestas, campesinos prósperos hicieran a los gallos y a los dados, “apuestas de a cien fuertes”. El Estado era pobre, pero prosperaba y crecía, a pesar de todo, nuestra buena raza hispana y mestiza; la que producía simultáneamente caudillos y agricultores y poetas de a caballo, generales que hacían versos, como Falcón y Arismendi Brito.

Los prohombres de un país inmenso y mal comunicado, de fuerte vida regional, se conocían en los Congresos o en las tiendas y hoteles de la “Calle de Mercaderes” de Caracas a donde todos llevaban con “el voto de los pueblos” las complicadas listas de encargos de sus familiares, clientes y compadres. Allí precisamente alternaban el andino Eusebio Baptista con el guayanés Dalla Costa, el General Araújo con el sutilísimo doctor Vicente Amengual, creador de todo un estilo político, de una sagaz malicia indígena cuyo último intérprete fuera hasta hace, apenas dos lustros el doctor Victorino Márquez Bustillos. Durante veinte y tantos años el “recibo” semi-parisiense, modelo Segundo Imperio, del General Guzmán Blanco, albergó todos los días los rostros de esos mensajeros de una Venezuela inmensa y violenta; barbas de caudillos de la Guerra Federal, doctores atiborrados todavía de cánones y latines en la vieja Universidad de los Andes, oradores de la época romántica que te-

nían la negrísima perilla, la voz de órgano y las metáforas orientales del Doctor Ildefonso Riera Aguinagalde. Contra todos ellos había erguido su Cesarismo liberal, su política de europeización ese Pedro el Grande del trópico que se llamaba el “Ilustre Americano”. Pero de una de esas audiencias del “Ciudadano Presidente”, derrocado ya Guzmán Blanco, y finalizado el siglo XIX, salió un hombrecillo desmirriado, mal vestido y de ojitos de parapara profiriendo injurias contra el Mandatario que según el incómodo visitante, “ya no oía el voto de los pueblos”. Tratábase de Cipriano Castro, descendiente —según dicen— de bravos indios motilonos, personaje rural hasta esa fecha, pero cuya tremenda energía y audacia desplegara pocos meses después la revolución andina que desde los últimos rincones fronterizos hizo en marcha casi sorpresiva y casi paralizante de más de mil kilómetros, la Conquista del Capitolio. Un espíritu aristocrático, dueño de la mejor prosa modernista, discípulo de Barres y de D’Annunzio, Manuel Díaz Rodríguez comparaba en una novela publicada en 1901, *Ídolos rotos* la marcha de aquella soldadesca enruanada, de los labriegos con fusil que acamparon al pie de la estatua de Bolívar, con una invasión de bárbaros. El desterrado en su propio país que era en ese instante el autor del libro, cerrábalo con un lóbrego “Finis Patriae”. Vivir en Europa, pasearse por las “loggias” de Florencia y amar heroínas dannunzianas, parecía la solución de aquellos personajes pálidos y nerviosos de Díaz Rodríguez. Pero ¿es que acaso con las mesnadas de Castro no se incorporaban a fundirse en una gran síntesis venezolana, gentes que vivieron aisladas y cuya propia ventura por primitiva que parezca, no revelaba una nueva conciencia de sí mismos, un ímpetu altivo de participación? No es culpa de ellos, sino de las condiciones sociales, si su insurgencia no fue más culta; si los doctores y legistas no pudieron crear un marco jurídico para el nuevo ascenso de masas, si por el renunciamiento y cobardía de las llamadas clases influyentes, se pasó de la aventura de Castro al letal letargo de la tiranía

de Juan Vicente Gómez. Pero en esta —como después lo veremos— es preciso no juzgar tan solo las circunstancias autóctonas, sino también las de un imperialismo voraz, las de consorcios inversionistas sin escrúpulo, que encontraron en el duro pastor de La Mulera el mayordomo que requerían sus intereses.

En todo caso, y desde una perspectiva más amplia que es la que hace la Historia, el proceso de la República en los cientos y tantos años que separan a Bolívar de Juan Vicente Gómez, fue un largo proceso de fusión. En 1777 cuando una Real Cédula creó la Capitanía General de Venezuela, esto parecía casi una entelequia administrativa. ¿Qué tenía que ver entonces Mérida con Cumaná y los esclavos de las haciendas cacaoteras con los mantuanos de Caracas? Bolívar y su agónica peripecia a través de las Llanos y Andes fue el Moisés que reunió las tribus dispersas y les dio la conciencia de unidad y destino. Aquel orgullo venezolano, el de las lanzas llaneras que subieron el Alto Perú, el de los caballos apureños que abrevaron en el Desaguadero, el de Antónito Sucre, prócer en Bolivia, mantuvo su mesianismo, su esperanza y mérito de mejores días, aun en los momentos de mayor desolación nacional. Después, los territorios y las gentes aisladas empezaron a juntarse en el gran crisol de la República. Sangre llanera se unía con sangre andina en la convulsión de la guerra federal. Los montañeses del Táchira iban al Oriente y descubrían la fascinación de la Guayana en las guerras castristas de 1902. Y si hay un factor que pierde cada día su validez en la política venezolana es el regionalismo que ayer fue consigna de pequeños caciques. En poco más de un siglo, Venezuela ha asentado su unidad, y diría que ya hay un mestizo nuestro, un tipo venezolano que ha asimilado aquellas sangres, aquellas divergencias, aquella parte de historia común que marca hoy con gozo y con esperanza nuestro patronímico.

Acaso falte —como en todas partes— perfeccionar nuestra democracia legal, pero es ya bastante amplia nuestra democracia humana. Una

educación gratuita que reparte cada día nuevos grupos escolares, nuevas escuelas granjas, nuevas legiones alfabetizadoras por todo el país, que aumenta cada año el presupuesto educacional; una moderna y creciente conciencia de los servicios públicos, empresas económicas que surgen con más audacia, están cumpliendo en nuestra tierra una tarea redentora. Y todo el tiempo que los venezolanos dedicamos a lamentarnos, a ser los Narcisos del propio dolor, bien vale la pena señalar y alentar esta hora de estímulo.

Signo del calor

Cierta Sociología naturalista, muy de moda a fines del siglo XIX nos desacreditó el Trópico como tierra del más langoroso calor, donde se anula y amortigua el impulso del batallar humano. Pero además de que en nuestro Trópico el clima se modifica por las altitudes andinas y quien sin saber viese, por ejemplo, una fotografía de Mucuchíes en el Estado Mérida con sus mestizos enfundados en chamarretas de lana, situaría el lugar y las gentes en una región hiperbórea, y quien comiera manzanas en Pueblo Nuevo o Bailadores supondría, imaginariamente, que estaba en Galicia; a más de las complicadas relaciones entre temperatura y orografía y de que la técnica del siglo XX puede afrontar el problema del trópico de modo muy diverso a como lo consideraba el siglo XIX, a más de todo eso, se hace necesario para quienes lo hemos sudado y vivido bastante, distinguir los matices y variedades del calor. En el calor como en el amor también se distinguen grados y especies. Antes de desenvolver la teoría —porque presumo de ser experto en calores— conviene una requisitoria contra ese melindroso siglo XIX que tanto nos calumniara. Siglo burgués, si los hubo, sobre todo en su segunda mitad, el siglo XIX —como en las famosas caricaturas de Daumier— se caracterizó por un falso ideal de seguridad, por presumir que todo, en

un mundo que se tornaba sumamente satisfecho y orondo, ya transcurriría sin riesgo ni peligro. El burgués bien comido y pensionado por el Estado —como en las novelas francesas de 1870 a 1880— podía entregarse a la contemplación de sus complejidades psicológicas. Y el criollo que vivía en Caracas, en Bogotá o en Managua se dedicaba al lamento que engendró muchas páginas de nuestra literatura modernista. Pero los voluntariosos vizcaínos de la Compañía Guipuzcoana que en el siglo XVIII dieron gran incremento a la Agricultura de Venezuela, y los agresivos y bien dispuestos frailes de las misiones catalanas que en el propio 1700 fundaron pueblos hasta en el más remoto rincón del país, no pensaron demasiado en el calor, como tampoco pensaba Humboldt que se solaza en su libro describiendo las tibias y estrelladas noche de Cumaná. Y un baño en el río Manzanares compensaba para el viajero romántico, de la molestia de cualquier día caluroso. Era para él la más perfecta emoción rusioniana que podía ofrecerle la zona tórrida.

Por ese impulso tan característico de la colonia venezolana en el siglo XVIII, nuestra civilización de entonces pudo llamarse —aún con más propiedad que la de hoy— una civilización del calor. Buenas obras de mampostería arruinadas después por la guerra civil habían dejado frailes, guipuzcoanos y dueños de hatos, en las poblaciones llaneras. Algunas de las muestras de mejor Arquitectura que tiene nuestro arte colonial, se encuentran curiosamente en los pueblos y ciudades más cálidas: aquel delicioso portalón de la Casa de la Blanquera en San Carlos de Cojedes, la Iglesia de San Juan Bautista del propio San Carlos con su limpia fachada de basílica romana; la “Casa de las Ventanas” de Coro, las iglesias de Araure, El Pao, Guanare; el Palacio del Marqués de Pumar en Barinas. Y tal Arquitectura —muy superior a todo lo que durante más de un siglo levantó la República— no brotaba, precisamente, como mero capricho y ornato, sino estaba en relación con la prosperidad y recursos de la tierra. Era el tabaco de los Pumar y las reses gordas, y

las magníficas bestias de silla de los Pulidos, Palacios y Blancos que se hacía piedra y dibujaba volutas en los grandes paredones enjalbegados. ¿Qué calor debilita? ¿Y de dónde salió el catire Páez con su puñado de lanceros? Habían viajado bastante estas lanzas y atravesado llanos y páramos y asegurado en Boyacá la independencia de Nueva Granada, cuando una noche —precisamente la noche del 24 de junio de 1821, después de Carabobo— descansaban al lado de Bolívar, junto al vivac. Regalándose con el humo de su Capadare, Páez pregunta al Libertador:

—General, Usted que ya nos conoce bien puede decir ¿cuál es la primera lanza del Llano?

—Monagas— contesta el Libertador.

—¿Y cuál es la primera lanza de Venezuela? —insiste el Catire—.

—Monagas, reafirma Bolívar.

Y Páez ya molesto: —¡Caramba, mi General! ¿Y entonces yo qué soy?

—Usted, General Páez, es la primera lanza del mundo.

Misiones de Guayana; hatos del Guárico, Portuguesa y Apure, opimos campos de Aragua sembrados de samanes; mulas caroreñas y sueltas caballadas a las que los llaneros de Páez les ponían el primer bozal —productos de tierra caliente, todos— contribuyeron a la economía de quince años de guerra vertidos sobre la mitad del Continente. Más bien con la República, se detuvo esa conquista de tierras calientes y la población se fue concentrando en las montañas y en la zona costera. En los pueblos del Llano, por ejemplo en el desolado San Carlos, el bahareque ligero y el tuerto rancho de paja sustituyeron a la mampostería erguida por los españoles. Caserones como el de la “Blanquera” o el “Palacio Pumar”, fueron ruinas cubiertas de tártago.

Calor seco y calor húmedo son dos connotaciones fundamentales de nuestra Geografía biológica. Las tierras de calor seco —desde las islas

perleras de Margarita y Cubagua hasta Coro, Carora y El Tocuyo en el Occidente, fueron tempranos centros de colonización española. Caroreños y corianos, hijos de un paisaje semidesértico, tienen fama de ser los soldados venezolanos de más aguante físico, y los borricos y yeguas que llevaron allí los conquistadores proliferaban y se reproducían con mayor talla y resistencia que en sus nativas dehesas andaluzas. Al fuerte asno coriano y a la mula caroreña le debe mucho nuestra vieja economía rural antes de las carreteras de cemento, los camiones y los automóviles. Junto al caballo llanero, el de los grandes combates que se plantó en el escudo nacional como símbolo de osadía y de distancia, la mula y el burro conducían el armamento y las vituallas de la guerra emancipadora. Casualmente en una de esas mulas de seca tierra caliente iba montado Bolívar —según lo cuenta O’Leary— el día en que salió a encontrar a Morillo para el armisticio de Santa Ana en 1820. Y durante la Colonia, altos Prelados y Oidores del Virreinato de Nueva Granada se disputaban esas mulas caroreñas pagadas en pelucones de oro. Su peripecia civilizadora tramontando páramos, torrentes y caminos de travesía se pierde en un sitio tan lejano como las montañas del Tolima o el duro camino que conducía de Bogotá a los llanos del Meta. A viejos “cachacos” granadinos que oyeron su leyenda, les he oído preguntar por nuestras mulas. Fueron una de las tantas cosas periclitadas en el tránsito de la Agricultura patriarcal a la absorbente industria del petróleo. Pero allá por los años 60 del pasado siglo, en el séquito del General Mosquera, se paseaba en una mula de esas, organizando elecciones e intrigando de Bogotá a Antioquia con todos los jefes liberales, nuestro diabólico Antonio Leocadio Guzmán que después de ser Vicepresidente de Venezuela se daba el lujo de firmar —como constituyente grandin— la famosa “Constitución de Río Negro”. Y el General Mosquera le dio bastantes onzas y un título de Ministro Plenipotenciario en Caracas, para que fuese a gestionar en Venezuela la reconstitución de la

Gran Colombia. Don Antonio Leocadio vendió la mula y partió para Saint-Thomas en las Islas Vírgenes, donde se escribieron tantos documentos y cartas clandestinas de nuestra Federación.

Esas familias vascas de una ciudad de firme stirpe española como Carora —Rieras, Zubillagas, Peteras, Oropesas, Aguinagalde— pueden decir si el calor seco hace mal a la salud y si no se daban en aquellos caserones de tres patios familias prolíficas, gentes a quienes solo vencía la más añosa longevidad. Otras regiones del calor seco como la isla de Margarita, tiene la más alta densidad demográfica de Venezuela y el margariteño —buzo, marinero, hombre de muy cambiantes profesiones— ha cumplido en todo el país, arrojado por la estrechez insular, una ingente obra colonizadora. El Territorio Delta Amacuro con sus tierras limosas emergidas del Padre Orinoco, es una especie de fundación insular. En las petroleras de Monagas, Anzoátegui y el Zulia, como en el “Central Venezuela”, abunda el brazo margariteño. Se les ve, además, con sus barquitos “tres puños” y “goletas” recorriendo todo el Caribe o haciendo un comercio lícito o ilícito, según sean las circunstancias. La vieja raza guaiquerí fundida con la española engendra estos mestizos ágiles, unidos entre sí por una conciencia tribal —como quizás no la tiene ninguna otra comunidad venezolana— y por el culto de la Virgen del Valle, talismán y “tótem” de su pueblo, cubierta de perlas, aguardando siempre el regreso de tan nómada gente que desde cualquier rincón de Venezuela acude a depositar ofrendas y pedirle nuevo aliento para la constante aventura.

Como el margariteño, el coriano y el cumanés, el industrioso maracaibero es también hijo del calor seco. Su gran lago les daba a los habitantes de nuestra segunda ciudad un como imperio acuático y comercial que exaltaban y defendían con celoso regionalismo. Aún no se erguían las grandes torres petroleras y no se iniciaba la danza de millones y regalías de aceite que remeció como un cataclismo la vida venezolana, y

ya los maracaiberos afirmaban con un poco de injusticia que en un país demasiado pendiente del presupuesto y las dádivas gubernamentales, eran ellos los más laboriosos. Y para que no los apodaran fenicios tenían sus poetas propios y sus mitos indígenas regionales. Absorto en la belleza de sus noches de luna, el mayor de estos rapsodas, el viejo Yepes, se ahogó cerca de los muelles, el que fuera marino y sorteado en piraguas y balandras todos los chubascos del Caribe. Contra la tradición del héroe militar, tan vigente en otras ciudades de Venezuela, Maracaibo alzaba estatuas a sus escritores y poetas. El neoclasicismo de sus maestros de escuela exigía que junto a la rumorosa “Calle del Comercio” existiera la “Calle de las Ciencias” y que cualquier rapaz se nombrara Aristóteles o Sócrates. Los “Ateneos del Zulia”, aun en épocas de caudillos y revoluciones, sesionaban para discutir cualquier problema métrico o gramatical o estudiar las consecuencias que para el mundo antiguo tuvieron las guerras púnicas. La Mitología clásica era tan familiar como la nativa con sus leyendas de “Anaida” e “Iguaraya” inmortalizadas por el viejo Yepes y con la que ofrecía en largos poemas nativistas premiados en todos los Juegos Florales, Udón Pérez, poeta oficial de la región y sumo Cacique de la poesía indigenista. Para escribir con severo rigor gramatical, hasta los contadores de las casas de Comercio se aprendían el “Diccionario de Galicismos” escrito por su coterráneo don Rafael María Baralt. En ese Maracaibo anterior al petróleo que yo alcancé a conocer de muchacho; el de las grandes casas con azoteas, un poco morisco; de aljibes en los patios para recoger la escasa agua de la lluvia; de las muchachas bonitas en las carrozas del Carnaval o en los bailes del “Club del Comercio”; los viejos periódicos mantenían cada día junto a la página del tráfico portuario y exposición minuciosa de las toneladas de plátanos y azúcar que trajo del Sur del Lago la piragua “Chiquinquirá” o los sacos de café que llevó el vapor americano, la página de versos poblada de madrigales, elegías o epitalamios. Y antes del “Impuesto a la renta”, las grandes

casas de comercio debían contribuir a las carrozas de Carnaval y a los Juegos florales. Se hacían millones; se exportaba todo lo exportable, se fundaban bancos regionales o centrales de azúcar, pero Maracaibo aún aspiraba —más que ampliar sus muelles o dragar su “barra” lacustre—, a tener Universidad. ¿No era este un ejemplo —ingenuo o romántico, si se quiere— de un deseo de Cultura, de un ansia de progresar y sobrevivir sobre todo contratiempo, sobre toda oscura contingencia que pesó sobre la vida venezolana? En Maracaibo también se hacía con versos, con juveniles sociedades secretas, con organizaciones obreras clandestinas, la lucha contra la tiranía de Juan Vicente Gómez.

Si ese mundo del calor seco reivindica las calumnias que se esgrimieron contra el Trópico y es, por lo menos, tan habitable como el de nuestras altiplanicies andinas, Venezuela como todos los países tropicales debe incorporarse con la técnica del siglo XX, las zonas del calor húmedo. Mucho hace en semejante tarea nuestro ejemplar “Instituto de Malariología” que desgraciadamente no puede preparar aún toda la gran cuota de médicos higienistas o ingenieros sanitarios que requiere el país. A la patriótica tarea de luchar contra los mosquitos de Urama o de Barlovento, los jóvenes médicos prefieren su consultorio elegante en las ciudades grandes. Desde su laboratorio de Maracay, rodeado de un equipo de excelentes batalladores de la medicina social, el Doctor Arnoldo Gabaldón pide más vocaciones de higienistas. Y si las zonas del calor seco arrojan un saldo positivo en lo demográfico y humano, las del calor húmedo constituyen una potencial esperanza económica. Mucha más azúcar en la región de Bobures, mucho arroz en el Delta del Orinoco, más cacao en Barlovento, más aserraderos en Turén, más bananos en Yaracuy, marcarán ese esfuerzo técnico y sanitario contra el calor húmedo. Ya en un sitio tan antiguamente palúdico como la costa de Turiamo, las estadísticas minuciosas de Arnoldo Gabaldón no registraron en los dos últimos años, ningún nuevo enfermo.

En un paisaje de calor húmedo el Dr. Juan Iturbe hizo una observación que no es solo de hombre de ciencia sino también de poeta: mientras los hombres marchaban pálidos y desmirriados, los pájaros —turpiales, paraulatas, gonzalicos— se alborozaban en los árboles y parecían con sus plumajes brillantes, los ojos fogosos y el buche henchido de cantos, los pájaros más felices de la tierra; las aves del Paraíso. De la guayaba al caimito, al guanábano y al anón, picoteaban su banquete frutal. La mañana, herida de sol, saltó como una flecha desde sus gargantas. El gozoso desayuno de los pájaros contrastaba con el que hacían en el rancho próximo unos campesinos, con su lámina de cazabe viejo y su café aguachento. Y es que más sabios que los hombres, los pájaros sabían elegir su comida; no sufrían de avitaminosis. No calumniemos tanto al clima ni hagamos una improvisada Sociología sobre los efectos del Trópico mientras no enseñemos bien a comer y a vivir a todos nuestros campesinos; a los del frío San Rafael como a los del caliente Tucupita; a los de tierra seca como a los de tierra húmeda, a los del llano y de la altiplanicie. Hay en Venezuela, precisamente en el Ministerio de Sanidad, un conjunto de jóvenes investigadores que diseminados por todo el país ya nos han enseñado cómo se alimenta y por qué se enferma la población rural. Está descrita en estos cuadernos una auténtica política social —humana, quisiera decir más bien—, que haga del hombre venezolano un ser más feliz, más dueño de su ambiente que lo que lo fue cuando lo expoliaban los “Jefes civiles” y los caudillos alzados. Juan Bimba, el hombre de la “pata rajada” o de la alpargata de fique, se vengaba en las coplas de su tosco romancero:

Yo conozco generales
hechos a los empellones.
A conforme es la manteca
así son los chicharrones.

Y esta súplica conmovedora: ¡No me diga General porque yo a naide he robao!

Pueblo e Intelectuales

¿Estudiaba Ud. por casualidad Derecho, Ingeniería o Medicina en la Universidad de Caracas en 1928? Sin duda que esa fecha tiene que ver o tendrá que ver, con lo que acontezca en Venezuela en los próximos años. Don Juan Vicente Gómez, nacido en 1857 en el pueblo fronterizo de San Antonio del Táchira, antiguo contrabandista de ganado y uno de los empresarios financieros de la revolución de Cipriano Castro en 1899; omnipotente caudillo del país a partir del 19 de diciembre de 1908, ya entraba en la más provechosa ancianidad y cada día un mayor número de venezolanos dudaba de la sedicente eficacia mágica de su régimen. En veinte años de satrapía ocurrieron —a pesar del silencio político— algunos extraños fenómenos: la nación agrario-pastoril que él comenzara a gobernar en fecha lejana, se había transformado en uno de los mayores reservorios petroleros del mundo. Y si el oscuro aceite contribuyó como muchas otras cosas a enriquecer al General Gómez y su camarilla, también estaba engendrando frente al antiguo y paciente campesinado, una clase obrera. Surgían ya ante el anciano jefe problemas políticos y sociales más complejos que aquellos del año 21, cuando contestaba a la Oficina Internacional del Trabajo que en Venezuela no se requería una legislación social como la recomendada por los teóricos ginebrinos, ya que los asuntos de capital y brazo proletario eran decididos en el país de un modo más armonioso. ¿No es así, don Antonio? —preguntaba el caudillo con asiática cazurrería al Señor Pimentel, Rey del café y su émulo en los latifundios aragüesños.

No puede negarse que don Juan Vicente fue uno de los hombres con mayor estrella personal que conozca la Historia contemporánea, o el

astro que le favorecía estaba en conjunción opuesta con el que proyectó sobre Venezuela años tan fatídicos. Frente a los viejos caudillos románticos, derrochadores de la propia vida, y en cuyas frases pomposas resonaba el eco libertario de alguna traducción al español de la “*Historia de los Girondinos*”, este era un hombre sanchesco, reservado, minucioso para esconder sus centavos y pesar sus frutos menores. Durante el gobierno de Castro, que fue de ruinoso deuda pública, de conflictos con las grandes potencias, de saraos y discursos al “Restaurador”, Gómez desempeñó tan perfectamente su papel de Bertoldo, que a su ingenuidad deberían acudir los doctores políticos avezados que promovieron en 1908 la conjura contra don Cipriano. ¿Iba a reconstituirse el viejo partido liberal del siglo XIX o por el contrario, después de tantos años de herejía, divorcio y patronato eclesiástico, se implantaría un conservatismo del buen modelo que don Rafael Núñez y los hombres que le siguieron habían impuesto en Colombia? A los diestros políticos que le ofrecieron un banquete y pensaban deshacerse de él en la más próxima coyuntura, nuestro impenetrable “Bertoldo” supo responderles que él solo pertenecía al “Partido de la Paz y del Trabajo”. A quienes aludían a las doctrinas tradicionales del siglo XIX, les contestaba que Venezuela necesitaba sembrar. Así como en el año 89 Rojas Paúl convirtió a los letrados que le acompañaron en la reacción contra Guzmán Blanco y a quienes no podía nombrar de Ministros, en Académicos de la Historia, Gómez iba metiendo en un pomposo “Consejo de Gobierno” todos los antiguos y peligrosos jefes que en Oriente u Occidente pudieran rebelarse. Y uno a uno y acompañando a los doctores que también pensaron “madrugárselo”, aquéllos fueron pidiendo pasaje para las Antillas o New York a riesgo de ser amurallados en La Rotunda.

La Filosofía positivista representada por algunos letrados en los primeros gabinetes de Gómez, erguía contra el liberalismo romántico la tesis del “Gendarme necesario” y la panacea de la Paz. “Héroe de la Paz”

llamaban ya por 1910 a Juan Vicente Gómez. Si con el lema de “Prefero la peligrosa libertad a la quieta servidumbre” se habían librado las polémicas del siglo XIX o desfilaron los estudiantes del año 88 a derribar las estatuas de Guzmán Blanco, ahora los nuevos intérpretes de la Historia, los que se arrogaban el derecho de sacar de la propia realidad del país una “Constitución” más constante que la que estaba escrita en los papeles, hacían del “caudillismo” una ley inflexible y entre todos los caudillos preferían, naturalmente, el que refrenara toda insurgencia. El café —principal fruto de exportación entonces— subió considerablemente en 1913 y 1919; el General Gómez propiciaba su “política de carreteras” y el más escondido villorio se hacía la ilusión de estar pronto unido a la Capital con una cinta de cemento. Efectivamente, el General Gómez apaciguó con dádivas, Presidencias de Estado o carcelazos —terapéutica cambiante según la calidad del sujeto— a los pequeños caciques ambiciosos. Y ya aparecían en los bordes del Lago de Maracaibo erigiendo los primeros taladros, los ingenieros de la “Standard Oil”. Con ese dinero inesperado y miliunochesco se fortalecería la dictadura. La riqueza potencial del país ya parecía un mérito atribuible al rudo “Pacificador”.

Intelectuales perezosos y una cauta burguesía acomodable encontraron en el “General” la fuente de toda merced. Vertiendo en mejor prosa los lugares comunes del Caudillo sobre “Unión”, “paz”, “trabajo”, “agricultura”, conseguían bien pagadas prebendas. Y no alcanzó mayor eco la rebeldía de unos pocos estudiantes, cuando la Dictadura ordenó cerrar la Universidad, en 1913. Lo que entonces podía llamarse la “oposición” eran los viejos generales caídos en desgracia que desde su retiro de las Antillas o New York, narrando pretéritos heroísmos pero sin ninguna idea, esperaban la oportunidad de invadir las costas venezolanas. Gómez era más sagaz y disponía, naturalmente, de mejores servicios de espionaje.

Pero ya para 1928 hay grupos de muchachos, bastante coherentes, que cuando los sablazos de la policía gomecista les interrumpía la fiesta estudiantil en que coronaban una reina con flores y versos, se vieron empujados a pensar en serio. Del madrigal caían en la dialéctica, en la dialéctica feroz de las cárceles y persecuciones gomecistas. Sobre toda la Retórica con que entonces se maquillaba, agrietada de dolor y de urgencias, la realidad nacional, aquellos jóvenes empezaron a usar el escalpelo. Muchos eran estudiantes de cirugía y rasgando la vistosa propaganda tocaron las más doloridas cosas: analfabetismo, miseria, injusticia social. No era de los ancianos caudillos —tan gastados como Gómez— que, cuando más, se quedaron en las frases del Liberalismo guzmancista, de quienes Venezuela podía esperar el cambio. Era preciso hablar con palabras concretas a tanta gente soslayada y desengañada en el ciclo eterno de las autocracias vernáculas. Había que llevar el adjetivo “social”, el que verdaderamente mueve al pueblo y a la insegura clase media, al plano de la Política. ¿Y es que no había sido en Venezuela la Política —como en todos los países hispanoamericanos— maniobra de “condotieros” armados, deseosos de empacharse de poder personal, o —por el contrario— juego retórico de grandes señores y letrados, de elegantes socios de Club y de jóvenes “inteligentes” que desean arrimarse al más rico o al más dadivoso? ¿Contaba hasta entonces el pueblo? El pueblo suramericano atado a la recluta y a la conscripción forzosa, o conducido por los patronos de hacienda a votar en madrina, como otro ganado más del latifundio.

En el “dividir para reinar” del caudillismo vernáculo se acentuaba todo recelo o prejuicio regionalista. Monagas favoreció a sus “orientales”, Falcón a sus “corianos”, Crespo a sus “llaneros”, Castro y Gómez a sus “andinos”. Hay que defender a los andinos porque el resto del país se precipitará contra la montaña —decían cuando murió Gómez— algunos explotadores del regionalismo. ¿Pero es que no eran andinos

aquellos veinticinco mil o treinta mil tachirenses que abandonaron casas y conucos y se refugiaron en Colombia para librarse de la cruenta protección de sus Procónsules? Sin distingo o privilegio lugareño, en las cárceles de Gómez no tenían celdas o suplicios diversos, centrales y andinos, maracaiberos y cumaneses.

Muerto, por fin, el viejo dragón, el General López Contreras presentaba a los venezolanos en Febrero de 1936 un “Plan trienal” para resolver en treinta y seis meses las necesidades y el clamor de cien años. El “Plan” empleaba algunas palabras modernas, y cierta atmósfera de contemporaneidad ya no podía sino impregnar entonces el anquilosado vocabulario político venezolano. Acaso en su fuero interno pensaba el nuevo Presidente que él “era un poco socialista”. Mas ciertas reformas de vocabulario no correspondieron a la renovación en los hombres. Tornaban a los Congresos con sus ideas de 1910, los más gastados políticos. Se reconstituían en el interior del país los cacicazgos provincianos. Con el cansado lema de “calma y cordura”, con la gerontocracia que llenó algunos de los gabinetes de 1936 y 1937, por lo menos dos generaciones de venezolanos —los que habían pensado y sufrido más— se sentían excluidos. El General López Contreras actuaba como intérprete de cierta mágica y misteriosa realidad nacional que nunca comprenderían los jóvenes que residieron en el extranjero. Se hizo un excesivo consumo doméstico de la memoria del Libertador, a quien se ponía de cómplice de malos discursos y decisiones mediocres. Por respeto a Bolívar, quien además de tantas virtudes excelsas tuvo la de su buen gusto, algunos venezolanos —defendiéndose del abuso y profanación— tenían entonces el tacto de no nombrarlo. El choque de generaciones —los que propiciaban el cambio por cuentagotas y los que exigían superar con técnica y decisión el atraso en que nos sumieron cinco lustros de Dictadura, llevaba su debate hasta las más tradicionales zonas de la vida nacional, como la Iglesia y el Ejército. Los sacerdotes jóvenes pedían a sus viejos

pastores que tuvieran mayor sensibilidad por los hechos sociales; que pensaran siquiera, un poco, en las “Encíclicas de León XIII”, así como los militares jóvenes que estudiaron en el extranjero y manejaban las máquinas complicadas de la Ingeniería moderna ya empezaban a vocear su descontento contra los “Coroneles” empíricos que los comandaban. Y se iba generando por eso, por el irrefrenable impacto de Cultura y comunicación con el Universo que produjo la muerte del Tirano, la revolución de 1945. El movimiento estaba ya en las cabezas, en los editoriales de los periódicos, en los libros, arengas y debates sostenidos en el país durante dos lustros.

El problema venezolano era de más calificada cuantía que aquella división regionalista, aquella polémica entre “andinos” y “centrales” que promovieron los viejos caudillos. Sobre todo conflicto cantonal empezaba a erigirse la fuerza del espíritu nuevo. El tránsito de una economía agrario-pastoril que fue la del antiguo caudillismo a la de las grandes explotaciones petrolíferas, destruía la vida cerrada de los distritos, creando en torno de los pozos y los taladros, masas obreras unidas en la reivindicación y el reclamo común. Era ya tiempo de líderes y no de caudillos. Se producía el fracaso y definitiva oxidación de los políticos cortesanos que no se preocuparon de estudiar Economía ni de orientarse en el dédalo de la vida contemporánea, porque su única estrategia fue la de “complacer a los Generales”. Estaban, pues, enfrentándose dos estilos, dos métodos de política. Y lo que marca una diferencia profunda entre la Venezuela de estos días y la de hace dos o tres lustros es que ya abordamos la realidad con actitud más audaz y concreta.

Desengaño y resignación o romántico escape de las cosas, habían sido durante los años de eclipse civil los síntomas de una prolongada derrota venezolana. Que aquí no valía la pena esforzarse por romper la costra de las costumbres y malos hábitos porque una misteriosa inercia autóctona terminaba prevaleciendo sobre todo impulso renovador. A los

soñadores a quienes defraudaba la acción o encontraban esta muy tosca y rastrera, quedaba el recurso del escape. Reunir algún dinero del modo más expeditivo o conseguir un Consulado bajo la recomendación de un General para gozar de la vida en Europa. Estar en la propia patria como desterrado y liberarse y evadirse conversando pesimistamente de las cosas con otro ingenioso grupo de escépticos. La Historia heroica —la época de Bolívar y de los grandes próceres— se transportaba como a un plano de Mitología; era como esa vanidad de origen y linaje que tienen siempre los últimos y decaídos descendientes. Y precisamente, vencer todos aquellos temporales complejos de inferioridad o de frustración, ha sido la tarea más positiva de los últimos años. Cuando en los mítines políticos después de 1936 se descubrió que el pueblo respondía a las más inteligentes consignas; cuando los nuevos institutos y escuelas técnicas rebasaban su abundante matrícula, cuando en un liceo nocturno el hijo de la criada doméstica pudo concluir su bachillerato; cuando en las nuevas casas de los campamentos mineros —contra todo prejuicio reaccionario— los trabajadores no destruyeron los baños y conservaron los jardincillos, se había demostrado que nuestro pueblo no es inferior a ningún otro y que tiene el mismo anhelo de progresar y ascender de todos los pueblos. Civilizarse —desde este punto de vista— es necesitar y exigir más; no resignarse en silencio a lo que descuidadamente nos arroja la vida.

Tenían que aprender, por ejemplo, las grandes Compañías inversionistas establecidas en el país, que las necesidades humanas son iguales para un trabajador de Venezuela que para otro de Massachusetts y Virginia. Que la Divina Providencia no ha dado a la raza sajona el privilegio de las casas limpias, de la escuela de amplios ventanales y cómodos bancos o del “Centro Social” donde reunirse después de las horas de trabajo. Y al antiguo “No Trespassing” con que los inversionistas se defendían contra la peligrosa gente nativa, nuestro pueblo

opuso su designio de “traspasar”. Y esto no era precisamente “Comunismo” —palabra con que quiso detenerse en 1936 todo justo avance social— sino más bien una forma moderna de Capitalismo; la que aumenta el número de consumidores, la que no hace de la Higiene, la Educación, el Confort, exclusivo y costoso privilegio de un grupo oligárquico. En este problema de “traspasar” los cotos cerrados de la vieja plutocracia egoísta, está Venezuela como todos los países hispanoamericanos. Es nuestra gran batalla cultural y social del siglo XX.

Más allá de todo “ismo” político, de los dogmas y pasión de poder que ahora desgarran el mundo, la verdadera revolución suramericana en la que ya parecemos marchar, es ante todo de Cultura y de Técnica. De las nuevas generaciones que estudiando y planeando no se resignen a esperar que la Felicidad les venga en el caballo de un general victorioso. De una ordenada Fe en que nuestros pueblos son capaces de prosperar y crecer como los mayores y más hábiles de la Historia; de que hemos perdido ante las naciones imperialistas aquel complejo de inferioridad o de desvalida urgencia con que en el siglo XIX entregábamos, por ejemplo, a los ingenieros y compañías inglesas nuestras pocas líneas férreas con hipoteca de cien años. Y creo que esta nueva Conciencia de crecer y de ser, de empezar a hacer las cosas con nuestra cabeza y nuestras manos, ya empieza a advertirse en la vida de mi país.

Esperanza y Humanismo Americano

Aquí en una vieja hacienda del Estado Aragua, protegida por montañas azules y mirando la esmeralda tranquila del Lago Tacarigua, festoneada en los bordes de samanes y ceibas, está una colonia de seiscientos y tantos inmigrantes. Cada barco europeo que arriba a Puerto Cabello arroja su tributo de familias pobladoras que oyeron la leyenda de un país nuevo, con tierras feraces donde podría rehacerse el destino y la

concordia rota durante los años de guerra y crisis en sus países originarios. Hay italianos y yugoslavos, portugueses y checoslovacos. En las cómodas barracas —de técnica norteamericana— donde se alojan, aprenden las primeras palabras de Español, colocan sus trajinados equipajes, hasta que los autobuses los distribuyan, de acuerdo con la profesión y demanda de trabajo, en diversas regiones del país. Mientras se hace el censo de necesidades y aspiraciones, los chicos de la familia —porque cada grupo trae su prole— juegan en los jardines de la Hacienda y se familiarizan con el gusto sávido y los colores violentos de la fruta tropical: mangos, guayabas, caimitos. A la hora de comer se levanta la olla del sancocho con una prodigalidad que aquellas gentes olvidaron en sus años de éxodo a través de los bombardeados caminos de Europa. Al principio, cuando llegaron los primeros inmigrantes, las gentes más temerosas escribían artículos en los periódicos para decir que apenas se les debía aceptar en los trabajos agrícolas, pero ocurre que en un país que está creciendo también se necesitan mecánicos, electricistas, constructores. Y hasta es posible que en una dormida villa del interior, para alegrar la vida de las gentes y mejorar la pequeña orquesta municipal también sea conveniente la presencia de un músico austríaco. El Ministerio de Sanidad coloca, además, numerosos médicos e higienistas que prestan excelentes servicios en alejadas poblaciones rurales. He visto algunos de esos médicos, acriollados ya por la urgencia de su nueva vida, visitando en su mula o su caballito de paso —a donde no puede llegar el automóvil— la esparcida clientela campesina. En un pueblo de los Andes uno de estos médicos arregló su casa como una granja del Tirol, y la Providencia del país nuevo regala su terrenito de frescos espárragos, alcachofas y tomates. Decíame que aquí, andando a caballo de uno a otro sitio cotidianamente; siendo ya compadre de algunos clientes agradecidos, resolviendo con humor y bondad los pequeños problemas de muchas gentes, le parece que rinde un servicio social más útil, más

radicalmente humano, que cuando esperaba en su consultorio de Viena la visita de las señoras elegantes que venían a depositar su tributo de artificiales complejos. ¿Con sol, paisaje y leche tomada al pie de la vaca no se disminuyen bastante las angustias del hombre supercivilizado? Y en esta casa de tejas, nítidamente blanqueada, también puede conservarse aquello que siempre perdurará de Europa: los versos de Goethe o de Rilke, la colección de discos en que Toscanini y Bruno Walter dirigen las “Sinfonías” de Beethoven.

Esperanza hay bastante porque en un país de 900 mil kilómetros cuadrados donde ahora solo viven cinco millones de hombres, no falta espacio ni promesa de abundancia para treinta o cuarenta millones. Cuando el grupo de inmigrantes contempla un bonito mapa de esos en que la Geografía se hace cuento de niños y dibuja en el terreno mismo los productos y actividades humanas, un sueño de colonización, de empresa económica y hasta de aventura, llena los ojos de estos hombres que vienen de pueblos azotados donde impera todo control y donde el instinto amoroso no es libre sino de tener los hijos que permite el magro salario y el pequeño tabuco donde la familia se amontona. Aquí convidan en el mapa, los minerales de hierro de Imataca; la casi inexplorada Parima con sus caídas de agua, las verdes, frescas y recatadas lejanías de la Gran Sabana; las bahías de Guanta y Puerto La Cruz con su prodigioso “hinterland” petrolero, el horizonte vacío de las grandes llanuras. El engrandecimiento y tecnificación del país debe hacerse aun por encima de las guerras políticas y colisiones de credos e ideologías que tornaron tan áspera la Historia Universal de los últimos años. En este choque de grandes potencias, disfrazado a veces de filosofía política, en que cada corriente con su respectiva cauda de intereses quiere precipitarnos, las naciones hispanoamericanas por lo mismo que no tienen grandes secretos guerreros ni controlan los mercados mundiales, deben afirmar un primordial programa pacífico y de conservación humana. Huerta,

telar y escuela más que caserna, debe ser nuestro plan de subsistencia histórica. Nuestra auténtica Revolución no consiste en pelearnos en las calles por determinado dogma o excluyente teoría de la sociedad escrito en algún viejo libro, sino ofrecer al Universo las reservas y esperanzas de tanta Naturaleza por hablar y domesticar. Entre los dos campos antagónicos que ya perfilan una nueva guerra mundial, cabe soñar en la tercera posición: la de los países pequeños que no desean desgarrarse sino desarrollarse y para quienes la tarea no consiste en pugna por la primacía sino por el bienestar y la cultura.

¿Habrá gentes capaces de precaverse contra todas las propagandas y bulliciosa extraversion que nos lanzan en cruzada por intereses extraños y que adviertan que la mejor Utopía de América es superar las querellas de razas y místicas de desesperación que desquiciaron a Europa y buscar en el trabajo, en la tierra por poblar, en los recursos por desenvolver, la nueva concordia humana? En una de las puertas de este Continente, con la conciencia de nuestro mestizaje conciliador, con el horizonte de grandes espacios virginales; con la única nobleza que a cada cual señalen sus obras, los venezolanos estamos esperando. Aquí el hombre no se ahoga en su marco geográfico ni en la abrumadora historia pasada, porque puede salir a conquistarlo y a escribirla cada día.

Rumbo y problemática de nuestra historia¹³

Fue un lugar común de las últimas promociones considerar las Academias como herméticos sanedrines donde los escribas de la vieja ley parecen resguardarse contra el tumulto siempre cambiante de lo humano, contra las corrientes —a veces enrarecidas— del tiempo histórico. Repitiendo el verso de Rubén Darío, decían los hombres de los grupos literarios a partir del Modernismo: “De las Academias, líbranos Señor”. Pero a medida que la natural insurgencia juvenil descubre que nunca se nace por generación espontánea, que nuestro pequeño aporte o mínima pericia personal solo se explica en función de lo que hicieron los antecesores y de lo que harán los descendientes; a medida que el individualismo altanero de los veinte años es sustituido por una conciencia más solidaria de comunidad, empieza a explicárcenos esa tarea serena, de permanencia pacífica, que realizan Instituciones como esta. El honor de pertenecer a ellas, que en el caso particular de la Academia Nacional de la Historia debo agradecerlos del modo más vivo, no es solo un galardón personal: es el estímulo que el escritor obtiene al saber que no está solo; que ha recibido para conservar y enriquecer, si es posible,

[13]_ (Discurso de recepción en la Academia Nacional de la Historia).

el legado cultural de las generaciones precedentes; el testimonio de una Cultura patria que nos abrió el camino en nuestros años de mocedad y que trasmirá a los hombres de mañana el signo de nuestros sueños, nuestras angustias y desvelos. Aun diríase que en épocas de tan violenta lucha universal como la que hemos contemplado en el último cuarto de siglo cuando el espíritu de facción ha prevalecido sobre toda generosidad humana, conviene que haya en cada país muchos institutos donde los hombres depongan algo de su beligerancia callejera y discutan en ese clima casi intemporal del estudio desinteresado, del gusto de conocer sin que el conocimiento se convierta, precisamente, en consigna política. En pleno corazón de Caracas, con su patio de cipreses que evoca el recogimiento de un claustro religioso —y no en balde se ha comparado al erudito con el monje— esta Academia de la Historia ha conservado contra todo el fragor que pudo reinar en Venezuela en las últimas seis décadas, el sentido de la nacionalidad; esos hilos, a veces sutiles, de pensamiento y hasta de utopía, con que el proceso de un pueblo sigue sobre todo temporal desengaño y toda desgracia. Como Historia y como Conciencia la patria subsistió porque venturosamente siempre produjimos junto al caudillo que en las guerras civiles del siglo XIX invadía la ciudad con sus mesnadas vindicadoras, el hombre de letras, el humanista o el historiador que soñando en una nación más perfecta, dábbase a adiestrar generaciones enteras como el Licenciado Avelado o atravesaba las valles de la ciudad, desafiando casi la irrisión que provocara en los aprovechadores y los audaces, su viejo sombrero de copa y su levita de académico, todas las señales de su pobreza digna, el ilustre don Felipe Tejera. Otros podían hacer negocios o pedir a los dictadores de aquellas épocas una brizna de poder arbitrario, pero al don Felipe Tejera que yo conocí en mis años adolescentes le interesaba más describirnos en su fervoroso lenguaje los grandes hombres que forjaron nuestra nacionalidad; enseñarnos más que la patria de los caudillos, la gran patria

legal de Sanz, de Gual, de Peñalver o recordar —como en sus “Perfiles”— la nota a veces cándida, a veces lacrimosa, siempre transida de angustia venezolana, de nuestros viejos poetas románticos. ¡Qué buenas tertulias; qué vivos y provechosos diálogos, qué emocionada evocación del pasado, se hizo siempre al margen de las sesiones oficiales, en estos claustros de la Academia!

No nos reponemos todavía de la reciente ausencia de don Pedro Emilio Coll, cuyo sillón vacante, huérfano de lo que fue en él cordialidad y gracia y finísima agudeza literaria, habéis tenido la generosidad de ofrecerme. Al hablar de Pedro Emilio (como él quiso de preferencia llamarse), el riguroso elogio al gran escritor se me confunde con la emoción que suscita el amigo. No podría referirme a él en la lengua un tanto convencional de los discursos académicos. A pocos días de su muerte dije en dos artículos todo lo que perdían no solo las Letras venezolanas, sino lo que vale más que eso: la sensibilidad venezolana, la manera de amistad que tenemos los venezolanos, con la desaparición de este espíritu socrático, de este singular maestro de benevolencia y tolerancia en quien se conciliaban fraternalmente todas las generaciones literarias, todas las discordias que puedan erizarse en nuestro país. Pedro Emilio, era de todos. Su risa y su ingenio, su arte de sentir y entender lo criollo constituían la sal de Caracas. Más allá de toda clasificación literaria pertenecía a esa escogida familia de los escritores caraqueños cuyo más ilustre descendiente es el propio Libertador, tan de esta tierra luminosa en la rapidez de su espíritu, en la gracia para definir, en el ritmo vivaz del estilo. Dentro de lo que puede llamarse nuestra tradición literaria, la auténtica nota caraqueña — pensemos en Bolívar, en Pedro Emilio Coll, en Teresa de la Parra— no es de ningún modo el tropicalismo estrepitoso, sino un arte más íntimo de sugestión, de prontitud metafórica y hasta de amable ironía que suaviza todo estruendo como las nieblas del monte Ávila templan desde el mediodía, la abierta y regocijada luz de este valle. El alma frecuentemente

extravertida del hombre costero y la seria introversión de nuestro hombre serrano, parecen armonizarse en este clima medio, en la espontaneidad no exenta de discreta reserva, del caraqueño. Aunque la inmigración antillana y el descuido de la escuela en corregir los defectos fonéticos, cada vez más frecuentes, están estropeando demasiado la lengua común, el caraqueño habla con gracia; una metáfora inesperada le sirve para reemplazar el más tranquilo proceso del pensamiento lógico. Y estos hallazgos del habla vernácula; casi lo que llamaríamos el surrealismo popular hecho de asociaciones y símbolos sorprendivos; este arte de evitarse todo un discurso de Sociología con una anécdota reveladora, constituía, en gran parte, el encanto de charlar con Pedro Emilio Coll. Su extraordinario, y al mismo tiempo, bondadoso ingenio, glosaba con la misma agudeza un verso de Shakespeare, una página de Renan o un cuento —como en su narración de “Las tres divinas personas”— de la vieja cocinera mulata. Si su generosidad y espíritu efusivo no prefiriera conversar más que escribir todo lo que vio, todo lo que oyó y todo lo que se le ocurría, además del excelente crítico y ensayista que todos conocimos, hubiéramos tenido en Pedro Emilio un gran novelista o acaso memorialista a lo Saint Simon, que como nadie arrojaría luz sobre las expresiones más íntimas y casi más soterradas del alma criolla. Acaso por ser tan entrañablemente venezolano era, al mismo tiempo, Pedro Emilio tan universal. Un importante problema para los críticos e investigadores literarios de mañana será descubrir en aquellas confidencias de su juvenil y breve “Castillo de Elsinor” o en esas dispersas y exquisitas glosas que escribió sobre la vida y gentes caraqueñas a fines del siglo pasado, el perfil de todo un momento de la cultura venezolana transmitido por un testigo de prodigiosa sensibilidad. ¿No valen por un libro de Historia algunos retratos suyos, escritos como al desgaire, en páginas confidenciales o de reminiscencias de costumbres, como la silueta del General Guzmán Blanco en su crónica de “La Delpinada”? Aplicando —acaso sin proponérselo— aquella teoría que desarrolla Brandés según la

cual el retrato de César no consiste tan solo en lo que era César, sino también en su mito, en su aura, en lo que los demás pensaban de él, nuestro bizarro caudillo surge no solo de frente con toda su gallardía física y su galoneado uniforme del Segundo Imperio, sino en la leyenda y el respeto supersticioso que forjó en los coetáneos. Y en la silueta de Pedro Emilio, al arrogante jefe de Caracas se opone —en transposición muy humana—, el buen papá, el ya nostálgico abuelo del destierro parisiense, que suspiraba recordando entre todos los refinamientos de la cocina francesa, los opimos y criollísimos aguacates de Guarenas.

Un poco de mis diálogos con el ilustre maestro, de sus chispeantes intuiciones venezolanas, de la Historia viva y bien conversada que él oponía a la de las grandes colecciones documentales, me ha surgido el tema del breve discurso que desarrollaré. Y sea a falta de cosa mejor, mi pequeño homenaje a la memoria de un hombre que si nuestros sucesores conocerán por su limpia y persuasiva prosa, nosotros conocimos también por lo que vale tanto como la inteligencia y el estilo: el ímpetu generoso del corazón.

Hasta nuestros días el estudio de la Historia nacional ha sido, desde el clásico Oviedo y Baños a Gil Fortoul —para no nombrar sino los muertos— tarea de individualidades señeras, de solitarios y magníficos investigadores que siempre pidieron al pasado, una conciencia y razón del presente. Casi podría decirse que en Venezuela —como en todos los países hispanoamericanos tan probados y sufridos durante el siglo XIX por la lucha con su naturaleza titánica o por turbulentos procesos sociales— la Historia cumplió una urgente tarea de salvación. En horas de prueba o desaliento colectivo se oponía el cuadro triste de lo contemporáneo, el estímulo y esperanza que se deducía del pasado heroico e idealizado. Ya un sentimiento de lo criollo, de que no solo es posible, sino también grato, arraigar en esta tierra y oponer a la dispersión y aventura de los primeros siglos coloniales una nueva conciencia de territorialidad y permanencia

pacífica, aparece en el libro de Oviedo y Baños con que se inauguró culturalmente nuestro siglo XVIII. Y después de la inmensa hazaña y diáspora heroica de la Independencia, cuando predominó una dirección y voluntad venezolana en media América del Sur y cuando cumplido el milagro histórico, al sueño libertario de los hombres de 1811 se opuso la prueba del caudillismo y las dictaduras militares, la gran Historia, la que narró Baralt en su prosa neoclásica y la que pintó Tovar y Tovar con tan severa elegancia, era nuestra esperanza en la crisis; aquel “Bolívar, miserere nobis” con que los venezolanos intentamos conjurar toda derrota. Tuvimos la Historia romántica que como en Juan Vicente González, Felipe Larrazábal y Eduardo Blanco acrecentó el mito épico y creó, de cierto modo, el cantar de gesta nacional; tuvimos, después, la Historia positivista que buscaba la concordancia entre el medio y las instituciones, y ahora cuando ambas corrientes del pensamiento histórico parecen haber cumplido su proceso y agotado sus premisas, conviene pensar un poco en los rumbos posibles de una futura Historiografía. No se trata de disminuir lo que cumplió, a veces magistralmente, nuestra literatura histórica, sino de completarla con otros puntos de vista, con nuevos métodos de investigación. Junto a la Historia militar y política, preferente trabajo de nuestros historiadores durante el siglo XIX y primeros años del vigésimo, ya vemos surgir como otra cara del problema, una Historia económica y una Historia cultural.

Diríase que la interpretación personal llevada a cabo por nuestros más eximios historiadores, requiere ampliarse a la luz de las necesidades y exigencias venezolanas de este momento, con una sistemática tarea de grupo en que colaboren, por igual, lingüistas, etnógrafos, antropólogos, folkloristas, etc. Porque el trabajo científico fue en Venezuela puro impulso de la vocación, horas de absoluta gratuidad espiritual robadas al apremio económico, tenemos apenas sobre nuestro país un conocimiento disperso que es preciso perseguir con voracidad de maniático en raros folletos o colecciones de periódicos guardados en alguna hermética biblioteca. No

son accesibles al público los grandes digestos documentales, y aun estos como la ya agotada colección Blanco y Azpurúa exigen una nueva mano ordenadora que nombre bien las cosas y sustituya con mejor criterio las pintorescas y a veces arbitrarias denominaciones que ponía a sus papeles el peregrino soldado que fue, a la vez, y en multiplicidad muy criolla, sacerdote e historiógrafo. La narración de los fastos de la Independencia absorbió de tal manera nuestro trabajo histórico que casi no tuvimos tiempo —aparte de algunas páginas de don Arístides Rojas, de Tulio Febres Cordero, de Lisandro Alvarado; de los ensayos de Vallenilla Lanz y de una que otra acotación sagacísima de Gil Fortoul, para movernos tan solo en el ilustre Elíseo de los muertos— de estudiar en su integridad la historia del pueblo venezolano no solo como tema jurídico u objeto de discurso político, sino como comunidad que se formó en encuentro y alianza de grupos raciales, en el contacto modificador de la tierra, el clima y el trabajo ancestral y en el predominio de distintas formas de Cultura que unas veces venían de Sevilla o las Canarias; otras del Virreinato de México, otras de Santo Domingo, otras de la relación con piratas y corsarios, otras, finalmente, del núcleo colonizador y civilizador que proyectó Nueva Granada sobre el Occidente venezolano y cuyo enlace era el camino que conducía de Santa Fe de Bogotá a Mérida con los hitos necesarios de Tunja y Pamplona. Aunque la región andina se incorporó a la Capitanía General de Venezuela en 1777, no se perdió, por ello, el contacto tradicional con la Nueva Granada y en vísperas ya de la Independencia seguía el entronque acostumbrado entre las familias merideñas y pamplonesas. Así cuando en la emigración de 1814 los patriotas de Mérida buscan una vía de escape contra las mesnadas realistas, lo hacen reinternándose en los viejos caminos virreinales y protegiéndose hasta en los escondidos y selváticos llanos de Casanare. Para quienes la Historia es mucho más que el documento oficial y el papel escrito; para quien desea completar el testimonio de las gentes con el testimonio

de las cosas mismas, la explicación de muchos fenómenos culturales venezolanos es una perpetua interrogante. Por qué el habla de Cumaná y de la región oriental de Venezuela presenta tanta semejanza con el idioma común de Santo Domingo y Puerto Rico; por qué el “papelón” de forma piramidal de la antigua provincia de Caracas se trueca ya al llegar al Estado Trujillo en la “panela” cuadrada; por qué en Los Andes el “requinto” sustituye al “cuatro” como instrumento popular y aún los campesinos de Mérida celebran los festejos navideños acompañando sus villancicos y viejas canciones al son de rústicos violines —caso único en nuestro folklore musical—, he aquí una serie de cuestiones usuales, sensibles a quien recorre el país, y que piden su respuesta a los futuros historiadores de nuestra Cultura. De pronto un ritmo que por el hábito de oír en la radio canciones antillanas parecía de origen negro —como nos ocurrió recientemente presenciando un “baile de tambor” en las inmediaciones de Maracay— revela su absoluta semejanza con una vieja melodía castellana del siglo XVI. Al compás de los músicos nativos, un folklorista español que estaba con nosotros pudo seguir la línea melódica de la canción en sus antiguos versos; y notábase en el grupo de danzantes, que los más ancianos, los ya menos permeables a la deformación que producen los programas de radio, bailaban con un ritmo distinto de quienes, caprichosamente, la africanizaron. La suma y el análisis de tantas cosas menudas, el trabajo ordenador de lingüistas, etnógrafos, antropólogos, etc., que colabore con el historiador, nos llevará a una visión más completa de lo venezolano; a la historia del pueblo que ha de completar la historia del Estado. Y tal labor es necesaria no solo para satisfacer la curiosidad del folklorista o la nota de típica autenticidad que busca el escritor, cosas muy respetables ambas, sino también para que todo lo que se haga en materia de progreso o reforma social, consulte hasta donde sea posible las modalidades locales. Quien ha recorrido el país, siquiera con una modesta libreta de apuntes sabe, por ejemplo,

que junto al Derecho escrito en las oficinas de Caracas hay en la vida venezolana muchas formas consuetudinarias que nunca fueron absorbidas bien por nuestros Códigos civiles de inspiración napoleónica; y que son muy distintas las relaciones de familia y el concepto de propiedad en una comunidad navegante y pesquera como Margarita y en un Estado de tan vieja tradición agrícola como Trujillo.

Se hace así, urgente, ampliar lo que yo llamaría las fuentes de nuestra Historia. Por explicable razón política y por la emoción que tiene todo testigo de dar valor primordial y casi exclusivo a los hechos en que participó, los historiadores del siglo XIX vieron el proceso de Venezuela como si las provincias de nuestro territorio hubieran estado soldadas siempre en firme comunidad, y como si el movimiento emancipador iniciado en 1811, marcara una cesura infranqueable con el vasto período precedente. Aunque antropólogos como Marcano empezaron a estudiar los residuos de la prehistoria indígena, fue un lugar común desechar completamente aquellos orígenes, diciendo, con verdad de Perogrullo, que nuestro pasado prehispánico carecía de toda importancia comparándolo con el de mexicanos y peruanos y con nuestros vecinos occidentales, los chibchas. Tampoco el lenguaje de los arqueólogos podía dar una noción clara y fácilmente asimilable, de tales testimonios. Por autodidactismo y por la frecuente creencia de que se pueden conocer historias locales sin conocer el método histórico, la Arqueología y la Antropología fueron en nuestro siglo XIX, con excepciones tan ilustres como la de Marcano, temas de desordenada divagación y fantasía. En todo Hispanoamérica hubo pintorescos eruditos, exegetas de un solo libro y posesos de una peculiar manía, que se planteaba tan absurdos problemas como el de si los hebreos habían llegado al Amazonas; si los chinos influyeron sobre México en remotísimo tiempo, o —siguiendo la barroquísima teoría de Sigüenza y Góngora en el siglo XVII— si el mito de Quezalcoatl puede identificarse con la leyenda cristiana del

apóstol Santo Tomás, evangelista de las más lueñas regiones. Cada persona que encontraba un cementerio indígena, un conjunto de cráneos, de hachas y vasijas, dábase a formular hipótesis sobre el más antiguo poblamiento de América. El análisis de cualquier raíz o desinencia lingüística llevaba a la más arbitraria relación entre alguna lengua americana y otra del Viejo Mundo. Un poco de claridad metodológica, de rigor severo en la clasificación, de honesto acopio de datos antes de formular teorías, se requiere en materia que se ha hecho tan intrincada, a veces tan farragosa, como la de nuestra proto-historia aborigen.

Pero mientras que antropólogos, arqueólogos y lingüistas ordenan y sistematizan los materiales, sí es posible comenzar a ver el mundo indio de modo más intenso, siquiera con mayor emoción estética, que la que le dedicamos hasta ahora. Un mundo muy nuestro, sensible ya al misterio de nuestra naturaleza y a los materiales de la tierra; una mitología que se irá aclarando, se nos ofrece en los maravillosos vasos de la cultura. Tacarigua, en las estatuillas timoto-cuicas, en los aún hoy vivos tejidos, adornos y cántaros de guajiros y orinoquenses. Los viejos cronistas que como Gili o Gumilla tuvieron en el siglo XVIII tan profundo contacto con las poblaciones autóctonas, requieren releerse e interpretarse con un criterio ya diverso al de recoger noticias sueltas y datos pintorescos que fue el que prevaleció hasta hoy. Dentro de la Historia de la Cultura universal hay que incluir esos testimonios directos de especial importancia: la descripción “in situ” de tribus y grupos étnicos antes de que los acabara de dispersar el conquistador, y la extraña problemática que el mundo físico y las sociedades americanas produjeron en el europeo; ávido interrogatorio de temas de Ciencia natural y conocimiento histórico que contribuirían, en grado no pequeño, a la transformación de la propia y muy orgullosa Cultura europea. Una de las hazañas que de modo singular en México, Argentina y Perú está realizando la nueva escuela de historiadores hispanoamericanos, es la revaluación de esas

fuentes iniciales de América; esa a veces olvidada literatura de misioneros y evangelizadores, que —como en el caso de Sahagún, del Padre José de Acosta o de nuestro Gumilla— presenta para el lector contemporáneo la novedad y fascinación de las obras maestras. A la luz de la Ciencia etnológica y antropológica presente, muchos de esos libros antes menospreciados, comienzan a ser para la Cultura universal tan valiosos como han sido para el hombre europeo durante veintitantos siglos, las obras de Estrabón o Herodoto.

* * *

Ya venturosamente la Historiografía de todos nuestros países, y de modo especial en Venezuela algunos eminentes investigadores de esta Academia, han superado muchos de los antiguos prejuicios sobre la colonización y el pasado español. Como quise demostrarlo en un libro, la cuestión no consiste en sustituir la leyenda negra que se elaboró en los países émulos de la vieja España imperial, por otra leyenda blanca y seráfica en que el conquistador se convierta en santo. Pero no es con nuestros conceptos de hoy como se entienden los problemas de la expansión oceánica del siglo XVI. Más que factorías de mera explotación económica como son aún ahora las colonias tropicales de los países imperialistas, la enorme huella de España por el vasto mundo indiano originó naciones de tan firme conciencia territorial y psicología tan diferenciada, como las que integran Hispanoamérica. La rica Cultura colonial creadora ya de un arte mestizo, de una nueva visión del hombre que del pensamiento misionero de un Las Casas pasa a las grandes interpretaciones del mundo indígena de Sahagún y Motolinía e influye, además, en las utopías renacentistas; de un noble debate sobre la libertad y dignidad humana que en teólogos como los criollos Avendaño y Alegre parece anteceder al liberalismo moderno, constituye un vivo

legado civilizador; un tema permanente de nuestra conciencia histórica. Es claro que debemos distinguir, como en toda Historia, las fuentes oficiales: la perfecta ley escrita o la Real Cédula que no se cumplía y la costumbre y el hecho, motivados por la circunstancia ambiental. Pero ante nosotros el problema de la Colonia ya se plantea de modo muy diverso a como lo consideraron los historiadores-testigos de la Independencia (Yanes, Baralt), influidos por el racionalismo simplificador de la Ilustración y el encono de la guerra reciente y de la manera pintoresca como la viera en deliciosas páginas de costumbrismo histórico, don Ricardo Palma. Porque entonces se inició nuestro proceso de mestizaje, porque el impacto entre los grupos raciales y culturales que formarían la futura América se observa allí de modo más vivo, es dicho período un punto de partida y repertorio insuperable de toda investigación sociológica sobre nuestros pueblos. Casi diría que, por ello mismo, es la época que exige mayor cultura y fineza interpretativa en el historiador.

Quien se sumerge en ese Medioevo americano —con que se ha comparado la Colonia— tiene ante sí la más enredada problemática. Primero, junto al documento oficial envuelto frecuentemente en fórmulas de devoción o etiqueta barroca hay que poner otras fuentes que como los procesos inquisitoriales recogidos por José Toribio Medina o Genaro García, dan el trasfondo oscuro de la existencia diaria. Que la Colonia fue mucho menos santa de lo que habitualmente suponemos, nos lo enseñan algunas crónicas de ciudades como los famosos “Anales potosinos” de Martínez Vela o el “Diario de Lima” de Muga-buru y obras de señalado encanto literario como “El Carnero” de Rodríguez Freile, libros todos que ofrecen una como Historia secreta y condimentada murmuración, de lo que no se escribía en los papeles públicos. En cartas privadas, testamentos, deposición de testigos en los más acres juicios eclesiásticos y civiles, hay que perseguir este otro rostro resbaladizo de aquel período. Y no pensar, tampoco, con

falsa ilusión histórica, que desde el punto de vista social y cultural, la Colonia finalizó radicalmente con el movimiento iniciado en 1810. Cuánto de colonial queda en las costumbres y estilo de vida de algún rincón aldeano; en ciertas formas de lo que puede llamarse nuestro Derecho consuetudinario; en las tradiciones del arte popular, en ritos y supersticiones, es todavía tema de investigación para el sociólogo o historiador de la Cultura.

Otro problema es aquel que dos grandes investigadores latinoamericanos como don Fernando Ortiz y Arturo Ramos han denominado con palabra utilísima “transculturación”. La “transculturación” no consiste tan solo en el trasplante de la Cultura europea a América sino también en el producto nuevo o en el obligado retroceso que a causa de las condiciones del ambiente, sufre con frecuencia la forma cultural europea. El estilo de los monasterios e iglesias construidos por los primeros frailes franciscanos en México durante el siglo XVI —valga un ejemplo— más que al gótico florido de la corte de los Reyes Católicos o al Renacimiento que ya penetraba en España, se parecía a las fortalezas medievales, porque el temor ante los indios, la sensación de peligro del mundo nuevo y las formas económicas de una comunidad cerrada, retardaban la hora de América en comparación con el tiempo europeo. Junto a la estructura del Estado español traído a las Indias, se superponía la circunstancia autóctona; aquella frecuente discordia entre ley y realidad histórica definida hasta la exageración en la famosa y destemplada carta de Lope de Aguirre, “El Tirano”, a Felipe II. He leído en el Archivo Nacional curiosos papeles de encomenderos de comienzos del siglo XVII que al hacer ante la Corona su recuento de servicios, dan una imagen de la vida venezolana en aquellos años, que podría homologarse a la difícil existencia europea durante el Feudalismo. La influencia organizadora del Estado se relajaba a medida que se salía de los pequeños núcleos urbanos con su Iglesia y su Cabildo, a la naturaleza semi-bárbara. Ver, más allá de la Historia externa y de las

fórmulas frecuentemente convencionales y mentirosas, lo que Don Miguel de Unamuno llamaba la intrahistoria, el oculto y replegado meollo de los hechos, es así la tarea sutilísima del historiador. Porque lo contrario sería proceder como en cierto desventurado Manual de Historia Patria que se enseña en muchas escuelas y colegios en que el proceso político nacional, el tránsito de uno a otro Presidente, se narra como si todo hubiera transcurrido en la más perfecta y serena legalidad; como si el país no conociera jamás dictaduras y actos de violencia. Dicha historia, inspirada más en los documentos de la “Gaceta Oficial” que en los hechos mismos, casi se confunde con la de un apacible país como Suiza y en los días de más sosegada democracia. Como en un cuento de nuestro libro primario, el deber del historiador es no conformarse con la apariencia y averiguar qué es lo que está encerrado en el saco.

* * *

En la palabra “Venezuela”, que a partir de 1777 significó la fusión de núcleos territoriales que vivieron dispersos y que con la guerra de Independencia adquirieron la más valedera unidad histórica, caben hoy —como en los motivos musicales de una sinfonía— la variedad de regiones, costumbres y formas de cultura. Desarrollada ya en gran parte la Historiografía Militar y Política, convendría detenerse un poco en la Historia cultural. Lingüistas, etnógrafos, antropólogos, folkloristas, economistas, mancomunado su esfuerzo, deben trabajar en esa “Summa” de Venezuela de que estamos requeridos. Tanto como las grandes batallas de la Independencia es un problema histórico saber cómo en estos cuatro siglos que abarca nuestra Historia documentada, el venezolano transformó su suelo; qué etapas ha sufrido su Economía, qué ideas o consignas rigieron su vida espiritual. La Historia de las ideas en que comienza a interesarse un grupo nuevo y muy empeñoso de historiadores

hispanoamericanos, es mucho más —como ya lo advirtieron Gil Fortoul y Vallenilla Lanz— que estudiar la influencia del pensamiento europeo en América; es esclarecer, al mismo tiempo, qué reacciones, cambios y reajustes suscitaron aquellas ideologías en su choque con un medio social distinto. ¿No es así un tema patético inquirir, por ejemplo, aquella continua metamorfosis que la despierta cultura europea sufrió en el alma ardiente de Simón Bolívar? Seminarios de investigación donde jóvenes diligentes se entrenen en la nueva Historiografía; colecciones documentales que hagan menos penoso el trabajo de búsqueda, clásicos y obras raras que desde el círculo cerrado de los eruditos se difundan en escuelas y colegios, se necesitan para la tarea exploradora. Y completar siempre la Venezuela ya escrita en los Archivos y papeles viejos, con la que el emocionado caminador, el auténtico baqueano de la patria, descubre en un diálogo campesino, en una canción popular, en una de esas casas de provincia donde parece haberse detenido el tiempo.

Quizás para la empresa de grupo de donde surgirá nuestra futura Historiografía, sea necesario dividir el país en zonas y áreas culturales. Habrá que hacer, por ejemplo, —como lo realizan ya muchas naciones— nuestro mapa lingüístico que arrojará mucha luz no solo sobre el habla común del pueblo, sino sobre las influencias indígenas y africanas y sobre tantos problemas semánticos que definen nuestra psicología colectiva. Porque en el idioma el hombre ofrece la más válida configuración de su alma. Tanto como una fuente escrita son testimonios históricos para explicar contactos o formas peculiares de cultura, los instrumentos musicales del pueblo, el ritmo de sus canciones, los materiales de su casa o decoración, el estilo de su cocina. Que la historia nos sirva más; que concurra con sus datos a aclararnos problemas e interrogantes de cada día; que no sea tan solo el tema del discurso heroico sino la propia vida y el repertorio de formas de la comunidad, es cuestión que ya nos planteamos.

Quisiera decir que en pocos momentos como el que ahora se perfila, el país requirió de mayor conciencia histórica. Los grandes choques y corrientes espirituales del mundo ya no rebotan en Venezuela como en un país aislado, de relativa insignificancia dentro de la Economía universal. Las grandes potencias y consorcios monopolistas extranjeros —como ocurrió el siglo XIX— podían contentarse en estas tierras casi virginales, con negocios de alto rédito como los ferrocarriles y obras portuarias que constituían casi todo el progreso técnico conocido por las generaciones precedentes. Los barcos de arribo a nuestros puertos arrojaban sus fardos de mercaderías y se llevaban, en cambio, el café y el cacao cosechado por sumisos peones, en un régimen patriarcal o feudal, según sea la connotación política con que querramos definirlo. A espaldas del trasatlántico en que los hacendados y los políticos prósperos iban a Europa; a espaldas de las grúas de los muelles, vivía el país una existencia soterrada, casi colonial. Generales audaces y, de pronto, un civil efímero, se sucedían en la Presidencia de la República. Un mal año de cosechas y una turba creciente de cesantes, excluidos del presupuesto, desembocaba en una Revolución para la cual se escribían las más resonantes proclamas. Con su ímpetu, con su desorden, con su siempre frustrado romanticismo libertario, Venezuela llevaba una existencia hermética al amparo de estas montañas costeras, de los inmensos llanos, de las cresterías andinas de donde surgían, a veces, hombres de voluntad conquistadora. Pero desde que en 1920 el petróleo comenzó a sustituir al café y al cacao como producto dominante; desde que un capitalismo técnico y financiero pesó en la vida del país; desde que la política mundial con sus nuevas místicas se hizo sentir en las discusiones públicas, habíamos dado el salto tremendo y, sin duda, arriesgado, que nos separaba del siglo XX. Parece que el país es potencialmente muy rico, y nuestro débil crecimiento demográfico sufrirá un cambio vertiginoso con las gentes que ya están llegando porque escucharon la nueva Leyenda del Dorado. Como en el sueño de los liber-

tadores, América se ofrece como la convalecencia de Europa. Hay que esperar que los inmigrantes que ya comienzan a congestionar las ciudades descubrirán los caminos y bajarán los fosos que desde esta accidentada serranía central, conducen a una Venezuela más ancha, más desconocida. Entretanto empiezan a oírse en los cafés de Caracas; en los hoteluchos y albergues, todos los idiomas. Las instituciones y servicios públicos, el ritmo tradicional de la vida criolla parece lento y anticuado cuando se le compara con ese impulso foráneo, de intereses económicos, de aventuras y sueños insatisfechos que parece ceñir nuestras playas. Adaptar a Venezuela esas gentes que vienen y seguirán viniendo; defender contra los nuevos conflictos de poder y hegemonía que habrán de suscitarse en el mundo, la línea de la nacionalidad, la verdadera tradición del Libertador, es nuestra próxima y más urgente tarea de educación histórica. Una nación —lo sabéis, vosotros, señores académicos, que con tanto esmero habéis estudiado lo que puede llamarse el legado moral de nuestro país—, una nación no es solo una suma de territorio y recursos naturales, sino la voluntad dirigida, aquella conciencia poblada de previsión y de pensamiento que desde los días de hoy avizora los problemas de mañana. Por eso; no solo por lo que fue, sino también por lo que es y por lo que será, cuando un grupo de venezolanos estamos juntos invocamos como el más desvelado contemporáneo, el nombre de Simón Bolívar. Es que por sobre el uso y el abuso verbalista que se haya hecho de nuestro héroe fundador, él constituye una de las primeras y primordiales razones de nuestro vivir histórico. Hubo en ese momento del siglo XIX que fue el de Bolívar, un potente núcleo de suramericanos que contra los designios de la Santa Alianza, pusieron cerebro y corazón animoso para que las tierras de nuestros países no fueran de reparto entre grandes, y empezásemos a ser dueños de nuestro destino nacional. Había que lanzar, hasta sobre la desolación y la desdicha, los dados de la Historia como lo hizo el Libertador. Pero la lucha por la Independencia de América no se cerró en Ayacucho; es proeza que revive

contra peligros y armas distintas en cada generación. Y como lo ha dicho Benedetto Croce en un libro admirable, la Historia sería vano ejercicio retórico y recuento de hechos que, por pasados, son irreversibles, si el hombre no viera en ella una permanente y siempre abierta hazaña de libertad.

Señores Académicos:

Os reitero las gracias no solo por el honor que me habéis discernido, sino por la oportunidad, ínsita a él, de departir en vuestra sabia compañía y de colaborar con vosotros en una tarea de conocimiento venezolano que nos importa a todos. Aquí os traeré —ya que no pretendo emular vuestra ciencia; ya que en el campo de la Historia patria apenas hice excursiones veloces— aquí aportaré, por lo menos, mis dudas, mis preguntas, mis perplejidades. ¿No es el mejor y más sereno símbolo de la vida intelectual de un país ese diálogo, ese cuestionario a veces angustiado, a veces caviloso, con que cada generación quiere aprender e interroga a las que le precedieron?

Paseo por nuestra poesía (de 1880 a 1940)

I

En el presuroso coche en que Juan Antonio Pérez Bonalde llega a Caracas un día del 80 y tantos, el coche famoso de “Vuelta a la Patria”:

¡Apura, apura, postillón,
Agita el látigo inclemente!

Penetra en la Poesía venezolana una ráfaga de subjetivismo nórdico. Trasmumante y políglota, él hace decir en verso español —que es más moderno que el de sus contemporáneos— angustias, desesperaciones, dudas que vienen de la poesía alemana o del obsesionante mundo fantasmal de Edgard Poe. Pérez Bonalde es un poeta del año y la noche, y el color que predomina en su poesía es precisamente ese color amarillo —color de la melancolía otoñal— que es con el que se nos presenta su más logrado y conocido poema. En “La Vuelta a la Patria” hay tres versos dominantes, los que parecen exprimir toda la intención, los que marcan mejor el acento de tristeza contenida, de sollozo viril que no estalla. El poeta dice ante la tumba de su madre:

Y solo tengo que ofrecerte pueda
esta flor amarilla del camino
y este resto de llanto que me queda.

Lo que podía haber sido imprecación y grito se detiene de este modo en el mundo otoñal, en el elaborado subjetivismo de la elegía. El poeta se va con su dolor por esa comarca de luces lejanas, de perspectivas indecisas, de recobrado y difuso paisaje de su infancia que vuelve a encontrar. Y es ya esta como elegancia elegiaca de Pérez Bonalde lo que marca su modernidad, su avance sobre los poetas de su generación. Piénsese cómo lloraron Maitín y Abigaíl Lozano; piénsese en la decoración de nuestros viejos poetas románticos, los que prodigaban una utilería de ángeles, guirnaldas, serafines y cipreses. Eliminando lo puramente escenográfico la poesía de Pérez Bonalde es ya alquitarado drama interior. Sabe manejar lo que casi ningún poeta había dominado hasta él en Venezuela: los colores sordos; cierta música discreta y asordinada; hasta cierta levedad de la palabra que ya en él no cae redonda y elocuente, sino tiende a esfumarse en el verso. Con Pérez Bonalde se inicia cierta reacción contra lo que había pesado más en la poesía venezolana: la elocuencia; la elocuencia de que no se libraron espíritus tan bien dotados como el de Guaicaipuro Pardo. Pero en Pérez Bonalde culmina por excepción y con más marcado acento cosmopolita, una familia rara de poetas nuestros a quienes se puede llamar los hijos de la niebla; capaces del murmullo más que del grito y cuyos antecesores fueron Yepes y José Antonio Calcaño. (Los otros, hasta los más próximos en edad a Pérez Bonalde —nacido en 1846— se movían todavía en una oficiosa y acartonada poesía de certamen; escribían como el laudable don Felipe Tejera —tan laudable por otros conceptos— sus “Colombíadas” y “Boliviadas”, sus discursos en octavas reales, las largas tiradas eruditas en que Copérnico, Colón y el porvenir de América andaban revueltos con los caciques indígenas y con complicados nombres botánicos y fluviales). La Poesía venezolana había trajinado hasta entonces por dos caminos opuestos que solo en escasos nombres como el de José Antonio Calcaño encontraron una conciliación: un camino era el de los poetas eruditos, de los que degeneraron la copiosa herencia enseñante

de un Andrés Bello; los del idioma académico y la intención didáctica, los poetas de la “Libertad” y “El triunfo de la idea”, los cronistas de los sucesos cívicos que preparaban y aguardaban su premio de la Academia Española; los otros, los grandes espontáneos, abandonados a la facilidad que el hijo de nuestras tierras cálidas tiene por la palabra melodiosa; deliciosamente incultos en quienes la gracia andaba envuelta con el ripio y el acierto con la vulgaridad, como un Maitín y un Abigaíl Lozano. Hacían su vida de criollos apasionados; amaban sus mujeres, no omitían al escribir los hechos más íntimos, cabalgaban los potros de la guerra civil e iban sembrando sus versos a través de los álbumes y de las revoluciones. (Más de un verso triste o hiperbólico de Lozano o de cualquiera de los poetas de la generación anterior a Pérez Bonalde vale, así, por un tratado sociológico. Allí está el hombre nuestro en el prístino canto de su incultura, con todo su ardor, su fantasía y su desorden. Allí está el criollo que sabe ser guerrillero y amante. Y allí está también la mujer venezolana —el ángel o la hurí, como la llamaban los poetas de 1840— acodada en su ventana, en la tristeza fugaz del crepúsculo de los trópicos. Ante ella pasaba sobre corcel caracoleante, como en nueva versión de la Cruzada, el caballero que va a la guerra:

Salud, bravo Arismendi
 al par guerrero y vate
 en cuyo pecho late
 sin miedo el corazón.
 dicen unos detestables versos de Abigaíl Lozano).

Sobre el fondo de esa poesía romántica de los años 40 a 80, poesía a veces un poco popular como nuestros “valsecitos” de tierra caliente, predomina la noche, la gran noche venezolana, tan trémula y sensible; la noche que según aquellos poetas tiene su Ángel de la noche y a donde las sílfides nocturnas acuden a verter

El opio blando de sus negras urnas.

Pero —es necesario decirlo— sin una gran fuerza como la de un Walt Withman para sacar del fondo de su pueblo, del subconsciente colectivo el aliento de su nueva poesía, Pérez Bonalde, viajero y cosmopolita, procede a la inversa: depura su sensibilidad de criollo en el alambique de otras culturas; busca otros tonos, otros coloridos y hasta otras formas métricas; empieza a eliminar lo puramente episódico y accesorio y logra un acento de elevada intimidad como no se había escuchado antes de él en Venezuela. Inicia por ello, quince o veinte años antes de que comenzara el movimiento modernista, lo que puede llamarse el proceso de la poesía moderna en nuestro país. Con una diferencia: que mientras el modernismo de Darío procede de Francia, el aporte de Pérez Bonalde viene del marco de naturaleza y de nieblas de la poesía sajona —inglesa o alemana—. El primero se realiza como lujo verbal; el segundo como afán naturista, como diálogo del hombre con el mundo exterior y con su destino. No el gran cuadro deslumbrante de la naturaleza de los trópicos, la poesía objetiva o la epopeya agraria que había querido hacer Don Andrés Bello, sin una naturaleza afinada a la escala del hombre, un remolinear de hojas otoñales cuya música y dispersión implacable encierran el símbolo de la turbada existencia humana.

Como “hombre raro”, como personaje que duda en medio que muchos que creen, se describe a Pérez Bonalde en la silueta que le dedicara don Felipe Tejera en los “Perfiles venezolanos”. Por cosmopolita y moderno él parece haber chocado con los hombres de su generación, tan aferrados a la grandilocuente poesía española del siglo XIX. Y no eran tampoco los mozos que él encontró en Caracas entre el 85 y el 90 — un Romanace, un Potentini, un Paulo Emilio Romero— los llamados a comprenderlo: estos, salidos de la improvisación venezolana, hombre de “botiquín”, de corrillo político y de revuelta criolla no tuvieron tiempo ni humor para afinarse. Hacían una como versión tropical de

las doloras de Campoamor. La prostituta y el hijo pródigo, la madre que espera en alta noche, los temas del falso follelismo, son la materia frecuente de sus versos circunstanciales. El corrido llanero, la épica popular se pone a cantar a veces en las décimas de Potentini; pero por falta de cultura él no logra la necesaria trasposición del mundo del folklore al mundo de la poesía. Lo mismo puede decirse de aquellos versos burlescos y llenos de malicia criolla —que valen mucho más que sus versos sentimentales— en que Alejandro Romanace supo encerrar la sabiduría del pueblo; versos que han entrado en el refranero nacional y donde la terrible suerte de “los cachicamos es trabajar para las lapas”, donde el venezolano “vive y lo que puede atrapa” y donde el deber de los pobres es “pelar la papa” de los poderosos. (Desde el gordo y exuberante don Rafael Arvelo en los primeros días de nuestra República, pasando después a la altura del año 90 por Potentini y Romanace hasta llegar a nuestro tiempo a los “pitorreos” de Job Pim, hay una nota frecuente en la literatura nuestra, y es la de convertir en burla el dolor social; hacer la moraleja de esa violencia obstinada que pesó tantos lustros sobre la vida venezolana, fijar en la risa y el refrán cáustico esta trágica inversión de valores que el país sufriera como consecuencia de la guerra civil y la rapiña de los caciques. Algo de lo más original y revelador del carácter nacional debe buscarse en la obra de estos humoristas que trocando la imprecación en cinismo, lograron expresar hecha mofa una reprimida filosofía popular; descubrieron más allá en las enfáticas palabras oficiales la resignada y desengañada verdad de nuestro pueblo. “Cachicamo trabaja para lapa”. Un mundo sorpresivo y azaroso, un relativismo moral surgido del abuso crónico, es la materia terriblemente pintoresca de donde estos moralistas del humor —moralistas, sin saberlo— sacaron sus enseñanzas venezolanas. En el escenario turbio que era nuestro país, tan prolongadamente descompuesto, estos rapsodas populares pasaron desafiando la pesadilla tal como un François Villón puso a danzar los lí-

vidos fantasmas de su muriente Edad Media. Nuestra literatura no tiene una “Balada de los ahorcados”, pero tiene una curiosísima balada de la Cárcel de la Rotunda, escrita por uno de esos humoristas de lo trágico: Leoncio Martínez. Y en algunos poetas venezolanos como Blanco Fombona y Arvelo Larriva penetra de pronto un tremendo olor de sangre fresca; un impulsivismo que se desboca, un grito de macho salvaje.

II

Otto D’Sola señala en su Antología como otro de los precursores de nuestra Poesía moderna a un extraño poeta hoy casi desconocido y olvidado por las nuevas generaciones, Miguel Sánchez Pesquera. Ido muy joven de Venezuela, vecino de Puerto Rico, de España y de las Islas Canarias, este luminoso cumánés da a la poesía nuestra un aporte diferente del de Pérez Bonalde. El paisaje mediterráneo y el paisaje bíblico; la luz del desierto y el cobalto del Mediodía; Grecia y Arabia son las tierras ilusorias de su nostalgia. En el fino romanticismo de Pesquera hay ya un lenguaje poético, completamente diferenciado de la prosa: evocación y sugerencia más que narración; palabra melódica más que palabra elocuente. La autonomía y el valor de la palabra poética marcan el proceso en que nuestra poesía deja de ser discurso o tirada académica o apóstrofe espontáneo cargado de interjecciones como había sido —con las exclusiones que señalamos— durante el siglo XIX. Este proceso puede comenzar a fijarse a la altura de 1895, con la generación que se llamó “de El Cojo Ilustrado”. (Y aquí conviene advertir —sin que por ello se ofenda nuestro patriotismo— que en la historia literaria de Venezuela, la poesía siempre marchó como a la zaga de la prosa. Acaso porque el alma del venezolano estaba cargada de tensiones y pasiones políticas, porque había mucho que narrar y mucho que imprecisar, hemos sido un pueblo de prosadores más que de poetas. Se han escrito aquí mejores

novelas y más encendidos libros de polémica que libros de Poesía. O ninguno de nuestros poetas —habiéndolos muy destacados— alcanzó la dimensión continental de un Darío, de un Lugones o de un Guillermo Valencia).

La “modernidad” de la generación del 95 fue la de la palabra, el tema y el ritmo. Algo como una gran pintura de Historia trascrita en verso de contorneada línea parnasiana o en octosílabos juguetones que quieren imitar la anacreóntica griega, destaca la personalidad de uno de los poetas de entonces: Gabriel Muñoz. Si los románticos nos habían traído para tenderlas lánguidamente en las ventanas de nuestros pueblos a las “huríes” y las “sílfiles” de ojos muy negros, esta poesía del 95 viene poblada de sátiros y faunos. Poesía verde y roja como el fino bosque literario donde el dios Pan modula su zampoña de encantamiento o como las vírgenes sacrificadas de uno de los más bellos poemas de Muñoz. Por uno de esos contrastes tan frecuentes en nuestra cultura, fue un gran mulato el que primero logró dar —y con equilibrado gusto— esta nota de fina evocación. Poeta del lenguaje muy limpio, de justa elegancia, Muñoz rectifica a quienes achacan al mulato el gusto de lo desordenado, lo estridente y lo bizarro. En su contemporáneo de parnasianismo, Manuel Pimentel Coronel, poeta de acento batallador, un tanto elocuente, pero cuyas luchas simbólicas de águilas y leones, sus sonetos de paisaje clásico —ejemplo su soneto al Mediterráneo— sobresalen por la pulida lengua viril y la emoción del pasado. (No en balde son esos los años de Arturo Michelena, que fue también un parnasiano de la pintura, y cuyo firme dibujo —tan sensible para el cuadro histórico— sabe levantar el magnífico lienzo de Academia denominada “Pentesilea”).

Venezuela, la Venezuela de los valsos, de los pueblos, de los cortejos de ventana, de las muchachas que languidecen de amor y que entonces tenían álbum, tocaban al piano y se retrataban con las grandes sombrillas,

los encajes y las gasas de las proximidades del 900, requería su trovador romántico y Andrés Mata lo fue durante treinta años de vida literaria. De cierta manera usando una lengua más melódica y ya podada de interjecciones, Mata continúa en pleno siglo XX la línea de los viejos románticos venezolanos. Mata es el sentimiento simple, transmitido en la emoción especial, con la música que se graba en la memoria. Sin que llegue a la vulgaridad, Mata ofrece una clave emotiva que a todo el mundo sirve, y en la que pueden coincidir el hombre del común y el poeta. A veces esa emoción —que él denominaba con mucha justicia sus “arias”, y que recuerda un poco la línea melódica de la música italiana— a veces esa emoción es tan simple como la del contemplador que se embelesa en los reflejos de la luna “sobre el silencio diáfano del río”. Si nuestro Romanticismo del año 40 convierte a las mujeres en “querubes” y las pone a pulsar el arpa —que tiene como ellas dorada cabellera—, ese Romanticismo tardío, en las lindes ya del 900 es el romanticismo de un piano nocturno desgranado —los poetas de entonces decían que los pianos se “desgranaban”— sobre la transparencia fragante de la noche criolla. En música popular se convirtieron algunos de los poemas de entonces. Un grave médico de Barquisimeto, el doctor Ezequiel Bujanda, compone en horas de vagar una poesía sobre los valsés y los pianos que recorrió hecha canción, trocada en nocturno bambuco, todos los caminos de Venezuela. La sensibilidad media de aquel tiempo está en sus estrofas lacrimosas:

No toques ese vals; cierra ese piano
No broten nunca de tu blanca mano
Esas notas que invitan a llorar...

Es la época; es la moda de lo que podemos llamar el “schubertismo” en nuestra Literatura, porque el transporte musical más alto se lo produce a los públicos de aquel tiempo la “Serenata” de Schubert cuya glosa poética había compuesto el mexicano Gutiérrez Nájera.

Frente al modernismo a lo Rubén Darío que ya comienza a hacerse sensible a partir del 95, esa nota “schubertiana” subsiste en nuestra literatura por lo menos hasta 1915. “Schubertianos” son así, y de destacada calidad, poetas como Racamonde y Juan Santaella. Y a pesar de lo que ahora denominamos “vanguardismo”, en algunos pueblos de la provincia venezolana donde la luna coadyuva al alumbrado público y donde los últimos pianos libran su trágico combate con los aparatos de radio, algunos viejos poetas todavía “schubertizan”.

(Los poetas de hoy, deportistas y cabriolantes, no saben lo que fue el culto al poeta de la Venezuela de treinta o cuarenta años atrás, cuando los diarios de la capital tenían columnas permanentes para publicar los cotidianos sonetos y la Fotografía Manrique —que por sí sola constituye un capítulo de la historia social venezolana— lanzaba, para que las coleccionaran los niños de la provincia, la “vera efigie” de esos vates despeinados y ardorosos). Viviendo la misma vida ilusoria y romanesca que evocaba la fotografía, muchos acudieron temprano a la cita de la muerte. Pero no sin despedirse de la amada, de todas las amadas que tenían en los pueblos de Venezuela, como Víctor Racamonde:

Dulce gacela mía
del lodo que mi nombre ha salpicado
está libre este amor, que es mi alegría

III

Modernismo y decadentismo son dos palabras a que se asocian en nuestros países una revolución literaria —y principalmente poética, cuyo gran caudillo en el mundo hispano fue Rubén Darío— y un estado de alma colectiva que es el de aquellos años que van de las postrimerías del siglo XIX hasta la gran guerra de 1914. Hay, pues, en el modernismo y el decadentismo, un aspecto formal y otro anímico. Des-

de el punto de vista formal, ya nos parece inconcebible mirado desde una perspectiva de hoy, la resistencia y el ataque que mereciera de los sectores literarios tradicionales el magnífico mensaje de Rubén Darío, cuya acción más reformista que revolucionaria, consistió solamente en que la anquilosada Poesía española del siglo XIX conjurara el lenguaje de la época, y se aproximase, por ejemplo, al simbolismo francés. Y para lograr este cambio no era necesario que la poesía hispana abjurara de su tradición, sino volviera a lo mejor de ella. (En el siglo XVII —especialmente con Góngora— el lenguaje poético español fue perfectamente autónomo frente al lenguaje de la prosa; se constituyó como color y música más que en desenvolvimiento lógico, y Darío nunca llegó a la audacia de la intrincada metáfora gongorina). Contra lo que reaccionaba Darío, especialmente, era contra el folletín poético y el discurso versificado, formas espurias de una sedicente poesía hispana en las últimas décadas del 800. Así no comprendemos los denuetos que esta reforma de Darío provocara en algunos obstinados contemporáneos. Cada reformador artístico trae su propia materia ornamental, y la de Darío se expresa en aquellos temas del Rococó versallesco, del París de los años 90 y de los faunos de tapicería que él presenta en el gran bazar de color y de música que son sus juveniles “Prosas Profanas”. Música de Wagner tocada por un gran ejecutante tropical que al oro de las viejas leyendas agrega el del sol de su tierra caliente y los esmaltes de sus colibríes centroamericanos. No es eso, sin embargo, todo Darío. Entre sus dos libros poéticos esenciales —las “Prosas Profanas” y los “Cantos de vida y esperanza”— se cumple un proceso semejante al que en la música moderna nos conduce del gran drama sinfónico de Wagner al arte más refinado e impresionista de Debussy. Frente a la orquestación verbal de las “Prosas Profanas”, los “Cantos de Vida y Esperanza” erigen su delgada voz nocturna, su velado matiz, su concentrado aroma nostálgico. El sentimiento poético en este libro va mucho más allá de la

palabra brillante; penetra en un complicado mundo de alta intimidad.
 La voluptuosidad triste, el cansancio, la incógnita del destino humano:
 y la vida que tienta con sus frescos racimos
 Y la muerte que aguarda con sus fúnebres ramos

Los temas eternos de la Poesía, en una palabra, alcanzan la más exquisita modulación en ese gran libro de la madurez de Darío. Libro, naturalmente, de más difícil influencia —por contener mayor objetividad— que los de su brillante época juvenil.

A la distancia de veinticinco años que ya nos separan del gran poeta y de la magia de su obra, podemos juzgar mejor que en el momento del triunfo, cuál fue su trayectoria y penetración en las distintas poesías nacionales del Continente. Esta Antología de la Poesía Venezolana acaso sirva para demostrar objetivamente que entre nosotros el influjo de Darío no ha sido tan determinante como con frecuencia se cree. Algo de vocabulario y la métrica del gran nicaragüense penetra en los poetas de lo que podemos llamar la primera, segunda y tercera promoción de nuestros modernistas. Rufino Blanco Fombona (1874); Carlos Borges (1875); J. T. Arreaza Calatrava (1885); Andrés Eloy Blanco (1897). Algunos poemas minúsculos de la juventud de Blanco Fombona —que no son precisamente lo más revelador de su obra— han sufrido más en la palabra que en la intención poética, la influencia rubeniana, así como “La lámpara eucarística” de Carlos Borges tiene una curiosa analogía métrica —ya que el tema es tan diverso— con la “Marcha Triunfal”. Del mismo modo en el vigoroso temperamento poético de Arreaza Calatrava, millonario de las palabras, vate de gran aliento en quien desembocan y se agitan las más contradictorias influencias literarias, Rubén Darío pasa con sus esmaltes verbales, con su virtuosidad métrica, con su coloreado don evocador. En todo caso, la sombra tutelar de Darío se establece, por lo menos hasta 1920, como el verdadero árbol que canta,

sobre nuestros modernistas. Influencia —como ya lo hemos dicho— más exterior y decorativa que profunda. Por Darío, muchos poetas de nuestra tierra caliente, sueñan con Trianones, cisnes y princesas. Un rococó literario, poblado de lacas y marfiles, abates madrigaleros y Pompadoures de cromo, es lo que saben tomar e imitar al gran poeta algunos liróforos de provincia. Los malos imitadores intentan un rubendarismo puramente formal, de palabras escogidas y de adjetivos raros. La palabra en ellos es ornamento suelto más que signo. Lo que entre nosotros se llamó el “orfebrismo” fue esa tendencia a la complicación y el enrevesamiento verbal; aquellas palabras esdrújulas o desempolvadas del diccionario que como grandes parásitas quedaban colgando, balanceantes y desajustadas, en la prosa de algunos oradores y en las estrofas de algunos poetas. Contra esa degeneración del Modernismo fue memorable la campaña de sanidad literaria librada por el novelista Pocaterra y la revista humorística “Pitorreos” a la altura de 1918. Desde esa fecha la palabra “orfebre” que se habían dispensado como alabanza los epígonos del Modernismo, se convirtió en el emblema de una nueva cursilería.

Si la revolución modernista se proyectó singularmente hacia la música verbal, sacó nuevas palabras y combinó nuevos metros, el otro fenómeno coincidente —el Decadentismo— tiene, además, una significación ética y psicológica; no se realiza solo como forma literaria, sino como conducto, gesto o actitud vital. En tal sentido personalidades como la de Rufino Blanco Fombona parecen, para la época, especialmente reveladoras. A través de Nietzsche, de Barrés, de Wilde y D’Annunzio ha llegado a estas latitudes el mensaje anarco-individualista de la Europa de los años 90. Frente al conformismo y seguridad burguesa se proclama otra vez la rebelión y los derechos excepcionales del artista. Es la más elaborada voluptuosidad que no le teme a la sangre y a la muerte, el artista quiere ser aquel “uomo singolare”, más allá de la moral y la norma común que erigió como imperioso arquetipo, una época tan car-

gada de instinto, estética más que ética, como lo fuera el Renacimiento italiano. Liberado de toda tradición y norma corriente, el artista anhela afirmar su función de gran “condottiero”. Concibe la Historia no como la suave y ordenada marcha de lo que ellos mismos denominan el “rebaño democrático”, sino como lucha y darwinismo implacable donde el bello animal humano prevalece sobre los pusilánimes y los débiles. En este nuevo estado de conciencia, en este nuevo mal del siglo, semejante al que sufriera Europa en el alba del período romántico caben todos los matices; desde la acción despiadada de Zaratustra hasta el nirvana imaginativo en que se hunden los personajes de Huysmans. Artificio y violencia parecen los caminos contradictorios que conducen hacia una terrible Belleza. En la novela latinoamericana de comienzos del 900 coinciden en esta actitud los personajes novelescos del uruguayo Carlos Reyles y del venezolano Manuel Díaz Rodríguez. “Sangre Patricia” e “Ídolos Rotos” son centro de la prosa nacional dos logros que ejemplarizan ese estado de espíritu. Y en su escala de contrastes el Decadentismo significa entre otras muchas cosas: rebeldía y aristocracia del artista; refinamiento voluptuoso: afán de desconcertar al buen burgués; arte para los artistas; gusto de la paradoja. Huyendo de las masas, inmerso en su mundo solitario, el escritor suele encontrarse —como el complicado Tulio Arcos que describiera Díaz Rodríguez— con la sombra de Narciso. El Universo concluye en sus propias percepciones.

Rebeldía y excepcionalidad, vindicación del instinto libre más que refinamiento mórbido, es lo que se destaca entonces en la obra poética de Rufino Blanco Fombona, el primero de nuestros modernistas y decadentistas en orden de edad. El “condottiero” dannunziano se convierte en él en caudillo de tierra caliente. Su mensaje es elemental como el reclamo de nuestra Geografía indómita:

Mi querida se acerca, y dulcemente
apóyase en mi espalda.

Su cabellera se impregnó en el baño
de un olor de campiña. Me dan ganas
de beber leche, de domar un potro,
de atravesar un río.

En el más aplaudido de sus libros en prosa, Blanco Fombona ha hecho el elogio y contado la aventura del Conquistador español del siglo XVI, caballero sobre la inmensidad de América. El sol del trópico, la soledad, la perenne codicia insatisfecha, le tornan cruel y despliegan la personalidad inexorable. Vienen cargados de Geografía, de reinos por descubrir, de venganzas, como ese Lope de Aguirre, “El Tirano”, a través de los enormes ríos de la selva. Como un conquistador de entonces, llevado por su impulso y su imprecación, ha querido pasar Blanco Fombona por la Literatura nuestra. Esa rebelión de la carne y de la individualidad entera que se expresa en algunos de sus libros de poemas como los “Cantos de la Prisión y del Destierro” donde la Poesía es casi documento, fue entre los modernistas venezolanos una nota habitual. Con mayor gracia lírica, con más fresca sensualidad y hasta con juguetón humorismo poético, la encontraremos después en Alfredo Arvelo Larriva. Si bajo todos los cielos la mujer es el tema más frecuente de la Poesía, es curioso observar cómo el motivo femenino ha ido cambiando a través de nuestra historia literaria. Para Blanco Fombona y Arvelo Larriva la mujer ya no es el “querube” o la delicadísima amada de los románticos. Blanco Fombona canta a su querida, y Arvelo Larriva en su famoso poema “Pilar Teresa” dedica a una cortesana —a la cortesana que lo consuela de sus días de prisión— uno de los cantos de más liberada sensualidad que conozca la lírica venezolana. Ya no son los ojos negros, el pie breve, la boca ambarina; es todo el cuerpo de la mujer, no contemplado, sino retorcido en espasmos; la mujer en el embrujamiento de su paraíso diabólico.

IV

Mientras una lírica de mayor complicación verbal que la conocida hasta entonces en nuestra pequeña historia literaria, estaba surgiendo con el Modernismo y el Decadentismo; mientras temas libertinos e ingenuamente demoníacos como los que Carlos Borges puso de moda en los primeros años del siglo; mientras cargado de metáforas y graciosos retruécanos, impulsivo y escandaloso en su exultante sensualidad había venido de sus nativas sabanas un joven cantor como Arvelo Larriva, aparece también como contraste y reverso del cosmopolitismo modernista, una poesía de cargado acento nativo que quiere fijar sus temas en el paisaje y las costumbres de la tierra. Es de cierta manera una trasposición a la Poesía de aquel movimiento criollista que había penetrado en la prosa a partir de las novelas de Romerogarcía (“Peonía”), de Gonzalo Picón Febres (“El sargento Felipe”, “Fidelia”), de los primeros cuentos —tan cargados de lirismo a lo Federico Mistral— de Luis M. Urbaneja Achelpohl. El gran poema nativo de esos primeros años del siglo XX es la “Silva Criolla” de Lazo Martí. Si pensamos en la oscura vida provinciana de este gran poeta, metido en sus llanuras, sin contacto casi con los grupos literarios de Caracas con los tentadores libros de la época, la “Silva Criolla” se nos presenta como uno de los milagros de nuestra Literatura. Porque casi no había crítica o la crítica todavía no sabía proyectarse hacia los verdaderos enigmas del alma venezolana, la “Silva Criolla” ofreció solo a los contemporáneos su encanto verbal y como la continuación o la paráfrasis moderna de la famosa “Silva a la Agricultura de la Zona Tórrida” de don Andrés Bello. En realidad el poema de Lazo Martí tiene el valor de un manifiesto. No es solo el virgiliano y clásico contraste entre campo y ciudad y la invitación a que el venezolano recobre su tierra y dome su naturaleza, tan braviamente hermosa, lo que se expresa allí, sino también la condenación del vago juego decadente, las imágenes de una mitología no libresca e importada, sino surgida

del indomeñable horizonte, del milagro animal y vegetal del inmenso campo llanero. Frente a la poesía artificiosa —toda palabra y retorcida literatura— que la mala imitación del modernismo estaba produciendo, poetas como Lazo Martí no solo en la vigorosa arquitectura de su “Silva”, sino en aquellas breves composiciones más intencionadamente líricas que él llamó las “Crepusculares” descubren un fino y delicado tema de elegía criolla: el vuelo de las garzas espantadas por el invierno llanero, imagen simple del tiempo y del amor que se van; fuga de las cosas, fatalidad del hombre ante la naturaleza irreversible. Así en este gran intuitivo de nuestra poesía vernácula, objetivismo y subjetivismo se concilian armoniosamente. Otros de los poetas criollistas —pienso en el más abundante de todos ellos, el zuliano Udón Pérez— si saben describir la naturaleza en grandes poemas llenos de selva y de ríos crecidos, de palabras indígenas, no dan en cambio con la vida interior. Se quedan en lo épico más que en lo lírico.

En todo caso, estas generaciones literarias de comienzos del siglo han empezado a descubrir el paisaje. Se opera en la Poesía un proceso semejante al ocurrido en nuestra Pintura. Los pintores del siglo XIX —pintores de historia o retratistas como Tovar y Tovar y Michelena, realistas patéticos como Cristóbal Rojas— no se habían sumido aún en la naturaleza del trópico. El paisaje es solo el fondo de las batallas heroicas o de las conmemoraciones biográficas que sus pinceles describen. Solo en unos cuadritos de Cristóbal Rojas como en aquella deliciosa “dama en el balcón” que evoca a Renoir, obras en que hasta ahora había reparado poco la crítica porque no tenían la magnitud ni el “fortísimo” de sus grandes escenas interiores, empieza a penetrar el paisaje.

La lección del impresionismo europeo nos llega retardada como todos los movimientos espirituales, y solo se hace palpable después del 900. De los paisajistas en prosa como Urbaneja Achelpohl y Díaz Rodríguez, el movimieto tomará la Poesía. Otto D’SoIa, compilador de

esta Antología, ha rescatado para ella el nombre y la obra de un poeta hasta ahora casi desconocido, Pedro Rafael Buznego Martínez, que a comienzos del siglo describía en versos de fresca ingenuidad el paisaje y las faenas de sus campos aragüeños y que es por ello un precursor de una numerosa familia de poetas eglógicos. Espíritus ambiciosos como el de Samuel Darío Maldonado a lo largo de enormes poemas inconclusos donde el acierto y la adivinación genial tropieza con el ripio y la enumeración fatigante, sueñan entonces con una como Mitología vegetal y zoológica de nuestra tierra caliente, con los grandes ríos verdes, con la magia de nuestras selvas, con la generación y la vida sin reposo que el aventurero venezolano —el del caucho, el del oro, el de las revoluciones— va señalando, apenas, el golpe de su curiara, raudal arriba. En tupidas composiciones donde algunos versos se enredan y estorban como gigantescos bejucos, y en la caótica masa de su libro “Tierra Nuestra” dejó aquel poeta un esfuerzo frustrado, pero formidable, de absorción de la naturaleza vernácula. Cargado de exageración, de genialidad y mal gusto, hombre de adivinaciones, de fiebres y de chispazo, Samuel Darío Maldonado es él mismo un río por explorar. Otros poetas nativos, más simples y armoniosos, no tienen tan enorme propósito: se contentan como Sergio Medina en describir la aldea, la procesión y los barbechos dorados; son los notarios de los pájaros, registran el tiempo venezolano con sus diciembres llenos de aguinaldos y de coplas; con sus nubarrones de abril que abren paso al invierno.

Característica de esta vida literaria venezolana entre el 900 y el 920 son los grupos provincianos. Aún la riqueza petrolera —hecho capital en la Historia y Economía venezolana del presente siglo— no producía el movimiento centrípeto de la población hacia Caracas y hacia las ciudades que reparten el presupuesto. A la sombra de sus plazas añosas, las ciudades de provincia tenían sus círculos literarios y editaban sus periódicos y revistas de cuatrocientos ejemplares. Hay núcleos provinciales

como el de Coro que animan los hermanos Smith Monzón, como el de Maracaibo que preside con su vaso de cerveza y sus bolsillos poblados de sonetos, el fecundo Udón Pérez; como el de Mérida donde, contra la tradición eclesiástica los jóvenes y sucesivos pilotos de las revistas “Génesis” y “Literatura Andina” imponen el Modernismo que al pie de las Sierras Nevadas resulta algo blasfemo. Las influencias más contradictorias se amalgaman en la Literatura de entonces; los reflejos de la poesía española de los primeros años del siglo donde el fino arte poético de un Machado o de un Jiménez combatía con la declamación rutilante de un Villaespesa o la bohemia enfermiza de un Carrere; el decadentismo europeo de un D’Annunzio o un Barrés conocido, generalmente, al través de malas traducciones; la nueva emoción social o los problemas de conciencia de los escritores nórdicos. Los primeros 35 años del siglo XX son para los venezolanos, de oprobio, de derrota, de tiranía. De la Dictadura operetesca de Cipriano Castro —dictadura que se pone a bailar y a derrochar los dineros públicos; dictadura tropical y barroca donde lo trágico linda con lo cómico, donde el adjetivo anda liberado como un colibrí en la prosa y el verso de algunos escritores cortesanos—, se pasa a la crueldad más calculada, al silencio siempre más denso, al gran enigma que se petrifica en el largo e inexorable gobierno de Juan Vicente Gómez. Cómo se encuentran con el país; cómo lo sienten; cómo se defienden; cómo marcan su presencia en el alma colectiva es por esto el problema más serio de los escritores y artistas venezolanos en los seis últimos lustros.

La Poesía, empero, sigue un camino que las circunstancias ambientes explican que no haya sido tan brillante como el de otras literaturas americanas. La observación de que la Prosa tuvo siempre entre nosotros mayor alcance que la Poesía, guarda especial validez para nuestro desarrollo poético de los últimos años. Si el problema pudiera mirarse con criterio gramatical, un crítico argüiría que la Literatura venezolana de los trein-

ta últimos años adolece de la general decadencia de los estudios humanísticos, de la miserable Instrucción pública que mantuvo la Dictadura gomecista, del escaso contacto que durante aquellos años los escritores y artistas venezolanos tuvieron con el mundo exterior. Los más nuevos reprochan a los mayores su desnuda espontaneidad, su sentimentalismo trivial, la pobreza de sus temas, pero he aquí que tampoco —y con definidas excepciones— la poesía última ha logrado imponer una nueva conciencia artística. Seguir el ciclo desde Pérez Bonalde hasta hoy nos conduciría a una etapa transicional, a un momento de disolución y de quiebra, de las antiguas formas que no son reemplazadas, todavía, por otras de universal vigencia. Sin embargo, sería injusto negar en la Poesía venezolana de los seis últimos lustros un progreso, un combate por la forma y el tema poético, una aspiración de originalidad. Más que en los individuos, en el choque de las corrientes podemos observar estos caminos que ahora se interponen en el itinerario de nuestra Poesía; las tensiones espirituales que ella experimenta.

V

La muerte de Rubén Darío en 1916 —plena gran guerra europea— señala una fecha inicial en la liquidación del modernismo. Juan Ramón Jiménez que hasta ese momento había sido un poeta típicamente modernista empieza a ensayar un arte nuevo de imágenes y cada vez más liberadas, de más recogida música y que tramita metafóricamente las impresiones de un Universo que no es ya el de los Trianones y las princesas del más divulgado rubendarismo. Simbólicamente el cambio en el arte de Jiménez se realiza con su “Diario de un poeta recién casado” en que junto al tema nupcial transmitido en los términos de una sentimentalidad personalísima, predominan paisajes, visiones, sugerencias de Norte América; es decir de la tierra menos versallesca que sea concebible.

Paralela a la nueva experiencia de Jiménez se perfila el depurado clasicismo de un Antonio Machado, acaso el más clásico poeta que haya producido España desde los días de Fray Luis de León. Clásico —es claro— en cuanto es poeta de esencias, de concentración, de arquetipos; en cuanto lo puramente ornamental casi no se advierte en su Poesía. Machado y Jiménez inician pues, ya, un camino divergente al de Rubén Darío. Y vienen desde entonces, junto a estas puras voces españolas, los laboratorios estéticos de París que quieren producir en la Poesía algo semejante a lo que se estaba produciendo en Pintura cuando los cubistas reaccionaron contra los impresionistas; cuando el subconsciente buscaba su tumultuoso cauce liberador a través del surrealismo. 1913-1925 han sido doce años de extraordinaria movilidad en la historia del arte contemporáneo. En un país tan distante y tan largamente cerrado para los movimientos de la cultura universal como fue Venezuela en los silenciosos años del despotismo, tales influencias no se han ejercido de manera ordenada y sucesiva, sino más bien se confunden y entrechocan. Aún más —y es una nota muy interesante en la Poesía nueva venezolana— al internacionalismo poético, tan visible en el mundo de hoy, se suele enfrentar aquí un fuerte nativismo como el que representan poetas contemporáneos de la calidad de Antonio Arráiz, Fombona Pachano, Arvelo Torrealba.

Rastreemos en el tumulto de estos veintitantos años en que ya nos separan de la primera guerra mundial y de Darío, lo que ha pasado en la Poesía venezolana. Para diferenciar nuestros poetas actuales de los de ayer, se me ocurre la siguiente categoría de valores:

- 1) Una retórica en tono mayor, vocinglera como fue la de los románticos, ha sido sustituida por un lenguaje más íntimo y confidencial; por un como goce del detalle menudo. (Si comparamos por ejemplo un “Canto a Caracas” como el de García de Quevedo hacia 1850 con el mismo tema tratado por el poeta Arroyo ya no necesita escalar un

cerro para cantar a su ciudad nativa. El tema le va surgiendo en detalles y sensaciones, aparentemente inconexas, unificadas y asociadas por el impulso sentimental. Más que la metáfora gigantesca, macrocósmica, se prefiere aquí lo microcósmico. Un viejo limonero enclavado en un solar caraqueño de la colonialísima esquina de Miracielos le evoca a Andrés Eloy Blanco, días de guerra y religiosidad, epidemias y novenas, una como historia y epopeya de Caracas que él transmite en un bellissimo romance que tiene el difuso y envejecido color de una aguafuerte).

2) Selección estética. La abundancia del corazón inflamado, la vida y el amor desparramándose, eran el trance y el ideal del poeta para esos románticos nuestros, rípidos y descuidados cuyo ejemplo más revelador fue un Abigaíl Lozano. La poesía es generalmente, en ellos, crónica en primera persona, erizada de exclamaciones. Entre nuestros poetas modernos no faltan, en cambio, quienes conviertan la poesía en tema de estudio. Acercarse a la sugerencia de otras Artes; frenar la inspiración con la disciplina de la forma, pesar las palabras, buscar no el sentimiento común sino el peculiarismo, es ahora una aspiración consciente. Contra Víctor Hugo, Baudelaire, es una de las fórmulas más valederas de la Poesía desde la época de los parnasianos. (Pienso en aquel pequeño, pero muy elaborado libro con que iniciara hacia 1920 su carrera literaria Enrique Planchart y que para sus compañeros de generación se ofrecía como un Breviario de poética, como un cuaderno de ejercicios de esos con que los pianistas doman su mar sonoro y hacen decir a la mano su nota precisa. Hasta con cierta buscada frialdad, un poeta como ese y su libro eran el anti-Abigaíl Lozano, el anti-Racamonde. ¡Abajo la música fácil!, parecía decir Planchart en ese libro).

3) El sol contra la luna. Se me ocurre decir —y no sé si será una metáfora— que en algunos poetas de hoy, como reacción anti-romántica, el Sol se levanta contra la Luna. A la queja enlunada de ayer se opone la exaltación solar; lo masculino. El sexo del hombre es un símbolo solar

y los poetas que han dicho las palabras más nuevas y fuertes de nuestra Poesía en formación, son poetas solares. El libro más desnudamente dedicado al sol que haya producido la nueva Poesía venezolana se llama “Áspero”, de Antonio Arráiz.

4) Magia del mundo infantil. Para los poetas románticos la Infancia era tema de elegía. El hombre adulto miraba su niñez, lamentándose. Unos niños muy formales que repiten sus oraciones; que en la mesa, al atardecer, escuchan los consejos del padre y que en la noche sueñan con “espíritus alados” pasan con cierta grave melancolía en la famosa traducción de “La Oración por todos” de don Andrés Bello. Eran niños sometidos a las abstracciones de los adultos. Ya sin conceptos, los poetas de hoy se sumergen en lo infantil como en una materia de colorido único, donde la palabra no tiene un sentido lógico, sino mágico. El “Gárgaro Malojo”, “La Tinaja”, “La carreta del malojero” y otros poemas de Fombona Pachano son ejemplares en este sentido. La generación de 1920 —Andrés Eloy Blanco, Queremel, Paz Castillo, Fombona Pachano, Barrios Cruz, Moleiro, Morales Lara, Sotillo—, la de 1930 —Rojas Guardia, Rugeles, Arvelo Torrealba—, la de 1935 —Villalobos, Carlos Augusto León, Olivares Figueroa, D’Sola, Gerbasi— son las primeras que se han detenido en Venezuela a descubrir con su gracia primigenia, hasta con sus palabras rituales y sus conjuros, el mundo de lo infantil.

5) Con esto mismo se relaciona el auge del folklore y la copla. Andaluzamente, Andrés Eloy Blanco —unos años antes de que lo hiciera García Lorca— había disparado como travesuras de su poesía seria, manojos de coplas ardientes, muy venezolanas, en lo que tienen de juego, de insinuación velada de tercera intención. Como un acontecimiento cayó en los círculos literarios de todo el país hacia 1930 el famoso libro “Cantas” de Alberto Arvelo Torrealba. Este joven rastreador, jinete de todos los horizontes del Llano, había laceado la noche llanera y la traía trémula de estrellas, con su lontananza, sus caños y sus espantos

para que la contemplásemos en su íntegra veracidad. Fue un momento maravilloso en que nos preguntamos si nuestro auténtico destino no sería el de la “canta”. Después de su gran poema épico “Doña Bárbara”, Rómulo Gallegos había publicado “Cantaclaro”, es decir, una potente invitación a cantar. Desde el fondo del tiempo, metido en el breñal de su historia trágica, crédulo en apariciones y en hechizos, el hombre venezolano dice como en su folklore:

Cuando estoy a solas lloro
y en conversación me río.
Con la maraca en la mano
yo espanto los males míos.

6) Interrogación a Dios y al Destino. Los poetas venezolanos —excepto en el pasado Pérez Bonalde y a ratos, José Antonio Calcaño— siempre filosofaron poco. Trovadores y juglares, su Poesía solía terminar junto a los ojos de la mujer amada. El destino del hombre, su soledad, el tremendo clamor de Dios se perdía sin ruido por entre las mallas sedosas de sus madrigales. Fue un poeta que no alcanzó la plenitud del lenguaje —porque murió antes de cumplir los treinta años—, Luis Enrique Mármol, uno de los primeros que dejó entre las jóvenes generaciones venezolanas el signo de su elevada angustia. Conocer y sufrir y saber qué valor tiene lo conocido, es el problema que se plantea en sus versos de inconformidad, este malogrado artista que llamó simbólicamente su único libro, “La locura del Otro”. No fue precisamente la influencia de Mármol que desapareció muy joven para alcanzarla, sino acaso el contacto con otras literaturas, cierta popularización de la Filosofía que nuestra época ha logrado como ninguna otra, lo que empezó a sacar en los últimos años a la Poesía venezolana del círculo un tanto madrigalero que siempre la había acechado, y lo que sembrara en ella cierta inquietud trascendente, cierto alto dolor cósmico que

encontramos como señalada promesa espiritual en algunos de nuestros más jóvenes poetas (pienso en algunas páginas de “Presencia” de Otto D’Sola, en otra de Gerbasi, etcétera). Estos artistas empiezan a sentir en dimensión de profundidad su oficio poético; anhelan dialogar con aquellos escrutadores de lo anímico que se llamaron un Hölderlin y un Novalis. El pánico y la fiesta adolescente de sus juveniles poemas se llena así, de anhelo trascendental. Son más castos y menos galantes que los poetas de treinta años atrás. La vida interior comienza a revelárseles. Junto a ellos se levantan —naturalmente— los poetas de la Disolución.

7) A la altura de 1925 pasa por la Poesía de América una tremenda voz disolvente: la del poeta chileno Pablo Neruda. Será después de Rubén Darío el poeta que haya merecido mayor ámbito continental. En Neruda que es fundamentalmente un poeta impuro, desembocan como un enorme río sucio muchas de las pesadillas de una época desesperada, rota, sin moldes. Como en algunas grandes corrientes del trópico en él se disuelven el caimán y la mariposa, la mayor podredumbre y el más matinal perfume. Más abajo de la corriente sigue una vida subterránea, nocturna, llena de légamos y raíces. Es todo lo contrario de un poeta apolíneo. Pero con su lamento y disolución, él toca en las oscuras comarcas del sexo y de la muerte. Su guiado desorden, su tristeza sensual, su máscara de insomnio se han identificado con todo lo que hay de mágico y azaroso en el alma del criollo suramericano. Él también influyó en Venezuela. Y está pesando —acaso contra la voluntad de ellos mismos— en esta densa materia de sueños entrecruzados, de sexualidad confusa, de húmedo naufragio de algunos de nuestros poetas. Marca su presencia con su torbellino de hojas muertas y de peces sangrando, aún en la obra de artistas de tanto aliento como Luis Fernando Álvarez, Pablo Rojas Guardia o José Ramón Heredia. Ellos empiezan a salir a un claro de bosque, a un sitio limpio donde acampar, después de aquella como inmersión entre las enormes y retorcidas lianas.

VI

Venezuela, sus ríos y sus gentes, sus fiebres y sus paraísos, el sueño de las multitudes que habrán de llenarla, la experiencia de su mestizaje, las tierras que tiene por descubrir, la música de su inmensidad, es un tema demasiado grande para un solo poeta. El verdadero gran poeta venezolano será el que por sobre las fórmulas y los convencionalismos de las retóricas vigentes se trague y se sumerja en esa materia germinal; arranque su canto del misterio que todavía somos, coincida en la actitud anímica y en la palabra reveladora con todos los que lo están aguardando. Así Dante se fue por los caminos, doblegado de las visiones, los odios y los rostros de sus terribles compatriotas toscanos; y el viejo Withman se puso a acunar su rollizo y ansioso pueblo de los Estados Unidos. Se constituyó en protector de las espigas y de las estrellas.

Perfil de Caracas (1945)

Aún quedan en la Caracas de 1945 algunos caraqueños ingeniosos y bien educados: don Pedro Emilio Coll, el Dr. Santiago Key Ayala, Eduardo Michelena, caraqueñísimo gerente de nuestra “Lotería de Beneficencia” que escriben y hablan un castigado e incisivo idioma y sienten horror físico y moral cuando leen en un periódico venezolano de estos días frases como la siguiente: “La culturización masiva del conglomerado promete ser exitosa”. El área geográfica de estos caraqueños, últimos depositarios del estilo, se extendía en dirección oeste-este, desde el guzmancista “Paseo del Calvario” con sus ninfas y estatuas de bronce a la moda de 1870 y su romántico jardín criollo, hasta el Parque de la Misericordia, deteniéndose —es claro— en sitios tan característicos como la Ceiba de San Francisco, el patio de la Academia de la Historia, la esquina de Las Gradillas, la plaza Bolívar con los viejos guerrilleros que cuentan anécdotas de la revolución de 1903, del “Mocho” y del “Caribe Vidal” y la antigua “Cervecería de la Torre”, que hasta 1925 ofrecía a los trasnochadores unas deliciosas tostadas de queso amarillo y un casi sólido chocolate español. Todavía en 1936, Luis Correa era un insuperable “cicerone” de Caracas. Luis representaba como pocos caraqueños esa curiosa mezcla de costumbres francesas y españolas que se superpuso al misterio y azar de nuestra vida criolla y marcó el tono social de la pequeña metrópoli

entre los últimos años del siglo XIX y los primeros cinco lustros del presente: la Caracas de la época que puede llamarse con una palabra antipática, “pre-petrolera”. Era la Caracas donde las mujeres se vestían con los modelos de la “Compañía Francesa” que parecían reproducir las figuras de Toulouse Lautrec y de Renoir, aunque el exceso de plumas, de cabellera y de punzones en el sombrero no estuviera de acuerdo con la circunstancia climática. Del “Colegio de San José de Tarbes”, donde aprendieron la angulosa caligrafía francesa con sus letras enormes y un tanto afectadas, las muchachas de la buena sociedad o de la clase media pudiente y que salían para casarse con tanta ostentación, que durante una semana la crónica social de los periódicos publicaba la heteróclita lista de los regalos. Estos comprendían desde los más caros aderezos de la casa Gathman hasta unas horribles estatuillas de terracota italiana con escenas pastoriles, cazadores del Tirol o muy sonrosadas aldeanas del Lago de Como, de aquellas que describió Manuel Díaz Rodríguez en sus “Sensaciones de viaje” (Caracas, 1895). El desecho de esa Caracas que se fue, las últimas formas retorcidas del 1900 se pueden observar todavía en algunas casas de San José o San Agustín o en las “chiveras” como la del antioqueño Restrepo, quien con su cultura y formalidad colombiana ha actuado como un verdadero Proust del comercio: siempre a la busca del tiempo perdido.

El francesismo caraqueño de entonces predominaba en trajes y perfumes, en el exceso de Champagne Cliquot en los matrimonios y grados académicos, en la Literatura de la generación de “El Cojo Ilustrado”, que escribió cuentos a lo Maupassant, “manchas de color” y “análisis de almas”. Prevalecía, además, en algunos restaurantes ya desaparecidos como el “Louvre”, cuyos menús organizaban de modo insuperable los últimos “gourmets” que he conocido: Luis Correa o el Dr. Francisco Izquierdo. Gustavo Manrique Pacanins, ahora Procurador General de la Nación y adepto, por mandato médico, al Agua de Vichy o al “Evian”

fue hasta pocos años un exigente anfitrión. Las nuevas generaciones —hay que decirlo— han perdido el sentido del gusto y hasta cometen el sacrilegio de beber whisky durante la comida. Pero aquel francesismo no chocaba, de ningún modo, con el españolismo más popular de viejos cafés, hoteles y botillerías como el difunto “Barcelonés”, el antiguo “Hotel Continental”, de grandes balcones gaditanos, cierto “Hotel Familias”, última Thulé de los cómicos y banderilleros sin contrata, ni con el entusiasmo por las corridas de toros, las inmensas apoteosis tributadas a Belmonte y al “Gallo” y la paciencia para escuchar recitales de Villaespesa, de Eduardo Marquina o de Juan José Llovet. Todavía en 1924, en alguna casa de la plaza de Candelaria, en medio de una reunión con música y canto, la señorita recitadora que cultivaba como una orquídea su tuberculosis incipiente, disparaba ante el pequeño público los versos aprendidos en la “Academia de Declamación” de Fernández de Arcila:

En tierra lejana
 tengo yo una hermana
 O de manera más cálida:
 ...Iba muerto de sed. Tu voz tenía
 un trémulo frescor de agua corriente.

Era tan grande la separación de los sexos (aunque el fox y el one step representaron una verdadera revuelta moral frente al vals y la mazurca) que a través de los versos, muchachas y muchachos en plena combustión afectiva se decían lo que hubieran preferido decirse en el más elemental y eterno lenguaje de las manos.

Mucha gente —y es la diferencia con los presentes días— estaba, entonces, como fuera de la circunstancia histórica. Apenas se podía afirmar que vivían. No era solo el horror de la dictadura gomecista que impuso casi a cada familia el tributo de un preso político, sino la

mezquindad y pobreza de una clase media —que aún no se atrevía a llamarse de este modo— y el silencio y abandono del pueblo. Las pensiones de estudiantes por donde el 1922, 1923 los que teníamos veinte años entonces padecimos hambre e incomodidad, eran frecuentemente comandadas por señoras de muchas campanillas, aspirantes a conseguir una protección fija del Estado como descendientes de próceres o de los veinte mil generales que a través de las guerras civiles se sacrificaron por el país, y mientras la patria las premiaba, parecían cobrarse un anticipo en nosotros. Se puede hacer una novela triste y barojiana de aquellas pensiones de estudiantes. Están en la novela todos los elementos: el culto del pasado con la anciana señora que de su preterido esplendor efímero conserva los zarcillos con que fue a un baile guzmancista cuando el Centenario del Libertador; la tragedia de los “punta de raza” que interpretaron en algunos cuentos Pocaterra y Urbaneja Achelpohl; la del estudiante cuyo romanticismo contradictorio quiere conciliar el platónico amor, a base de flores, versos y cartas y la “enfermedad de trascendencia social” de que está padeciendo, y la inesperada presencia en la casa de dos policías de “la secreta” que vinieron a buscar a uno de los jóvenes “porque se había expresado mal del Gobierno”. Y ya se sabía demasiado en los días de Gómez, cual era el itinerario de quienes no trataban al Gobierno con irreprochable cortesía.

* * *

Una Caracas plutocrática reemplazó ya, muy definidamente, hacia 1925 a la Caracas afrancesada y andaluza de los comienzos del siglo. La antigua Economía agrario-pastoril era sustituida por la vertiginosa e imperialista Economía del petróleo. Naturalmente que los grandes jefes petroleros de aquellos años, los ingenieros de Texas que vinieron a perforar nuestro subsuelo y los “advisers” políticos que toda Compañía

americana paga para entenderse con la mañosa gente criolla, visitaban al General Gómez y en las concesiones que el Gobierno hacía a las empresas, se reservaban algunas “royalties” de privilegiados personajes del régimen. Así los últimos años de la dictadura constituyeron una invitación al enriquecimiento. Gente que ni siquiera se habían capacitado para ser ricos, saltando todas las etapas sociales y culturales, se veían de pronto con una ingente masa de millones. Si los venezolanos del 1900 bebían en las botillerías españolas de grandes espejos y mesas de mármol o en los “Clubs” de “La Concordia”, la “Alianza”, la “Unión”, la “Amistad” y el “Comercio” que existían en las capitales de provincia su cognac “Hennessy” o sus capitosos vinos andaluces y tarareaban cuando estaban borrachos, el dúo de “Los Paraguas” o la romanza del “Caballero de Gracia”, desde 1925 el “whiskey and soda” sustituyó a los licores mediterráneos y una borrachera —cuando había norteamericanos— podía concluir con el idiota estribillo de una de las primeras películas habladas de entonces:

If I had a talking picture
of you...

Las tertulias familiares con valsos románticos, sangría preparada en la casa y poemas de Andrés Mata, fueron reemplazados por los “parties” a la yanqui, en los “Country Clubs”. La muchacha nadadora o tennista tuvo más validez social que la recitadora. Entre 1925 y 1936, Caracas edificó para el exclusivo disfrute de una plutocracia satisfecha algunos de los más bellos clubs campestres de la América del Sur: el “Country” con sus grandes avenidas de chaguaramos y mangos y el estupendo artesonado de su comedor; los “Palos grandes” con sus terrazas que se cuestan junto al Ávila y proyectan el mejor balcón para dominar todos los verdes del valle; el “Club Florida” con sus acacios rojos y su gran piscina de azulejos; el “Club Paraíso”. También —y como otra cara de la

medalla— un infeccioso mal gusto, de gentes que necesitaban mostrar su dinero, se vertía en algunas quintas de las urbanizaciones, quintas de doscientos a trescientos mil bolívares. En Maracaibo, ciudad más afectada aún que Caracas por esta riqueza sin estilo ni raíces, el General Pérez Soto hacía erigir el complicado y costosísimo merengue, revestido de chocolate, fresa y sapote, de la “Basílica de la Chiquinquirá”. El pueblo venezolano asistía mudo y desengañado a esta bacanal de los ricos; apenas los domingos, en las pulperías del barrio de Catia mientras raya su canción mexicana o su tango argentino la última victrola o una radio estrepitosa perifonea las carreras, consumían su “berrito” y su “caña” mala que daban a los hospitales una alta cuota de desnutridos tuberculosos o cirróticos. Para la “consunción”, el “pasma”, la “bola de fuego en el estómago”, el “quebranto de huesos” o la “lombriz de cuatro cabezas”, el viejo brujo criollo ofrecía sus pócimas, sus parches, yerbas y bejucos. Y hasta el Dictador Gómez que nunca perdió su alma de labriego supersticioso y sorprendido ante el mundo, consultaba al yerbatero Negrín. Desconfiado de todo —hasta de su policía— había hecho traer de la montaña a una legión de mocetones sanos y analfabetos (a quienes se hacía creer que los “caraqueños” podían “madrugárselos”) para constituir la feroz banda de “chácharos”. En alguna oculta casa y por misterioso sistema de “células”, estudiantes y chicas con deseo de emancipación se reunían para discutir las bases del “materialismo dialéctico”. La censura intelectual la ejercitaban, a veces, en las librerías los “chácharos” que alcanzaron a aprender el “Libro Segundo” y que tenían orden de incautarse de cuanto papel pareciera sospechoso. Pero se cuenta que una roja edición de “El Capital” de Marx pudo mostrarse impunemente, durante largo tiempo, en una librería porque su título parecía a los censores con el pensamiento del General Gómez. ¿No era el “Benemérito”, como decían los periódicos, “defensor del Capital y de los hombres de trabajo?”.

* * *

Para reposar y seguir mirando sus prados, los grandes bueyes cebú traídos de la India, los camellos de dos jorobas que eran ornato de su jardín zoológico y escuchar de madrugada las coplas del ordeñador, el General Gómez había construido para sí y para los suyos que fueran muriendo una alta tumba en forma de minarete islámico, en la verde y jugosa campiña de Maracay. Allí duerme hasta ahora inalterable sueño, a partir de un trajinado mediodía de diciembre de 1935. Murió confortado de todos los auxilios humanos y divinos y hasta asistente al Solio Pontificio porque Su Santidad le hizo Conde romano, Caballero en grado máximo de la Orden Piana y lo emparentó con los Chigi y los Torlonia, los príncipes que desde hace siglos montan guardia junto al primer trono de la Cristiandad. Sin embargo, se parecía, más bien, a los califas de las Mil y Una Noches en cuanto era profundamente desconfiado, hablaba en apólogos que se hacía necesario traducir al lenguaje lógico de Occidente y practicó casi por obligación ritual —porque era ascético más que voluptuoso— la más seria poligamia. Aunque parezca extraño, hay muchas gentes que todavía lo recuerdan y le rinden invisible culto porque, entre otras cosas, la Venezuela surgida después de 1935 les impone mayor esfuerzo mental. Por Enero de 1936 los viejos parques de Caracas y hasta los dos circos taurinos (el “Metropolitano” y el “Nuevo Circo”) se convirtieron en foros ideológicos. Los emigrados que volvían de los más antípodos sitios del mundo, que vieron la “Plaza Roja”, los mítines parisienses del “Vel. d’hiver” o la huelga de los mineros asturianos, abrieron ante los ojos de la ávida multitud su caja de sorpresas políticas. Se arengaba y se discutía: había liberales, socialdemócratas, socialistas de la II Internacional, comunistas, troskistas y aun numerosos inconformes que aspiraban a establecer su propia teoría sobre el Estado y la Sociedad. El lenguaje criollo que se estancara en la simpleza aldeana y la continua represión exigida por la dictadura o en las formas

ya convencionales de los “discursos de orden” y del pseudo-clasicismo académico, recibía un continuo aporte de barbarismos o de nuevas nomenclaturas para revestir las cosas. Surgieron palabras pedantes y difíciles como “culturización”, “conglomerado”, “estructuración social”. Una manifestación como la que en febrero de 1936 fue a pedir al General López Contreras que “ampliara el radio de las libertades públicas” (para hablar en el lenguaje de aquellos días), se llamaba un “desfile masivo”. Pero, a través de las nuevas palabras, y aun contra el rechazo de los académicos, penetraba en la vida venezolana mayor emoción social y sentido de justicia. Hasta las mujeres prefirieron a su antiguo “Nocturno” en el piano, junto al novio pálido y el ramo de rosas, la organización de centros culturales y filantrópicos, de casacunas, casa hogares y aun pronunciar arengas de lucha en la “Federación de Estudiantes” o en los incipientes partidos “democráticos”. El Gobierno no podía menos que empezar a descubrir algunas palabras que como “Sindicato” habían estado proscritas del vocabulario oficial. En los periódicos podía decirse que en el Llano había paludismo; que en el Estado Yaracuy la única forma de propiedad agraria es el latifundio y que los maestros primarios ganaban sueldos de hambre. Y aun contra todos los prejuicios (de los ricos contra los pobres, de una plutocracia irresponsable y satisfecha contra los intelectuales de la mediocridad titulada, contra el hombre inteligente, de los viejos contra los jóvenes, del venezolano que no salió nunca y se siente depositario e intérprete de cierta misteriosa realidad autóctona que no podrán comprender quienes vivieron en el extranjero), mucho se empezó a hacer. Surgieron nuevos hospitales: unidades sanitarias, escuelas, comedores escolares, Institutos y servicios públicos de toda índole. Al pueblo y la clase media se le dieron facilidades para adquirir vivienda propia sin tener que pagar a los bancos el honorable interés del 12 por ciento y gravar todo lo mueble e inmueble con la más sólida hipoteca. Junto a las urbanizaciones de los ricos aparecieron las

de los trabajadores y modestos empleados como “Bella Vista”, “Pro Patria”, “Lídice”. En los grandes bloques del actual “Silencio” en que han trabajado arquitectos de fina sensibilidad como Villanueva y Bergamín no se escatiman el aire, la luz, los prados verdes para que corran los niños. Son como la maqueta y prefiguración de una nueva Caracas más aséptica, justiciera y luminosa que la que desapareció con la dictadura. En la Caracas de hoy —como lo puede afirmar el Dr. Baldóla— la tuberculosis ya no es una enfermedad de moda. Y la caraqueña prefiere su rostro y su espalda “arrosquetada” por el sol del deporte a la “palidez lilial” de otros días.

Hay, naturalmente, grandes problemas por resolver, La vida es cara y economistas y sociólogos analizan los efectos que nos produce la racha petrolera. Se ha hecho bastante por la educación del pueblo, pero nos falta todavía un claro y preciso plan de alta cultura. A los veinte años los muchachos quieren ser ricos, miembros de los Clubs más plutocráticos, irresistibles dominadores de la Sociedad, pero carecen de calma para prepararse. Quieren realizar, a veces, la Revolución o el alto Capitalismo sin cumplir las etapas previas que las dos metas antagónicas necesitan. El temprano discurso de mitin ahoga en algunos chicos que tienen talento, todo serio trabajo de estudio y documentación. Ya repetirán con una voz que de armoniosa se hará gastada, las mismas consignas que fueron nuevas y que se van descolorando. Las damas, en lugar de conversar, con su nativa gracia de pájaros, prefieren juntarse a jugar “bridge” o “rummy”. Lo que la vida social pierde en ingenio, buenas maneras y espiritualidad, se sustituye por inagotables rondas de whiskey y de cocktails. Lo más necesario para el éxito caraqueño no es la imaginación diabólica o el razonamiento calculador de los personajes balzacianos, sino el hígado a prueba de “bombas” y de trasnochos. Junto a los dorados “high balls” se hacen negocios. Y algún inmigrante audaz que llegó hace poco tiempo, aprendió pronto las mañas de los criollos y sobre esas

mañas edificó su alta especulación, nos mira con piedad a los que en esta tierra tan próspera seguimos escribiendo o leyendo libros. Sin embargo, contra todos y contra la misma prosperidad, hay que seguir en nuestro duro oficio de ser venezolanos. La virtud nativa, por excelencia, es estoica y casi intemporal virtud del “aguante”. Ella le pone a la ilusión y esperanza con que es necesario seguir combatiendo y soñando por el país, un revestimiento duro y viril como el de la “pitahaya” que bajo su corteza espinosa acendra tan tónica frescura.

Proceso del pensamiento venezolano

Además de los Libertadores hay algunos rostros que frente a la gran tragedia y el azaroso vivir al día de la historia política venezolana representaron la previsión, la prudencia, la búsqueda de un pensamiento nacional afincado en la realidad de nuestra existencia histórica y servidor de ella. Dos grandes generaciones ha conocido hasta hoy la Historia de Venezuela; la de aquel puñado de audaces que realizaron la Independencia y la de aquellos más tranquilos, pero no menos inteligentes, cuyo doloroso testimonio de la tierra quedó expresado por ejemplo en los discursos y discusiones de la Convención de Valencia en 1858. Buscando el instinto más que la reflexión hemos solido olvidar el pensamiento de los héroes civiles —Gual, Fermín Toro, Valentín Espinal, Juan Vicente González, Cecilio Acosta— que supieron ver como pocos y teniendo la esperanza de mejorarla, la oscura y tumultuosa verdad autóctona. Después de ellos o simultáneamente con ellos —como en la dolorida y recoleta existencia de Cecilio Acosta— comenzó la era de los “caudillos únicos”, de los “Césares democráticos” bajo cuyo reinado el pensamiento nacional perdió su fuerza creadora y combativa o se ocultó y proliferó en el matorral de la inofensiva retórica. Dice Harold Lamb que Gengis Khan, el terrible jefe de las estepas asiáticas, gustaba rodearse de los

letrados chinos no precisamente para escuchar sus consejos, sino porque aquellos sabían iluminar en oro, en rojo y en azul, los más bellos manuscritos. Letrado y dibujante eran términos casi sinónimos en el tiempo de Gengis Khan. Y el “jefe” que no comprendía ni se interesaba por el pensamiento, era extraordinariamente sensible a la bella caligrafía. Un manuscrito iluminado le parecía tan hermoso como una silla de montar, unos bien labrados estribos o aquellos cráneos de los enemigos muertos que con su pie de plata eran las copas más apetecibles. Así bajo el reinado de los “césares” los intelectuales venezolanos solieron llamarse “orfebres”, coleccionistas de adjetivos, optimistas y alabadores profesionales que trabajan el pensamiento como los talabarteros y los calígrafos de Gengis Khan. Hay algunos libros documentales que expresan esta era sombría de sumisión y miseria de la Inteligencia venezolana: una jira de Castro por los Estados del interior “sincronizada” diríamos hoy, por los más retumbantes discursos; y el pequeño libro de Morantes se complació con humor triste en apresar y recoger como un herbario, las adulaciones más sonadas que había merecido el Restaurador. Bajo Gómez fue la época del soneto y de la Sociología: el soneto tenía como tema la paz del “Benemérito”... paz de las vacadas en los potreros de Aragua, de las carreteras y la prisión civil. Muchos venezolanos —que no sabían hacer otra cosa— hicieron sonetos. En cuanto a la Sociología, al servicio del César, con su revestimiento de cientificismo pedante, de mal aplicadas ideas de Taine o de sociólogos de menor cuantía que ya estaban completamente trasnochados o superados en Europa, propagó una resignación imponente cuya influencia deletérea en el espíritu nacional examinaremos después. En el pesimismo, la alabanza fácil y la conformidad ante un estado social desventurado como era el de nuestro país, se olvidó aquel pensamiento constructivo que tuvo la generación de la Independencia y que fue el mensaje intelectual de un Fermín Toro o un Cecilio Acosta.

Desposeído el escritor de toda misión social, no tuvo otro destino — si quería ser limpio y honesto— que evadirse por las rutas de la fantasía, verter en fábulas su dolor del tiempo presente. Para algunos, siguiendo el viejo ejemplo de Juan Vicente González, la Historia Nacional era como un castillo recóndito donde encerraban su callada y amarga protesta. Es el caso de ese como último discípulo de Rousseau y heredero de la tradición de Don Simón Rodríguez, que se llamó Lisandro Alvarado. Alvarado es una de las mentalidades más curiosas y un poco malogradas que ha producido Venezuela. Su inconformismo —como el de Don Simón Rodríguez— se transformó en espíritu nómada, en permanente curiosidad, en ansia de lo primitivo. Era el hombre que quería buscar en el idioma y la convivencia de los indios el sentido y explicación del Universo que no podían enseñarle los doctores de Caracas; que se ponía unas alpargatas y se dejaba apresar en la recluta para identificarse con los pobres soldados palúdicos que comen su ración de “topochos” y tocan su triste “cuatro” en la plaza de la aldea criolla; que en una recepción del Ministerio de Relaciones Exteriores exhibe una corbata de púrpura y un prendedor con la calavera y las tibias de la muerte como para escandalizar —un poco infantilmente— a los prudentes funcionarios; que defiende contra la Facultad de Medicina de Caracas al yerbatero Negrín porque este ofrece yerbas de nuestros campos y vosotros, señores Doctores, usáis venenos químicos y cobráis veinte bolívares por la consulta. Esta simpática y buscada extravagancia de un hombre como Alvarado esconde de manera simbólica la tragedia de la inteligencia criolla, del hombre inconforme entre muchos hombres satisfechos. Quienes como él no podían dialogar con los indios o perderse por los caminos de Venezuela arrastrando las alpargatas del recluta o leer los clásicos latinos, salían al extranjero —Morantes, Blanco Fombona, Pocaterra— a derramar sus panfletos y protestas. Otros solían malograrse en el clima trágicamente monótono de las tiranías estúpidas; de una existencia como

al margen de las aspiraciones y los problemas del mundo moderno. Venezuela no solo ha devorado vidas humanas en las guerras civiles, en el azar sin orden de una sociedad violenta, en convulsionado devenir, sino también marchitó —antes de que fructificaran bien— grandes inteligencias. Entre las no pocas cabezas que surgieron de nuestra tierra no infecunda, tal vez la única que cumplió goethianamente con su nutrido mensaje, fue la de Andrés Bello. Pero la obra de Bello fue a convertirse en organización civil, en norma jurídica, en tradición cultural en la República de Chile. Sobre otros grandes hombres nuestros cayó un destino de misantropía y soledad como el que acabó con la extraordinaria existencia de Cajigal, o de ya insalvable fatalismo histórico como fue el caso de Gual, de Fermín Toro, de Juan Vicente González, de Cecilio Acosta. En la primera de sus novelas “El último Solar”, ha contado Rómulo Gallegos esta historia permanente y profundamente nuestra del idealista que no alcanza a convertir su ideal en acción; del reformador que no reforma.

* * *

Después de la Guerra Federal (1859-64) había entrado el país en un proceso de barbarización que no alcanzó a superar ni vencer el sedicente “despotismo ilustrado” de la época de Guzmán Blanco. Imbuido de la suntuosidad ornamental y aparatosa del Segundo Imperio Francés, inteligente e intuitivo, pero al mismo tiempo vanidoso y cerrado en su providencialismo, Guzmán olvidó por la obra de ornato o por la empresa entregada al capital extranjero las cuestiones inmediatas de la tierra; su progreso se quedó en la periferia y no llegó a lo profundo de la vida nacional. Tuvo oportunidad de hacer una política semejante a la de Sarmiento, Mitre o Pellegrini en la República Argentina; encontraba un país que le hacía caso y podía poblar y sanear.

(Era el momento en que grandes masas de población europea desembocaban en la Argentina). Pero su simple ideologismo y su vanidad de Dictador limitaron la obra de Guzmán Blanco: en vez de unir una Venezuela agotada, desangrada y barbarizada por las guerras civiles, se complació en dividir. Venezuela dentro de la idea guzmancista —que fue también la de aquella facción que se denominó el “Partido Liberal Amarillo” se dividía en los “buenos” y en los “malos”; en los “liberales amarillos” y en los “godos de uña en el rabo”. Fue muy inferior a Páez, porque no logró formar en torno suyo una “inteligencia” que le diera forma, base jurídica o moral al Estado Venezolano. El intelectual para Guzmán Blanco fue el amanuense, el rapsoda de las glorias del “ilustre americano”. Y con el pretexto magnífico de una cuestión doctrinaria (Venezuela no quería que los sacerdotes se metieran en la política) escamoteó el verdadero problema venezolano que era el de aquellas masas campesinas de la Guerra Federal que con su oscuro instinto, reclamaban justicia económica. “Anticlericalismo y alternabilidad republicana” fueron casi las únicas consignas que podían traducirse claramente dentro de la retórica vaga y proliferante de lo que se llamaba el “Partido Liberal”. Anticlericalismo: el sonado asunto de las “manos muertas” y de la “laicización de los bienes de la Iglesia” no enriqueció precisamente al país sino a los jefes y usufructuarios de la Federación. En cuanto a la alternabilidad republicana —no del César, naturalmente, que se hacía aclamar y reelegir— sino de los funcionarios, sometidos al arbitrio y la caprichosa voluntad del amo, impidió que se formara en Venezuela ese elemento de orden y de disciplina social que se llama una reglamentada administración pública. (El funcionario que no necesitaba competencia ni adiestramiento técnico, sino dependía solamente del tornadizo humor del “jefe”, consideró su empleo como una provisoria y eventual época de las “vacas gordas”; como un premio de la lotería fiscal que es preciso aprovechar dado su

carácter aleatorio. Sociológicamente, Venezuela después de las guerras civiles de la segunda mitad del siglo XIX es como una gran montonera —sin ejército, sin administración pública digna de este nombre— donde el caudillo más guapo, inteligente o astuto se impone sobre los otros caudillos provinciales).

Si para sus obras de ornato, Guzmán Blanco pensaba en la Francia del Segundo Imperio, y por ello algunos edificios públicos construidos en esa época tienen un estilo de balneario, para gobernar sobre los voluntariosos caciques, era como el Super-cacique que hablaba... francés. Desaparece de la acción pública aquella inteligencia constructiva de nuestros primeros legisladores, hombres de Estado o pensadores; y el escritor y el jurista solo sirven como en Bizancio, para poner en mejor prosa los caprichos del Jefe. Es el valor del “guapo” o la audacia arbitraria del “cacique”, la más alta medida humana en ese largo período histórico (1864-1935), que se prolonga hasta el final de la dictadura de Gómez.

Ya en 1865 un escritor de la talla de Juan Vicente González se había colocado con un poco de romanticismo histórico en la posición del último venezolano que ha visto morir los hombres que hicieron la patria, que ha enterrado con Gual al último grande hombre de Estado; con Fermín Toro al último gran humanista; que ha sido testigo de la lamentable senectud de Páez. Se objetará, y con razón, que lo que dolía a Juan Vicente González, a pesar de que su estilo y su visión histórica habían recibido la influencia de Michelet, era la desaparición de una tradición aristocrática, vinculada un poco a los “mayorazgos” intelectuales de Caracas. Venezuela, por la necesidad imperiosa de la realidad geográfica, no era las cultas tertulias caraqueñas de Don Manuel Felipe Tovar, ni el grupo de humanistas que habían hecho muy bien su Latín en el Seminario Tridentino, ni las jóvenes generaciones del “Colegio del Salvador del Mundo”. Venezuela era también el desierto y los hombres del desierto, ansiosos de expresión, cuyo caudillo y profeta se

llamó Ezequiel Zamora. Pero ocurrió que esa educación un poco para las “élites” intelectuales (la educación del Latín y el Derecho Romano de nuestros primeros hombres públicos) no fue reemplazada por una Educación democrática, por el “humanismo moderno” con que soñaba Cecilio Acosta.

Cecilio Acosta fue uno de los hombres que entre los años 60 y 80 tuvieron una visión más aguda de los problemas y urgencias nacionales. Se han precipitado sobre el país las masas rurales, los “hombres nuevos” que movilizaron las facciones federalistas: era preciso incorporarlas a la cultura, “darles forma” como diría Spengler. Y ese humanista —esa especie de fraile laico— sabe ver los caminos de la civilización contemporánea. Más que en los discursos académicos —demasiado adornados para nuestro gusto de hoy— el pensamiento vidente y vigilante de Acosta se vierte en aquellos artículos o cartas un poco familiares en que parece discutir con un interlocutor invisible el destino de nuestras democracias criollas. El mundo democrático sajón le sirve como ejemplo, contraste y amenaza, ante el desorganizado mundo indolatino. Pide para Venezuela nuestro humanista aquello que es un lugar común, pero que en la práctica no hemos hecho: una enseñanza democrática que a base de idiomas modernos bien aprendidos nos abra las rutas del comercio y el conocimiento mundial; menos doctores y más agricultores y artesanos, estudios técnicos, conocimiento objetivo y directo de nuestro territorio. Contra el peligro imperialista sajón que ya había advertido admirablemente Gual, Acosta recomendaba “sajonizarnos” un poco, no renunciando a nuestra alma nacional, pero adaptándola a los valores y las formas del mundo moderno. Éramos los románticos, los soñadores indolentes y desaprensivos, en una civilización dirigida por ingenieros y hombres de empresa.

Pero bajo la autocracia guzmancista no era un pensador aislado como

Acosta, quien podría transformar la vida nacional. Él y otros intelectuales que no se plegaron a la alabanza y perpetua apoteosis del Dictador, vegetaban en ese “cementerio de los vivos” de que hablaba el propio Guzmán Blanco. La gran retórica de la “causa liberal” ahogaba en las aclamaciones del “septenio” o del “quinquenio”, en los discursos y manifiestos presidenciales, en los editoriales de “La Opinión Nacional” —primera gran empresa de periodismo cesarista surgida en el país— el eco de un verdadero pensamiento nacional que ayudara a la edificación democrática. La fuerza del Estado guzmancista se expresaba en aparatosas obras de ornato: el Capitolio Nacional construido en ochenta días, el Paseo del Calvario, las torrecillas góticas de la Universidad, etc. Entre tanto se extendía el paludismo en el llano; se estancaba la riqueza ganadera y pagábamos en contratos leoninos las pocas obras de efectivo progreso construidas con auxilio del capital extranjero (muelles y ferrocarril de La Guaira; ferrocarril de Puerto Cabello, etc.)

El clima propicio y los elementos raciales más homogéneos favorecían a algunas regiones del país, como la región andina, que permanecieron un poco al margen de la vasta tormenta federal y que aun sin recibir inmigrantes y disponer de buenos caminos al mar, aumentaban, empero, de riqueza y de potencial humano. Son estas circunstancias étnicas y sanitarias las que en la alborada del presente siglo producirán una revolución andina. Lo que se ha llamado “la cuestión andina” reproduce en pequeño en nuestra Historia Nacional el caso del Lacio agrícola y biológicamente fuerte y unido de los primeros siglos de la historia romana, sobre las poblaciones más brillantes, pero más divididas, de la Italia Meridional o de la Macedonia montañesa sobre los retóricos y discutidores de Atenas. Ningún problema de Historia Venezolana requiere del historiador o sociólogo mayor cuidado y comprensión al interpretarse. Que bajo Castro y Gómez, los dos caudillos montañeses, la administración fuera rapaz, no es culpa de los Andes, sino de la vasta

dolencia social. Y en la descomposición de ese período que Pocaterra ha llamado la Venezuela de la Decadencia, Castro y Gómez ayudados también por sus “doctores”, pueden afirmarse en el poder nueve años el uno, y veintisiete el otro.

Medio siglo después de la Federación aún subsistía aquel estado social informe creado por ella. Castro, Gómez y sus “jefes civiles” eran como los últimos y tardíos representantes de esas masas rurales que entre 1858 y 1864 destruyeron las “formas” del Estado venezolano. Habrían podido llegar a incorporarse normalmente a la vida nacional, si lo que entre nosotros se llamó campanudamente el Liberalismo, hubiera realizado lo que no alcanzaron o no pudieron realizar los godos: un plan económico y una reforma educacional. El poder público se tomaba como una industria en un país de tan rudimentarias formas económicas como era el nuestro. Si algunas pequeñas oligarquías provincianas conservan las haciendas heredadas de sus mayores, y la tierra rica (a pesar de la técnica agrícola primitiva) les da holgadamente para vivir; si a la sombra del capital extranjero empieza a formarse en Caracas y en los centros comerciales una oligarquía que acapara los bancos y el comercio exterior, la gran masa carece de destino económico. El venezolano que no heredó hacienda y que no tiene vocación para médico o abogado (las dos profesiones liberales a que se aspira más anhelosamente) no encuentra qué hacer. Por esta razón, las guerras civiles y revoluciones de Venezuela en el siglo XIX parecen movilizar en busca de un destino personal esa masa de población pasiva, sin ubicación ni sitio en el mundo. Pequeños comerciantes y gentes endeudadas se incorporan, así, en las facciones de la Federación y de las guerras que vienen después. La vida venezolana de aquellos días es la enorme novela de las gentes que se lanzan a perseguir la suerte. Se esperaba una revolución casi como un medio de circulación económica; se robaba al hacendado o se imponía un “empréstito forzoso”. Cuando no había una revolución, eran aventuras como las del

caucho o el oro de las selvas guayanesas, las que lanzaban a las gentes tras un nuevo Dorado de fortuna.

El atraso cultural iba de mano con el atraso económico y explica también la violencia inaudita de aquellas horas de historia nacional. Ante las masas nuevas y bárbaras que había aflorado la Guerra de Federación, un hombre como Guzmán Blanco llega a asustarse y tiene una gran idea: multiplicar las escuelas, crear la Educación primaria obligatoria. Esta idea guzmancista como todas las suyas, apenas roza la superficie del problema. Indudablemente hay más escuelas en 1884 que las que se hicieron en el tiempo de los godos. Pero estas escuelas sin maestros (porque los caciques locales nombran a su guisa los preceptores), sin material de enseñanza, sin relación práctica o emocional ninguna con el medio donde deben actuar, apenas enseñan a algunos proletarios o campesinos venezolanos a garrapatear su nombre o a leer deletreando. No se traducen en cambio moral o económico provechoso para el medio rural. No mejoran la producción ni las formas de la convivencia familiar, ni la comprensión cívica de la patria. Por lo demás, el esfuerzo educacional de Guzmán Blanco no tiene continuidad bajo los “césares” posteriores. Recientemente y de manera muy sagaz, ha hecho Arturo Uslar Pietri un estudio crítico de los Presupuestos venezolanos en el presente siglo. La instrucción pública, es naturalmente, bajo los regímenes de Castro y Gómez la rama más abandonada y peor dotada entre los servicios del Estado. En esta materia nos corresponde bajo el gomecismo, el triste privilegio de ir como a la zaga de los países sudamericanos.

Ante las desgracias del país y el empirismo y la rutina bárbara que se suceden bajo la forma de malos gobiernos, la inteligencia nacional suele reaccionar conformista o pesimistamente. Un venezolano que hubiera nacido en las últimas décadas del siglo pasado —el 70, el 80, el 90— y cuya edad de razón correspondiera a los regímenes de Castro o Gómez, no habría visto en torno suyo ni podía aspirar ni desear otra cosa. Lo

que entre nosotros se llama la cultura no es propiamente la identificación o comprensión con la tierra, sino la fuga, la evasión. El “modernismo literario” de los años 1890 a 1900 significó para los intelectuales venezolanos el camino a Europa, la reivindicación individual de cultura de los mejor dotados, en un país que todavía no los comprende ni los necesita. El nombre de la revista con que se inicia una de las más brillantes generaciones literarias que ha tenido el país —la de Coll, la de Díaz Rodríguez— es revelador de ese estado de alma. Se llama “Cosmópolis” porque hay que buscar en otras tierras el contento espiritual que no puede ofrecer la nuestra. Porque en el medio no dominan las ideas, sino los instintos, el escritor o el artista se encierran en su “torre de marfil”; en el shakesperiano castillo que sirvió como título a un libro de Pedro Emilio Coll. Las dos actitudes más frecuentes en la literatura y el pensamiento venezolano de ese período son el criollismo folklórico y el ausentismo exótico. El decadentismo europeo y el individualismo estético de los años 90 alejan al escritor de la tierra o lo impulsan a erigir frente a la oscura realidad próxima, su fantástico mundo de sueño y de errancia como en el Tulio Arcos pintado por Díaz Rodríguez. Si los mejores escritores de esta generación y de la inmediatamente anterior —Gil Fortoul, Zumeta, Díaz Rodríguez, Coll, Urbaneja Achelpohl— han escrito páginas que cuentan entre lo más duradero de la prosa venezolana, a otros puede aplicárseles la definición de Francesco de Sanctis al explicar el barroco literario italiano de la época de la Contra-Reforma: “Toda idea literaria —decía Sanctis— se refiere a la forma y carece, entonces, de contenido. La literatura es una especie de espectáculo vocalizado en que predomina y se busca lo intrincado del concepto, el brillo de la imagen, la sonoridad de la frase. Es un ideal frívolo y convencional con escaso sentido de la vida real; es un absoluto ocio interno”. Mientras los bárbaros llegan —como en “Ídolos rotos” de Díaz Rodríguez— el artista que se siente desterrado en el medio, sin voluntad ni apetencia

para un combate que advierte desesperado, se refugia en el amor o en un solitario e incomprensido ideal de belleza. O bien —ya que todos son bárbaros— con frenesí danunziano, quiere buscar también la oscura y cruel hermosura de la barbarie. (Había poetillas decadentes que comparaban a nuestros “jefes civiles” de la época de Castro y Gómez con los “condottieri” del Renacimiento). Ser “guapo” en el sentido de la violencia criolla, parecía también un valor estético.

A pesar de nuestro atraso científico, o precisamente por eso, el materialismo determinista de la segunda mitad del siglo XIX era la única corriente filosófica que había penetrado en nuestras escuelas. Como ya lo he explicado en otro ensayo mío (“Hispano América, posición crítica”) surge en esa época, entre nosotros, una Sociología de tipo cesarista que pretende justificar el hecho venezolano y que puede esgrimirse como arma providencial de propaganda política.

Los ensayos del Dr. Arcaya, por ejemplo, que ha hecho un trasplante tropical de las ideas europeas de Taine en sus “Orígenes de la Francia Contemporánea”, de Letourneau, Tarde o Sergi, tienden a producir este conformismo o renunciación del hombre ante el medio. Para su Sociología (que en este punto se acerca curiosamente al materialismo marxista), son causas de orden naturalista las que producen y concatenan con inexorable fatalidad, los sucesos históricos. El hombre —aunque sea el grande hombre— no es sino un contemplador pasivo de las fuerzas mecánicas e ineludibles que, según él, imponen el ritmo de la Historia. Bolívar tenía un pensamiento —parece decirse el Dr. Arcaya— pero las circunstancias geográficas, étnicas, económicas y sociales hicieron de la acción de Bolívar algo muy diferente de lo que él soñó o se propuso. En nombre del materialismo científicista que atribuye al hombre del trópico las peores condiciones de realización, el Dr. Arcaya ataca en un discurso memorable el sueño cívico y legalista de Muñoz Tébar en su obra “Personalismo y Legalismo”. Mientras que para ese genial

creador de la Historiografía moderna que se llamó Leopoldo Augusto de Ranke, la Historia es precisamente aquello “que no quiere someterse ni resignarse a la naturaleza, la creación cultural que predomina sobre la fatalidad telúrica, el conflicto grandioso de las voluntades humanas”, para Arcaya la Historia es una especie de Ciencia natural. Por ello, porque las cosas suceden como suceden y la voluntad humana no puede torcer su inexorable curso, Arcaya es el pensador eternamente viejo, sin ilusión ni esperanza. Exagerando a Taine todo se le explica por factores naturalistas: Bolívar sale para él de los antepasados vascos trasladados al trópico; Páez es un producto puro de la sabana venezolana. Pero lo que con la expresión goethiana podríamos denominar “la formación y el aprendizaje”, la gran aventura del hombre para forjar su destino, no encuentra en él una explicación clara. Si a menudo los conservadores reclaman para sí una filiación espiritualista, el conservatismo de Arcaya es por excepción, materialista. Antes de él los historiadores y escritores venezolanos —Larrazábal, Eduardo Blanco— habían visto el pasado nacional envuelto en las nubes del poema épico. Se escribía, se escribe aún de Historia, en fatigoso tono de himno. Pero para reaccionar contra ello se cae con Arcaya en el extremo contrario: se convierte la Historia en un como capítulo de la Geografía Física o de la Etnografía.

Mucha mayor viveza de forma y de intención dialéctica, tienen los trabajos de Vallenilla Lanz. Este alegato apasionado, habilidosísimo que él formula en pro del cesarismo criollo, se quebranta por su base. Vallenilla aspira a una teoría del pueblo y del Estado venezolano, a descubrir una “constitución natural” que oponer a las constituciones de papel de los ideólogos que desdeña, como si Venezuela fuese ya una nación fijada en un definitivo cuadro histórico. Argumenta un poco como podría hacerlo un Mommsen contemplando desde una lejana perspectiva histórica, el Estado romano. Para él Venezuela ya “es” y no comprende y no quiere comprender, que Venezuela “deviene”.

Buscando un paralelo al caudillismo criollo, se encuentra con el caudillismo argentino de la época de Rosas; pero lo que puede ser una forma transitoria, se le aparece ya como fijado y permanente. Al poder despótico, surgido de la montonera y de la guerra civil, él le agrega el epíteto “democrático”. Pero la palabra “Democracia” apenas parece tener en Vallenilla un sentido racial, étnico. Venezuela es Democracia para Vallenilla porque algunos hombres de color o de humilde origen se convirtieron merced a las guerras civiles del siglo XIX, en clase dirigente. Es decir, de sometidos se transformaron en opresores, sin que cambiara absolutamente la estructura económica.

Recuerdo —siendo yo un adolescente— haber escuchado dos o tres veces la charla vivísima y anecdótica de Vallenilla Lanz. Para ser un venezolano de su tiempo, había acumulado una carga opulenta de fría desilusión. Manejaba cada anécdota de los caciques de la guerra civil, como una ley de inexorable Sociología. Por no creer en la eficacia de las ideas, se entregaba a ese mensaje oscuro del instinto bárbaro. Escribió con talento y seguramente fue sincero. A la corriente intelectual que él representó, se le pueden aplicar algunas de las ideas-fuerzas de aquella política.

Desde un punto de vista puramente literario es “Doña Bárbara” de Rómulo Gallegos, la más significativa obra de ficción producida al final de la época gomecista. Es el libro en que mejor cabe, hecho símbolo, la tragedia civil que sufría Venezuela. “Doña Bárbara” es el instinto puro y devorador que consume toda construcción, todo orden de la inteligencia y la cultura. Ella se yergue ardorosa y terrible en su voluntad de barbarie. Es como la Venezuela mestiza surgida de la montonera primitiva, del pueblo sin guía, del Estado sin forma que hemos sufrido a través de las crueles guerras inexpiables y las dictaduras de los siglos XIX y XX. Y aquel mundo de “Doña Bárbara” se puede comparar —si no literariamente, por lo menos desde el punto de vista sociológico— con la Venezuela aldeana que con parecido dolor civil, describiera Fermín

Toro en un discurso famoso de la Convención de Valencia en 1858. Entre uno y otro testimonio literario han mediado setenta años: es decir, el curso de más de dos generaciones. Y a pesar de algunos ferrocarriles y carreteras, el estado social del pueblo parecía el mismo en 1930. Superstición, rutina, crueldad. Después de Fermín Toro las masas campesinas en que ardía un como instinto mesiánico, siguieron a los caudillos que les prometían justicia. Pero los jefes de la guerra se convirtieron en los “jefes civiles” de la paz castrista o gomecista. Relatos fabulosos, los sueños de un mundo mágico, siguen llenando como en 1858, el alma de la multitud analfabeta, crédula, infantil. Y la Historia que comenzó Bolívar, está por proseguirse.

* * *

En 1936 se abrió como un paréntesis, se comenzó a ventilar la que era empozada existencia nacional. Tuvimos prensa libre y deseo de renovar nuestra historia. Nos faltaba educación política que no pudieron transmitirnos los largos años de “cesarismo democrático”, y aparecíamos de pronto en medio de la vida moderna, como confundidos e interrogantes ante la variedad de caminos. Democracia es la palabra permanente en que se han troquelado todos los anhelos de reforma y organización, advertidos en los últimos años venezolanos. Somos en la mayoría gente de tierra caliente, y más que el plan tranquilo nos toma el arranque afectivo. El estadista debe contar con ello, cuando se dedique a mejorar y transformar la realidad venezolana.

La Democracia —como ya lo enseñaba Cecilio Acosta entre los años 60 a 80 del pasado siglo— es entre otras muchas cosas, un problema de cultura colectiva. Replegada en el bizantinismo formal de muchos años de tiranía; cerradas e inexistentes las Escuelas y Universidades donde pudieran formarse los hombres capaces de organizar un nuevo Estado,

el problema cultural venezolano de los presentes días comporta una doble técnica y una doble solución. Por una parte esperan incorporarse a la vida jurídica y moral de la nación esos “Juan Bimba” sin historia (así se les ha llamado en 1936) cuyo destino étnico y espiritual todavía es un secreto; masa campesina y proletaria en cuya sangre se han confundido al través de las generaciones el blanco, el indio, el negro; raza nuestra cuya única forma de expresión colectiva fue la violencia. Había hecho crisis la pequeña escuela, donde —como decían los programas de Instrucción Primaria— se les enseñaba “Lectura, Escritura, Historia Patria, Aritmética Razonada”. Hay que enseñarles, también, a producir; a mejorar el trabajo de sus manos, a hacer moral y estéticamente más sana, su convivencia.

Educación económica (rural, manual, técnica); Educación física y sanitaria con rubros casi nuevos en eso que hasta ahora denominábamos nuestra Instrucción Pública. Simultáneamente con ello, hay que crear las cabezas que piensen para la Nación, los hombres capaces de señalarnos los caminos de la vida moderna. El médico, el abogado, el poeta espontáneo, han solido ser los únicos representantes de nuestra vida cultural. Al Humanismo clásico que dio su mejor fruto en Bello, en Fermín Toro, en Juan Vicente González, no lo substituyó en nuestra enseñanza universitaria (fábrica de profesionales), el humanismo moderno en que pensó Cecilio Acosta. Nuestra cultura superior ha sido —como en todos los países suramericanos—, algo extraño al medio; flotante sobre nuestra realidad, ajeno al misterio propio que se llama el país. Glosa, repetición, traducción, fue la forma de nuestras universidades anquilosadas. El sabio solía ser el abogado instruido en los códigos de los más lejanos países, y que almacenaba en su memoria las sentencias de la Corte Federal y de Casación. Por ello existe tan profundo abismo entre las leyes fabricadas en Caracas y la oscura circunstancia autóctona. Por ello, lo que tiene más valor en la producción cultural venezolana,

son algunas obras de imaginación donde el instinto del artista —como en ciertas páginas de poesía o de novela— tropezó, más inconsciente que conscientemente, con el secreto o el enigma nativo. Algunos hombres de ciencia bien dotados, capaces de investigar y crear en un medio que no los comprendía, han trabajado terriblemente solos. Al margen de ellos con el empirismo, la rutina, la copia mecánica de la Ley y el Decreto, permanecía el Estado Venezolano.

Contra la inteligencia creadora y renovadora que en un medio de lucha cultural como el europeo transforma la realidad, abre la brecha de nuevos destinos sociales, han conspirado entre nosotros no solo la ignorancia, sino el materialismo de una época de tanta depresión moral como el de la dictadura de Gómez. El destino mágico y extraordinario de aquel campesino astuto y rapaz, hacía pensar a muchos que el dinero adquirido de cualquier manera, y el poder eran los dos únicos valores humanos, conocible y explicable era el desdén de Gómez por los letrados: ¿no le daban forma ellos a sus más oscuras intenciones?; ¿no le reformaban la Constitución cuando así convenía a los negocios del “Jefe”?

El dinero fácil compraba los hombres o los hundía en el carnaval de favores, humillaciones e indignidades. Unos ingenieros yanquis habían descubierto el petróleo y la riqueza fiscal mal administrada servía para la corrupción cotidiana de almas. Muchos que tenían capacidad y talento se perdieron en esta gran feria de vanidad y de peculado. No hay una vida intelectual organizada porque no se le necesita y los cuatro temas de la literatura oficial: la “paz”, el “trabajo”, el “Benemérito”, “los malos hijos de la Patria” agotaron ya su posibilidad expresiva. A través de 27 años ha caído regular, monótonamente, el mismo diluvio de adjetivos. Desaparecieron las revistas donde en otro tiempo se discutían problemas nacionales. Unos cuantos semanarios gráficos que publican las instantáneas de una corrida de toros o el “general en las Delicias” sirven para darle cabida y satisfacción a la intelectualidad gomecista.

La otra intelectualidad esta aherrojada en las prisiones, dispersa en el extranjero, o reducida al silencio en la propia Patria. En la Universidad se seguía repitiendo el Derecho Romano de Gastón May y la Anatomía de Testut. Con ello se obtenía un título, y si se era dócil era posible incorporarse al rodaje de la pesada, rutinaria —pero eterna— máquina dictatorial...

Una tan larga experiencia de males nos da acaso, por contraste, la posibilidad de cambiar. Es ahora el instante de volver por esa tradición cultural que perdimos, pero que vivió con anhelo constructivo en algunos de los mejores y excepcionales hombres que ha dado el país. Contra el empirismo, la violencia, la eterna sorpresa y la aventura criolla, podríamos invocar la inteligencia que planea. La inteligencia no como adorno y objeto inútil, como evasión y nostalgia, sino como comprensión y revelación de la tierra. Es una especie de plan para recuperar el tiempo; el tiempo que aceleró Bolívar y que después se retardó y empozó en la maleza oscura de nuestra ignorancia y nuestra desidia. El problema de la inteligencia nacional es el de aprovechar la energía perdida, de hacer consciente lo que hasta ahora solo fue como rápida iluminación en algunos escritores y algunos artistas; de abrir —para los que estaban perdidos y ciegos— las ventanas y los caminos que se proyectan sobre el mundo.

Antítesis y tesis de nuestra historia

Hace pocos meses uno de los escritores venezolanos más diestros en la reflexión histórica, Augusto Mijares, reunió en un conjunto de ensayos titulado “La interpretación pesimista de la Sociología hispanoamericana”, lo que se puede llamar la crítica y el proceso de la tesis materialista y fatalista con que cierta familia de pensadores criollos abordó la explicación de nuestras sociedades vernáculas. Mijares polemiza un poco contra aquellos doctores que no vieron en la historia social y política de la América Latina después de la Independencia sino una pintoresca montonera insubordinada, donde la agria ley del instinto bárbaro y un gusto del desorden por el desorden, fue más eficaz que el principio jurídico y la construcción abstracta de los ideólogos. En el alba de la historia política de nuestras nacionalidades se opera ese conflicto entre el letrado y el jurista que ha recibido la cultura europea y quiere arraigarla en el duro terral americano, y el violento hombre del destino que viene con sus jinetes nómades, su lanza y su violencia a destruir la abstracta y artificiosa construcción de los intelectuales. Es simbólicamente el conflicto entre Rivadavia y Rosas en la República Argentina; entre Carujo y Vargas en la historia venezolana. La Historia de América no fue en aquel oscuro momento genésico, como debía ser, sino como pudo ser. Lo rural suele prevalecer sobre lo urbano; la inmensa tierra adentro

—llano, pampa, serranía— no solo manda a las más civilizadas ciudades del litoral la fuerza de sus vientos y sus lluvias, sino la más ciega voluntad de sus multitudes fanáticas y vengadoras. Son días de violencia y furor; verdaderos “dies irae”.

Cuando la civilizada y confortable Europa de aquel tiempo que era para ella de expansión económica y de seguridad burguesa, y de fe en que las ciencias experimentales y el materialismo científico no solo explicaran los fenómenos particulares sino pudieran proyectarse, también, al fondo complejo de las sociedades humanas; cuando más allá del Atlántico, Europa y sus sabios miraban orgullosamente a nuestros pueblos recién nacidos, lo hacían aplicando esquemas y prejuicios que coreaban después —porque tenían la suprema autoridad de lo europeo— nuestros repetidores y exegetas. En Sur América había frecuentes revoluciones; cambiaban con extraordinaria prisa algunos jefes de Estado, o bien si lograban dominar a los pequeños caciques alebrestados que competían con ellos, se afirmaban en el poder por largos e inconstitucionales lustros. La Constitución era una camisa elástica que cambiaba —zurcida y enmendada por los doctores— según fuera el apetito y la gana del caudillo dominador. Miradas superficialmente nuestras revoluciones y montoneras parecían a la risa pronta de los europeos optimistas y bien alimentados de aquel tiempo, estupendos temas para las operetas y el “vaudeville”. En los espectáculos parisienses de “varieté”, allá por el novecientos, las revueltas suramericanas competían con las balcánicas sus posibles argumentos de pintoresca teatralidad. Más de una canción parisiense de “avant guerre” inventa y ridiculiza un falso paisaje americano de cocoteros, indios y revoluciones. De la misma manera en la zarzuela española el caudillo americano que viene de la manigua con su sombrero de cogollo y su melancólica voz cantante, solía ser a menudo un protagonista de la comparsa cómica. La estilización europea más lograda de esa visión arbitraria y absurda de nuestra América nos la ofrece la buida

prosa del “Tirano Banderas” de Valle Inclán; canto y caricatura magnífica de una América de cromo poblada de guitarras, hamacas, machetes y caciques de pelo hirsuto y ancho sombrero. Cuando se quería dar una explicación pretenciosamente científica de aquella turbulencia se achacaba al clima tórrido y al mestizaje racial. Con estos dos factores de Raza y Clima se fundamentaron algunos estudios sociológicos nuestros —por ejemplo, en Venezuela, los del Dr. Pedro M. Arcaya, discípulo de Le Bon o de Letourneau. La Europa que nos juzgaba había olvidado la perspectiva histórica y pretendía que nuestras soluciones sociales se adaptaran armoniosamente a las suyas. Olvidaba la Europa del siglo XIX que ella también fue díscola y tumultuosa en su período de formación; por ejemplo, en la Edad Media. Y que los caballeros de la Epopeya francesa no eran menos aficionados a la sangre que los caudillos de nuestra guerra civil. La técnica política, la crueldad fría y la astucia de un gran personaje de la vieja historia europea como Luis XI no eran, miradas en su medio y momento, diametralmente distintas de las de un voluntarioso caudillo criollo como Juan Manuel de Rosas en la Argentina. El error más grave era, así, aplicar a los fenómenos americanos los mismos valores de juicio que podían convenir a la Europa próspera, parlamentaria y capitalista del siglo XIX. La seguridad, la tolerancia, la organizada vida de la Europa de entonces, ¿no eran una consecuencia del bienestar económico, de la abundancia de mercados y productos, de la democratización de los progresos técnicos? Y como para desencantar a la orgullosa Europa que ya creía haber asegurado para siempre, como adquisiciones permanentes de su civilización, la tolerancia y la libertad civil, la filosofía política del liberalismo, la democracia electoral y el creciente ascenso económico de las masas, ¿no hemos visto después de la Guerra en las naciones que sufrieron más, un como retroceso y crisis de aquellos valores, un nuevo e insospechado predominio de la violencia sobre la ley, un como “suramericanismo” político en el sentido en que

calificaban nuestro sistema social los envanecidos pensadores de hace treinta años? ¿No se adornan de títulos pomposos, como nuestros caudillos del pasado, los dictadores europeos que brotaron de la tormenta material y moral de la post-guerra? En algunos países que nosotros reverenciábamos como civilizadísimos ¿no está ahora sujeta la prensa, comprimida la opinión pública, repartida y confiada la Administración al grupo ciegamente adicto, con la exclusión de toda idea discordante y análisis libre? Y ha ocurrido como para destruir aquel esquema que nos asignaba a las naciones jóvenes de América en comparación con las de Europa, una fatal inferioridad política, que en la hora presente la vida social y los regímenes de gobierno de nuestros pueblos americanos parecen ya más normales y jurídicos, con mayor respeto por la persona humana que las construcciones de odio que se han levantado en algunos refinados y súper civilizados países europeos. No es, pues, el clima o la mezcla de razas lo que produce la turbulencia o la dictadura, como nos enseñaban algunos maestros de la sociología naturalista. Violencia y dictadura son estados sociales y complejos que rompen el marco falso de una interpretación étnica, geográfica, antropológica.

Un caso como el de nuestra historia nacional podemos los venezolanos estudiarlo y mirarlo sin los prejuicios de una pseudo-ciencia marchita, porque es nuestro mismo tiempo y el ensanche de nuestra pupila histórica, lo que está ratificando los dogmáticos esquemas de ayer.

* * *

Fue Venezuela uno de los países donde la Historia se vivió más como tormenta y como drama. El largo trazo de gloria y aventura marcial que una milagrosa voluntad venezolana —guiada por hombres del empuje y el estilo de un Bolívar, de un Sucre, de un alma tan potentemente conspiradora y demoníaca como la de Miranda— marcó en la Historia de

América, esa extraordinaria hora en que nuestros jinetes y pastores llaneros, ansiosos de espacio, cruzaron la América del Sur e iban a disputarse Repúblicas, vive en el recuerdo y la tradición venezolana con todo su patetismo romántico y hasta servía de contraste para lamentarse de la miseria y el dolor inútil que después siguió en muchas horas oscuras de nuestro inmediato pasado. En nuestra vida histórica de cortos años, pues solo comenzó efectivamente en 1810, ya los venezolanos hemos hablado de “apogeo” y “decadencia”.

Como la historia es reciente y tiene por escenario una naturaleza inmensa y todavía en trance de domar, el esfuerzo del hombre es discontinuo y el hecho nuevo parece imprevisible. A la magnífica energía venezolana que se hizo sentir en el Continente durante las Guerras de la Emancipación, a ese momento triunfal en que Venezuela proveía de presidentes y libertadores a la mitad de la América del Sur; a la empresa libertadora que comenzando en el Caribe iba a finalizar en las lejanísimas punas heladas del Alto Perú, le sucede en nuestra Historia interior una época de intranquilidad y turbulencia que tiene su reverso terrible en las luchas sociales de la Federación. De la voluntad aglutinadora, de la conciencia nacional que habían tenido los próceres de 1810, se pasaba a la anarquía y disgregación de las contiendas civiles, apenas apaciguadas en la paz con mordaza, de nuestros caudillos. Independencia y Federación eran como las dos claves históricas en que se desencadenaba el drama de nuestra nacionalidad. Una primera época afirmativa en que los venezolanos ofrecen a la libertad de América un caudal excedente de ideas y energía, y una segunda época negativa en que recludos ya de nuevo en nuestro escenario cantonal nos devoramos unos a otros; matamos venezolanos porque ya no hay godos ni españoles; guerreamos y peleamos y nos “alzamos” porque se ha destruido en el rencor fratricida todo concepto y toda idea de convivencia política. A los Libertadores se oponen, entonces, los

Dictadores; los jefes de la mesnada ululante en quienes la ley se convirtió en látigo de cuero retorcido y la “cosa pública” se volvía despojo privado. Con breves interregnos de civilidad y legalismo que ni alcanzaban a gustarse, se desarrolla así todo un período de nuestra historia social que comenzó en 1858, o acaso mejor en 1848 con la primera presidencia de José Tadeo Monagas, para terminar en 1935 con la presidencia que parecía vitalicia de Juan Vicente Gómez. Interregno trágico de 87 años en que los venezolanos hemos alternativamente peleado o llorado, o bien, porque era menos peligrosa razón de vivir, nos adormecimos en el sopor de una vida material fácil ya que exigía poca cultura y poco bienestar y el trópico regalaba sin esfuerzos sus opimos frutos. En ciertos momentos, y ante lo que sentíamos como invencible y empecinado desastre político, inquirimos si cuando Bolívar dijo su desconsoladora frase de “aré en el mar” no había descubierto la más dolorosa corroboración de nuestra historia.

Pero solo en la Biblia o en los elevados y lejanos símbolos de la Teología, existen pueblos perdurablemente marcados con un signo de maldición. La Historia no puede interpretarse solo como antítesis, como alternancia de gloria y de miseria, de premio o de castigo. El hecho histórico tiene una vibración infinitamente más amplia que la que le impone nuestro subjetivismo romántico. Y ver, por ejemplo, en Venezuela una época grandiosa y dorada a la que se opone en claroscuro una época negra, es una forma de ilusión, una metáfora. La turbulencia y la ilegalidad violenta de todo un período de nuestra historia no significan para nosotros, ninguna inferioridad específica en relación con cualquier pueblo americano o europeo, sino una explicable etapa de nuestro proceso social. Y aún podemos preguntarnos si esas revueltas que retardaron nuestro avance material no contribuyeron, desde cierto punto de vista, a solucionar o cuando menos a precipitar, la solución de otros problemas que sin ellas gravarían o complicarían más la vida venezolana.

De aquella antítesis, de aquel período oscuro, el historiador puede desprender también una tesis; algunos valores positivos susceptibles de hacerse razón y conciencia en el desenvolvimiento nacional. Veamos estas fuerzas y formas que marcaron la tipología de nuestro país en el conjunto de los pueblos de América.

* * *

La guerra fue —haciendo una desacreditada imagen romántica— como la enorme criba, el tremendo caldero de las brujas, donde iba a fundirse o a prepararse lo que empezamos a llamar democracia venezolana. Quien pueda sentir nuestra historia no como documento inerte, sino como color, cuadro, imagen, notará cómo estas guerras fueron cambiando el tono y mudando el paisaje social. Hasta 1810, hasta 1814 tal vez, fue la colonia cerrada y dividida en sus estamentos y castas. Rígidos prejuicios de clase y de raza, la etiqueta y el formulismo puntilloso de una sociedad hermética, caracterizan nuestra vida colonial como la de otros pueblos de América. Hay algo más que anécdotas y lance divertido en aquellas disputas coloniales por la limpieza de sangre, por el privilegio de servir en la milicia real o de llevar paraguas. Episodios y escenas que nosotros interpretamos con humor, los contemporáneos los sintieron como tragedia. (Aquello que un filósofo actual, Max Sheller, ha estudiado como un factor sociológico de suma importancia, el resentimiento, obra como un explosivo en grandes hombres de acción venezolanos, desde Miranda hasta Ezequiel Zamora. El joven Miranda que ha visto humillar a su padre, convierte en conspiración genial su soterrado rencor contra los españoles, del mismo modo como Ezequiel Zamora no olvidará nunca, hasta que muere en San Carlos, en plena tormenta federal, la bofetada que recibió de un jefe godó en el año 46). Pero la Guerra fue en Venezuela, entre otras cosas, una como descarga

y liberación del rencor de castas que había sedimentado la Colonia. Episodios tan trágicos como el de la Guerra a Muerte y el de la gran emigración del año 1814 ante el avance y reconquista española, me parecen decisivos para la formación del alma criolla. Con la Guerra a Muerte —aunque haya sido tan horrible, porque los momentos genésicos de todo pueblo y toda historia suelen ser momentos horribles—, el criollo (llamando criollo no solo al blanco americano, sino a todos los que seguían la bandera de Bolívar) toma conciencia de su orgullo y de su valor frente al español; el derecho del suelo, su ocupación de la tierra, crean en él una como fuerza jurídica y moral que opone osada y cruelmente, frente a la jerarquía administrativa y nobiliaria española. Bolívar trabaja y aprovecha la vehemencia de ese instinto popular; domina y es jefe porque no intenta imponer a esa belicosa montonera el orden y la disciplina militar, de tipo europeo, que había querido importar Miranda. El Bolívar del año 13 es muy diferente del pensativo legislador de Angostura en 1819 y del hombre ya un poco desengañado y un tanto reaccionario que vive su noche triste en Bogotá, en 1828: es aquél, un Bolívar en plena fuerza de la edad, sumido y sumergido en el torrente del alma colectiva, el Bolívar que viviendo y comprendiendo a América, ha sabido cambiar su casaca europea por la ruana y la chamarreta con que los “guates” serranos cruzan los páramos o por la cobija terciada del jinete llanero. Un Bolívar que no ha sido sordo —porque era necesario— a la tremenda y espantosa lección de fiereza que daban en ese instante, desde campos contrarios, un Campoelías y un Boves. La Patria está ahí, con su mezcla de razas, de color, de regiones y costumbres, en estos venezolanitos rápidos y nerviosos que acampan junto a la Iglesia de San Francisco en la Caracas de 1813.

Y el año siguiente es el año de la gran emigración. Seguidos de sus familiares y esclavos, conduciendo en pocos fardos lo que han podido salvar de la riqueza inmóvil de la Colonia —objetos de plata, trajes de

lujo, papeles y viejos títulos de propiedad— marchan los patricios criollos en desolada e incierta fuga. La marcha de la caballería española, los crímenes de Rosete y de Boves, los patíbulos de Caracas, de Valencia y de Cumaná son los espectros de sus noches. No saben a dónde van; a dónde llegarán. Es un viaje sin itinerario. Unos se salvan en barquichuelos que se dirigen a las Antillas. Para otros es la inmensa marcha a pie o a caballo que terminará en la soledad de los llanos o en las altiplanicies de la Nueva Granada. Para algunas familias serán tres o cuatro años de nomadismo. Y es el peligro común, la trágica coherencia que produce el miedo, el impulso de la vida errante que ha roto el viejo orden sedentario, lo que acerca a las clases, lo que suaviza y aproxima la relación del amo y el esclavo. No es posible mantener en un caney llanero, junto a la siempre atizada fogata nocturna que los defiende de los animales feroces y de los peligros de una naturaleza bravía, la etiqueta y cerrado régimen aristocrático que imperó en las mansiones patricias de Caracas. La lucha por lo elemental: vida, alimento, choza o tienda habitable, disminuye las rígidas fronteras sociales. Hay una nueva e inédita comunicación entre el amo y el siervo.

* * *

El pueblo ha producido en esta inmensa faena de la guerra sus pastores y conductores. José Antonio Páez, un llanero humilde, que a fuerza de valor, galopadas y lanzazos se ha creado un inmenso destino personal, es el jefe de Venezuela en 1830. En él se apoyan los grupos oligárquicos porque —este es un fenómeno profundamente venezolano— sin él, sin el guerrero que viene del pueblo, ellos no tendrían voluntad de poder. Lo que en la Historia de nuestro país se llama el régimen godo o la oligarquía conservadora, es un sistema de transacción entre el militarismo que tiene origen popular y la clase aristocrática que suministra

los letrados, los financistas, los grandes funcionarios. Transacción que indica un tono de vida muy diferente a lo que fue el régimen colonial. Conteniendo sus prejuicios éticos y sociales para asegurarse la buena voluntad del jefe, la aristocracia criolla en sus grandes personeros, debe visitar y rendir pleitesía a las esposas morganáticas del General Páez. En la Administración pública y las altas funciones del Estado se van mezclando junto con los viejos apellidos historiados y rancieros, aquellos nombres nuevos de militares y caudillos que afloró la Guerra. Si pequeños círculos oligárquicos sirven para controlar y dirigir en centros urbanos y pacíficos como Caracas, Valencia, Mérida, Cumaná —ciudades godas—, tienen muy poca validez en provincias como las llaneras donde es preciso defenderse del doble peligro de un espacio inmenso y despoblado y de una gente nómada y díscola. De las grandes llanuras ha venido en la Venezuela del siglo XIX el ímpetu guerrero e igualitario. El militar criollo que comenzó siendo jefe de montonera bárbara, cumple en la Venezuela de entonces una misión análoga a la del tirano griego: es un poco el creador de un orden nuevo y frecuentemente ilegal, frente al constitucionalismo estático de la clase oligárquica y letrada.

Después de 1848 a la fuerza fusionante y belicosa que viene de la campiña llanera, se mezcla la demagogia urbana. Y el primer gran demagogo urbano que pone en una prosa galicada la teoría liberal y casi socializante que recogió en las gacetas europeas, es Antonio Leocadio Guzmán; el viejo Guzmán que merece una biografía novelada y pintoresca, análoga a las que están hoy de moda. Extraña alma de criollo, ambiciosa e inescrupulosa, a quien mortifican —para su inmenso deseo de figuración— algunas gotas de sangre mezclada, y en quien también actúa “el resentimiento”. El viejo Guzmán ha sido un segundón —por la edad y los cargos que le confiaron— en la gran generación de la Independencia, y él aspira y necesita un sitio de primer plano. Su lucha es un poco contra los Generales de la Independencia y la clase oligárquica

que no le permite arribar plenamente; sabe, con un arte dual y complicadísimo, halagar a la multitud y fomentar la intriga secreta entre los viejos conmlitones como Páez y Monagas. Es uno de los espíritus más diabólicamente tentados por la Política que ha producido Venezuela; el demagogo máximo que en su vejez y frente a la sociedad nueva que surgirá de la revuelta federal, podrá asumir su esperado y deseado papel de gran patricio y consejero de la “causa liberal”.

Y por aquí marchan ya y se insinúan los caminos que a través de la dictadura de ambos Monagas han de conducirnos a ese revuelto mar de fondo, a ese profundo terremoto social, que se llamó la Federación.

* * *

En su barbarie, en el encuentro del ímpetu rural e igualitario que venía de las grandes llanuras con la demagogia urbana, la Federación —entre muchos desastres— sirve para fundir y emulsionar, definitivamente, las clases sociales. Es sobre todo un violento impulso ascensional el que desde el decreto de liberación de los esclavos por José Gregorio Monagas en 1854 conmueve a todo el país; se agitan los más profundos estratos; hombres que ayer molían caña en el trapiche engrosan las facciones federalistas, se convierten —como un Martín Espinosa— en los guías y taumaturgos inexorables de una multitud vindicadora y desalada. Verdadera invasión de masas campesinas; precipitado del campo sobre la ciudad; amalgama racial que se produce por el derecho de la ventura y la guerra. Y es ya una sociedad nueva la que debe presidir en sus veintidós años de cesarismo un hombre como Guzmán Blanco. O los godos aceptan la fusión y pactan con los hombres nuevos, o quedan reducidos al olvido y al silencio. A diferencia de otros países de América —como Chile o Colombia donde subsisten los apellidos ilustres y la casta ductora— la vida social venezolana se

caracteriza, entonces, por su extrema movilidad; nombres oscuros y venidos de las más remotas provincias, lustrados y descubiertos por la guerra, entroncan con los apellidos históricos. Una ciudad crisol, Caracas, trata de civilizar y dar forma a esas gentes que galopando en su instinto, salieron de la comarca más lejana a fijar su nombre e imponerse. Y es comprensible que roto el marco jurídico y la jerarquía de la vieja sociedad fundada en la tradición y la sangre, sea el militarismo la única fuerza coordinadora, la disciplina instintiva de un pueblo en ebullición, en trance de fundirse.

El subconsciente individual o colectivo encontró satisfacción en esta como descarga psíquica que aportaba la guerra civil. Las fiestas de Guzmán Blanco tratan de apaciguar o domesticar aquellos jefes rurales que con una espada —siempre a punto de desenvainarse— y una plebe mística que puede seguirlos, es preciso incorporar a los nuevos estamentos sociales. La aristocracia de ayer, empobrecida y probada por tantos años de horror y de privaciones, acepta y busca —como la aristocracia romana de fines de la República— el “*jus connubium*” que le ofrecen aquellos plebeyos afortunados. (Quedan como en Roma los “tradicionalistas”, los Catones nostálgicos de una tradición y una jerarquía perdida. Ellos evocan —como don Domingo Antonio Olavarría— el buen tiempo pasado y quisieran restaurarlo desde las páginas de sus escritos históricos y estudios políticos. No se dan cuenta de que lo que ocurrió en Venezuela fue algo mucho más profundo que “las malas ideas del viejo Guzmán” o el largo despotismo personal de Guzmán Blanco; que era una como fuerza plutónica que removía y cambiaba los estratos sociales. Y por no comprenderlo, los últimos godos románticos buscaron durante largos años un segundo Páez. El último mito godo, el último sueño tradicionalista, es a fines del siglo XIX y primeros años del siglo XX el General José Manuel Hernández, el “mocho” Hernández; el caudillo de la fracasada esperanza. El “mocho” fue para el tradicionalismo

venezolano lo que aquel mito de “Don Carlos, el pretendiente”, para los legitimistas españoles del siglo pasado. Se nutren ambos mitos de idéntica materia emocional. Indefinibles elementos mágicos, el conjuro de los soñadores que no pueden obrar, unge de mesianismo a estos seres que son casi fantasmas y que por ello recogen la vaga nostalgia de todo un grupo social. En nuestra literatura criolla “el Mocho”, el eterno alzado y el eterno proscrito, requiere un artista que lo interprete —no tanto por lo que en sí mismo valía, sino por lo que en él se puso el subconsciente colectivo— así como Valle Inclán hizo en España la novela y el poema del mito legitimista. Pero mientras los señores de provincia, el círculo de lectores de don Domingo Antonio Olavarría, siguen esperando y esperarán más de veinte años al infortunado “Mocho”, nuevas masas rurales se alzan y mueven, buscando su integración y fusión. Son, por ejemplo, las que seguirán a Cipriano Castro en 1899. En esta como traición de las palabras que debe debelar quien estudie nuestra historia criolla, Cipriano Castro llamó a su gran revuelta la “Restauración”, cuando en ella no se restauraba ningún régimen antiguo, sino proseguía solamente aquel movimiento de desborde y subversión campesina que comenzara bajo la Federación. Eso sí, que en 1899, las facciones no venían del Llano, sino de las montañas de los Andes.

Desde cierto punto de vista —y en el proceso de un país que económica, cultural y demográficamente había permanecido estacionario; donde la aventura de la guerra civil se había convertido casi en una industria— esa época de nuestra historia es de crónico y obstinado desastre. El ruralismo desbocado y torpe fija el color bárbaro de un tiempo que es por excelencia el de los “jefes civiles”, como han entrado en la imaginación y en el mito popular: el guapo aguardentoso y analfabeto, gallero, armado de látigo, puñal y revolver, que dispone como patrimonio privado de la “pesa”, el juego y los “alambiques”. (En la novela de Rómulo Gallegos el “jefe civil” tiene un secretario; aquel Mujiquita me-

loso y bachiller letrado, que pone en palabras esdrújulas y exuberantes “considerandos”, los designios de su señor).

* * *

Cabe pensar, sin embargo —y en un momento como el actual en que los venezolanos parecen estar dispuestos a rectificar su inmediato pasado; en que nuevas necesidades y progresos técnicos cambian forzosamente aquel primitivo medio social; en que nos modernizamos y civilizamos a pesar de nosotros, porque la vida moderna nos llega en el avión, el trasatlántico, la creciente influencia de Europa y Estados Unidos—, cabe pensar si no hay algún saldo positivo en nuestra Historia; algún valor o fuerza que nos sirva en el nuevo combate por nuestra nacionalidad. Se ha ido formando, a pesar de todo, un pueblo venezolano, que cubrió y borró en la guerra civil aquella separación rencorosa basada en la casta, el color y el prejuicio social, que hace ochenta años nos dividiera en irreconciliables facciones. De todos los mitos políticos y sociales que han agitado al mundo moderno a partir de la Revolución Francesa, ninguno como el mito de la Igualdad conmovió y fascinó más a nuestro pueblo venezolano. Desde cierto punto de vista nuestro proceso histórico —a partir de la Independencia— es la lucha por la nivelación igualitaria. Igualdad más que Libertad. Para nuestra masa campesina y mestiza del siglo XIX el concepto de Libertad era mucho más abstracto que esta reivindicación concreta e inmediata de romper las fronteras de casta que trazara tan imperiosamente el régimen colonial. El impulso igualitario de los venezolanos empieza a gritar desde aquellos papeles de fines de la Colonia, en los que el criollo humillado manda a la Audiencia o al Capitán General su queja o lamento contra la soberbia mantuana. El valor personal o la audacia rompe con los grandes caudillos venidos del pueblo el marco de la vieja jerarquía

basada en la sangre. La psicología criolla repudia en estas palabras vernáculos que dan mejor que cualquier expresión española el justo matiz del fenómeno, la que se “vitoqueó” o se “sintió chivato”. “Vitoquearse” o “sentirse chivato”, es quebrar esta línea de llaneza que nuestro instinto popular venezolano pide a sus hombres. Y contra el solemne trato castellano que todavía subsiste en algún país de América —como Perú y Colombia— surgió entre nosotros el tuteo criollo, un poco brusco y francote, pero cargado de intención igualitaria. Psicológicamente, al menos, el venezolano ha logrado —como pocos pueblos de América— una homogeneidad democrática. Como nuestra historia se ganaba a punta de lanza y estaba llena de emboscada, aventura y sorpresa, no pudo formarse ni estratificarse aquí una aristocracia tan recelosa como la que en otros países hermanos fija y mantiene inexorables fronteras sociales. Quizás ninguna nación del Continente haya vivido como nosotros un más precoz y tumultuoso proceso de fusión. Y esto, cuando menos, ha ido contribuyendo a nuestra homogeneidad moral. No existen entre nosotros diferencias ni distancias que obturen e impidan toda comunicación entre el indio, el blanco, el mestizo. Fuera de algunos millares de aborígenes diseminados a la vera de los grandes ríos de nuestra floresta tropical, no hay entre nosotros ningún grupo de población de que nos separe profundamente el alma, el lenguaje, las costumbres. No tenemos multitudes indígenas que redimir. Y en el color de la piel que va del blanco al oscuro —sin que ello sea límite o separación— cada venezolano ha fundido en sí mismo un complejo aporte étnico ya venezolanizado. Lo indio puro entre nosotros es Arqueología como lo negro puro tiende a ser Folklore. Solo en muy circunscritas comarcas —como la costa de Barlovento— predomina un grupo racial aislado. Así el venezolano parece haber vencido ya —y esto es un signo histórico positivo— aquel complejo de humillación y resentimiento étnico y social que se mantiene de manera tan aguda y peligrosa en otras repúblicas

americanas donde el proceso social fue más retardado y donde se siente aún el recelo y la desconfianza de las castas.

Todo esto es en la Venezuela de hoy un signo favorable. Porque, más allá de la demagogia y el rencor, pudiéramos iniciar la conquista y plena valorización técnica de nuestro país. Oponer al azar y la sorpresa de ayer, a la historia como aventura, una nueva historia sentida como plan y voluntad organizada. Hacer de esta igualdad criolla por la que el venezolano combatió y se desangró durante más de un siglo, la base moral de nuestra nueva historia. Esto es lo que yo llamaría la “tesis” venezolana; el saldo positivo que aún resta y debemos fortalecer conscientemente, después de la prueba tremenda que fue nuestra vida civil. Y en la comprensión de este problema, en la manera como la nación librada de sus tragedias y fantasmas puede ser creadora, radica el misterio alucinante de nuestro destino futuro. Materialmente tenemos el espacio, el territorio y hasta los recursos. Se impone ahora la voluntad humana.

Notas sobre el problema de nuestra cultura

Problemas y otros que no lo son

Confieso mi aversión por la palabra “problema”, palabra asediante y a veces demasiado enigmática si no se le penetra bien, que al pronunciarla parece que se traga toda explicación y por ello es tan favorecida de quienes nada pueden explicar. Es palabra que se está escribiendo mucho en Venezuela desde hace cuatro años —es decir, desde el momento en que nos dejaron la lengua y la pluma sueltas— como si en ella hubiéramos metido todo lo que en nuestro concepto le falta al país. Problema educacional, problema demográfico, problema sanitario. Pero a pesar de su frecuente uso y profano tráfico la palabra aún tiene que servir —a falta de otra— para entrar en el espeso misterio de algunas urgencias venezolanas que imponen que el sustantivo se escriba con letra mayúscula. Capitular y mayúsculo es, por ejemplo, entre nosotros, el problema educacional, al que le viene bien la trajinada palabra para distinguirla de otras cuestiones que son mucho menos problemáticas. Y aquí estaría bien un distingo, sutilmente dialéctico, entre los que llamaríamos los “verdaderos problemas” y otros que en la escala de valores nacionales podrían definirse con vocablos mucho más modestos. Si la cuestión educacional de nuestro país pudiera abocarse de una manera exclusivamente técnica; si se tratara

solo de cambiar métodos didácticos anticuados por otros modernos, si como lo creyeron algunos funcionarios se habría aclarado la incógnita haciendo penetrar a nuestras pobres escuelas los sistemas y los hallazgos de la Pedagogía de hoy, si el Estado hubiese cumplido su función cultural lanzando muchas más copiosas promociones de maestros y elevando cada día más el presupuesto de Instrucción Pública, el problema casi no sería problema. Se solucionaría como tantas otras necesidades del Estado que requieren dinero y criterio técnico para ser dominadas y resueltas. Catalogar o clasificar una Biblioteca u organizar un departamento de Estadística son, por ejemplo, cuestiones típicamente técnicas. El bibliotecario que clasifica los libros no puede pretender inventar en sus tarjetas una nueva división de las ciencias y debe atenerse a una rutina bibliográfica ya internacional, si quiere ser eficiente en su tarea. Los yanquis, verbigracia, han creado unas cuantas pseudociencias formadas de consejos y observaciones muy prácticas, con rutinas que al observarse escrupulosamente son de suma utilidad. Las bibliotecas principales del mundo, hasta las historiadadas y casi milenarias bibliotecas europeas han adoptado, así los métodos de clasificación de la Biblioteconomía norteamericana. De la misma manera una oficina de Estadística establecida en Venezuela tiene que cumplir en sus diagramas y cuadros de datos un sistema que ya es universal. Pero el enigma de una cuestión como la educativa es que actuando sobre elementos mucho más diversificados y complejos, está más allá de la técnica, o la técnica es en ella solamente un procedimiento y de ninguna manera un fin exclusivo. Por eso, porque rebalsa los límites de una técnica, porque en ella se entremezclan lo social y lo político con lo puramente pedagógico; porque individuo y sociedad plantean en esta cuestión sus solicitudes y reclamos, reservamos para la Educación el denso sentido que se encierra en la palabra “problema”. Este sí que es un problema y uno de los más serios y delicados que debe afrontar un país en trance de recuperarse, como el nuestro.

Al adentrarnos en la palabra “Problema” y al escarmenar su apretado oville ideológico encontramos otros vocablos contiguos y también extraordinariamente complejos, de los que ciertos hombres simplistas y prácticos se defienden, temerosamente, como por ejemplo, la palabra “Filosofía”. Y justamente la circunstancia específica de que vienen cargados de Filosofía es lo que distingue los problemas de otras cuestiones que si urgentes, son de una solución más fácil. Pero el hombre práctico que rehúye lo puramente teórico nos argüirá que se filosofa para algo, y concediéndole en este caso razón, ya que educar es actuar más que contemplar, descubriríamos en la vecindad otra palabra que emplearíamos con su originario y noble sentido aristotélico, como la palabra “Política”. “Filosofía” y “Política” son dos expresiones-brújulas que nos guiarán entre otras, en una breve exploración por nuestro problema educativo. Y tendremos que luchar contra el común prejuicio que los limitados y los practicistas sienten contra estas dos palabras. Como ya en el lejano tiempo de Erasmo, no es el completo desconocimiento, lo que podría llamarse el “analfabetismo virginal”, lo que entraba y dificulta la discusión de un problema de cultura, sino más bien lo que en el idioma paradójico del gran humanista se denominara la “docta ignorancia”.

Un poco de Historia

En su sentido más lato, la Educación es entre nosotros embrollado problema porque nunca tuvimos un criterio filosófico, es decir, integral, para apreciarlo. Aquí —como en todas las cosas— prevaleció la improvisación y el humor, la pequeña receta superficial. Un estado privatista sin idea nacional alguna, como fue nuestra pobre Venezuela durante un largo trecho de su Historia contemporánea, no pudo sino dar soluciones caprichosas y descoyuntadas. La “Instrucción Pública” se apreciaba, sobre todo, como uno de los tantos capítulos repartibles

del Presupuesto. Y Ministros inteligentes que llegaban a aquel servicio, nada podían hacer contra una dolencia profunda que no era tan solo de la Educación, sino de todo nuestro organismo histórico. Si acaso, se lograba mejorar un poco la técnica, la calidad de los maestros, pero no era posible penetrar hasta la entrañable raíz del problema. Aquellos hombres inteligentes, por lo demás, nunca entraron a las funciones del Estado como equipo, expresando una teoría política, un programa de fija y definida estructura, sino como servidores individuales. En la incoherencia mental de los Gabinetes, Ministerios de “amigos” y nunca expresión de partidos u opiniones organizadas, naufragaban por contemporización o incomprensión general, los propósitos mejores. Puede esto servir de disculpa o quizás de reproche, desde el ángulo en que se mire, a la participación de algunos destacados intelectuales venezolanos en las tareas del Gobierno. No había tampoco para auxiliarlos, para “cubrir en retaguardia”, fuertes organismos morales, opinión pública que tuviera voluntad y forma. Por lo demás, muy característico de nuestro altanero individualismo venezolano es que el alto y pequeño funcionario se aísla orgullosamente en su función y prefiere mandar antes que deliberar y escuchar. Aquella sentencia criolla, violenta y fatalista a la vez de que “jefe es jefe” no solo regía para nuestros caudillos y caciques, sino también para los intelectuales.

Contra la unidad nacional que hubiera podido convertirse en unidad y vertebración de la función educativa, conspiraban una serie de causas como el propio sistema federal con su caciquismo aldeano, con su régimen de escuelas y colegios estatales y municipales no controlados ni supervisados por el Ministerio y que eran una de las tantas prebendas de que disponían los “jefes”. En los Estados de la Unión estas escuelas y colegios eran las pequeñas dádivas que se ofrecían a las “señoritas decentes y vergonzantes” y los pequeños empleos para los pequeños amigos de la causa

o en el mejor de los casos para ocupar a algún “bachiller calígrafo” que no alcanzaba apostura de Jefe Civil. La idea de “Causa” —“Causa de la Regeneración Liberal”— de la “Restauración” y de la “Rehabilitación”— era la más opuesta y antagónica a la de unidad nacional. Concretamente la “causa”, a pesar de su motivación abstracta, era la clientela particular del caudillo. Se estaba con la “causa” o “contra la causa”, lo que quería decir en otra de esas pintorescas fórmulas retóricas que usaron nuestros despotismos, que se era “buen” o “mal” hijo de la Patria. Y en la constitución práctica y efectiva de los “jefes” mucho más eficaz que las constituciones de papel que hacían los doctores, esta peligrosa calificación moral sin términos medios ni matices, daba o privaba de los derechos políticos. Un país inexorablemente dividido en “buenos” y “malos”, en “amigos” y “enemigos” de la causa, no puede aspirar a una conciencia y un destino espiritual común. Evadiéndose del presente —tan amargo— los venezolanos se habían convertido en los Narcisos de su tradición histórica. Porque el genio de Bolívar fue tan grande y la voluntad de los venezolanos recorrió en cruzada de Independencia entre 1810 y 1830 casi toda la América del Sur, nos habíamos detenido en el pasado, embalsamándolo. Como Folklore o fábula lejana, en borrachera épica, en procesión abigarrada, en gallardete retórico de papel picado, sentimos los venezolanos nuestra historia. Los fastos y las batallas de entonces, las cenizas de los héroes, la genealogía heroica —y cada venezolano tiene por lo menos un abuelo que peleó en Carabobo, en Boyacá, o en el Alto Perú— no nos permitieron advertir estas cenizas más próximas que estaba amontonando nuestra imprevisión. Y en actitud de panteoneros en quienes el pasado no sigue, sino se congeló y se guarda como rito funerario, nos ha sorprendido el tiempo. Por eso tenemos tanta historia épica y tan poca Historia social; por eso faltan en la mentalidad venezolana que compone discursos y ama las palabras brillantes, la noción de lo concreto. La herencia de la educación colonial y española, educación de palabras más que de cosas,

educación que tras de los claustros del siglo XVII parecía amurallarse contra la Naturaleza; educación que ya había procesado Miguel José Sanz en la aurora de nuestra revolución de Independencia, vino a complicarse con la retórica delirante que nos cerraba un contacto más directo con nuestro medio físico y moral. Nuestro atrasado sistema educativo prolongó hasta hoy lo que llamaríamos el período fraseológico de la cultura venezolana: la palabra divorciada del hecho, suelta y autónoma en su vaga sonoridad. Y se impone por ello a las generaciones nuevas que quieren comprender y definir su país, entrar en él como derribando un inmenso muro de frases: frases de los discursos académicos, de los documentos oficiales que tan frecuentemente se escribían en la más bizantina de las prosas; frases de los partidos y los grupos políticos de ayer cuyos apetitos y pasiones se enredaban en las más culteranas fórmulas.

Si el Estado venezolano honraba a su manera a los héroes y atendía a las cuestiones momentáneas con expedientes en que a veces se combinaban la violencia y la retórica, o en que la retórica era la forma pseudolegal de la violencia, careció de toda noción de futuro. Desaparecidas aquellas primera y segunda generación de estadistas con que se formó la República; barbarizada esta durante la época de las guerras civiles, destruidas y desorganizadas aquellas pequeñas “élites” intelectuales que en los primeros lustros de nuestra vida republicana habían formado las “Sociedades de amigos del país” y animaron una libre prensa de ideas, la política criolla ya solo marchó resolviendo las urgencias de la semana y completamente sujeta a la órbita del Poder Ejecutivo. Por eso un problema como el de la Educación, problema que mira al futuro, tenía que resultarle ajeno. En términos generales que puede corroborar quien estudia los últimos ochenta años de nuestra Historia venezolana, podemos decir que los únicos asuntos que preparó y combinó sutilmente la política autóctona fueron las reformas constitucionales que permitían prolongar el mundo de los caudillos y satisfacer sus intereses privados

o los de su círculo las “aclamaciones” que daban un fausto de luces de bengala y de pirotecnia oratoria a los gobiernos que ya fastidiaban mucho, o las “conjuras” —que como las que se organizaran contra Guzmán y contra Castro— salían de los propios grupos de Palacio. En el juego de argucias de los abogados y el concreto apetito de los déspotas, se retardaba toda cuestión verdaderamente nacional. Comparado con el proceso histórico-político de otras naciones latinoamericanas el desarrollo venezolano arroja el siguiente saldo en contra: Chile por ejemplo, comenzó a organizar sus escuelas primarias y sus institutos de enseñanza normal en 1844 bajo el famoso Ministro Don Manuel Montt y con la genial colaboración de Sarmiento; la organización de sus Liceos y la enseñanza Secundaria femenina en 1878; la formación de su profesorado secundario con estudios especiales en la Universidad en 1888; Argentina, que hacia 1800 tenía menos población que nuestro país, empezó valerosamente a afrontar su problema demográfico, desde 1868; Bolivia, la mediterránea Bolivia, trató de modernizar y unificar sus sistemas educativos desde 1912. Y a pesar de nuestra aparente modernidad y nuestra riqueza, hay problemas que ahora se nos plantean como los de Argentina en 1868 o los de Bolivia en 1912.

Tres pensadores venezolanos

Venezuela, donde siempre se dio vigorosa la planta-hombre, ha producido tres entre los más grandes pensadores y filósofos de la Educación que puede ofrecer la América Latina. Fueron estos hombres sobre cuyas ideas conviene meditar porque nos aportan más actualidad que la que superficialmente podría creerse, Don Simón Rodríguez, Don Andrés Bello y Don Cecilio Acosta. Especie de Rousseau americano, con análogo instinto nómade, genial y destempladamente loco, menos poeta, pero inconmensurablemente más hombre que el gran ginebrino, Don

Simón Rodríguez en su prosa laberíntica donde se revuelven entre los últimos restos del escolasticismo colonial español algunas de las grandes intuiciones de la época romántica, es por la personalidad y por la doctrina que diseminó en un itinerario intelectual tan vasto como el itinerario de Bolívar en la guerra y en la política, uno de los grandes videntes que ha tenido el problema educacional americano. Vidente hasta en aquella tendencia a la exageración, la caricatura y la disparada extravagancia de su enseñanza, como para que en choque violento se grabara más. Ciudadano imposible y casi exasperante, pésimo maestro de escuela cuando no tenía un discípulo de la talla del Libertador, Don Simón Rodríguez vale por dos o tres ideas que en manos de un estadista sensato que neutralizara la explosiva locura en que venían envueltas, hubieran inspirado para su época en la América Latina, un sistema educativo auténticamente valioso. Para su tiempo y en el ambiente de aquellas colonias españolas que salían del espíritu medioeval en que las mantuviera España, es nuestro Don Simón Rodríguez el más revolucionario y el más americano de los pensadores. Esos breves escritos suyos donde asoma entre desconcertantes apotegmas una sonrisa socrática, marcan una inspiración educativa que quiere arraigarse en la tierra nuestra. “Más que de los asirios o de los caldeos ocupémonos de nosotros, los americanos”, enseñaba Don Simón. Y como la educación española había sido la de la letra muerta y del libro viejo ausente de toda realidad vital, Don Simón aconsejaba la terapéutica del viaje a pie, de la naturaleza contemplada directamente. Singularísima debió ser aquella escuela de Valparaíso donde en el extremo austral de sus andanzas allá por 1830 y tantos, y con métodos que antecedían a la Pedagogía de hoy, pero que entonces resultaban de desconcertante excentricidad, Don Simón hablaba de sus viajes y experiencias, y al tratar de las ciencias de la vida para que los alumnos conocieran la portentosa máquina del cuerpo humano no en una vana descripción, sino en su escueta realidad, Don Simón —tan

flaco como Don Quijote— se quitaba la ropa y se convertía en viviente lección anatómica. Al prudente Don Andrés Bello le fueron a decir algunos padres de familia que en la escuela de su compatriota todo se resolvía en saltos y ejercicios gimnásticos, en hablar de los Incas que para un muchacho de América según la cantinela de Don Simón debía ser más importante que los egipcios y los asirios; en recoger yerbas y salir a vagar por los cerros del puerto y en contar cuentos en los que a veces el extraño maestro sufría la traición de su descosido lenguaje. Más que las Gramáticas de la época y la Geografía con sus listas de golfos y de gobiernos, le interesaba a Don Simón lo que el ojo puede ver, la mano palpar y el hombre formar dentro de sí mismo. Y machacaba la etimología de una palabra, su mundo de ideas afines, su proceso histórico, para exprimirle vida. En cuanto a la Geografía de Europa y América animada de llanuras, valles y torrentes, Don Simón la había aprendido a pie con sus grandes botas de caminador, que es la mejor manera de aprender Geografía.

Justamente en la casa de Don Andrés Bello, que en el fondo lo comprendía pero cuyo armonioso equilibrio no podía sino defenderse de todo lo inusitado, recóndito y demoníaco que había en aquel Quijote-pedagogo, hizo Don Simón Rodríguez su última estación chilena. Y pues, había asustado a los padres de familia y ya no podrá más ganarse la vida como maestro de escuela, se va de nuevo al Perú, donde terminará sus días, vecino de una aldea costera y en el oficio de fabricante y vendedor de velas. Puesto que estamos en el siglo XIX —decía Don Simón— esta es una de las tantas maneras de crear y repartir luces. En la Pedagogía de Don Simón se resolvían los más curiosos fermentos revolucionarios; en su otro gran interlocutor encontrado en Chile, Don Andrés Bello, se presentaba lo contrario: un orden intelectual que trata de canalizar las reformas.

Siendo uno de los hombres de mayor dimensión que dio nuestra República, nosotros no conocemos a Don Andrés Bello sino a través del

muro aislador de sus gramáticas y de sus odas neoclásicas donde dejó fuera de uno que otro cuadrado delicioso, mucho de aquella divagación erudita —y por lo tanto muy poco poética— cuyo modelo había dado el aburridísimo Delille de “Los Jardines”. Sin atreverse a decirlo, muchos venezolanos que no lo estudiaron, consideran a Don Andrés como el primero y más notable de aquellos “académicos correspondientes” que en nuestra América tuvieron el monopolio de los versos tediosos; los que cantaban a la vacuna, a la lengua castellana, al cultivo del trigo o del maíz o al progreso del siglo XIX (todo con letra mayúscula). Pero aún mirado desde este aspecto, Don Andrés no fue comprendido por sus fríos continuadores académicos, si exceptuamos un Miguel Antonio Caro, en Colombia, que se le puede equiparar por su armoniosa sensibilidad y fineza crítica. La Gramática de Bello tuvo en el momento en que apareció, el valor de un pronunciamiento rebelde. Precisamente contra el prejuicio purista, contra la regla convencional, contra los muertos cánones que oprimían el idioma, fue Don Andrés uno de los primeros hombres que aplicó al Castellano los métodos de la ciencia lingüística; que lo sintió no como campo cercado, lleno de límites y fronteras, sino como proceso dinámico. Él no era un preceptista más que quisiera codificar el Español y erizarlo de reglas, sino trataba de explicarlo. Acaso desde el lejano tiempo de Juan de Valdés ningún otro se había detenido en el idioma como ante un tema de reflexión filosófica. Y no fue culpa de Bello que muchos dómines mediocres se asiesen a su Gramática como a una materia inmutable, cuando ella solo quería revelar —y muy ejemplarmente— un momento y una actitud de la ciencia lingüística del siglo XIX. Pero más allá del lingüista, del autor de odas, del intérprete de los broncos versos de la Epopeya castellana, del jurisconsulto y del internacionalista que todo lo fue Bello —hubo su personalidad de educador, de jefe intelectual en el más alto sentido. Todavía los venezolanos nos dolemos de haber perdido a Bello, cuya capacidad de primer

Gran Ministro de la Cultura fue a enriquecer y servir a la República de Chile. Y precisamente tocó en suerte a este comedido e inteligentísimo caraqueño la magnífica tarea de ser uno de los fundadores espirituales de la entonces alboreante nación chilena. Se calumnia a Bello cuando se le describe —como lo ha hecho cierta crítica superficial— como el escribano y el alto preceptor al servicio de los “pelucones” chilenos de 1830, que con su bravo jefe Portales había destruido todo romanticismo libertario, y se aprestaban férreamente unidos en sus clases familiares, en la paz de sus grandes haciendas, con la servidumbre sumida y analfabeta, a asentar su dura ley, su poder de clase durante largos lustros. Bello no era apóstol inflamado, sino sensato realizador. Si le toca en su iniciación chilena aquella sociedad de grandes propietarios que después de la guerra civil de 1830 se había convertido en Gobierno y no ya el círculo liberal y europeizante de Don Francisco Antonio Pinto, los “pipiolos” románticos que le habían convidado, Bello no se quiebra la cabeza por ello ni se pone a sacrificar a lo desesperado e imposible. Con admirable cortesía de huésped logra, poco a poco, imprimir un alto tono jurídico y un espíritu de ecuánime progresismo a cuanta institución —Relaciones Exteriores, Código Civil, Universidad— impregna de su personalidad ordenadora. Un poco por la influencia de Bello, especie de Ministro sin cartera durante treinta y cinco años de la Historia chilena, Chile adquiere estilo entre otras naciones latinoamericanas que se debatían entonces entre regímenes personalistas y violentas dictaduras. Y justamente de los discípulos de Bello surge aquella inquieta promoción liberal que allá por el año 42 empieza a batir su impetuoso rebato de reformas. En el terreno de la Cultura nadie en la América de aquel tiempo había realizado una labor equiparable; desde el idioma hasta el Derecho, pasando por la Historia que bajo la influencia del maestro venezolano se trueca en seria disciplina documental, todo ha sido ordenado y mirado con pupila nueva en aquel laborioso círculo

universitario que Bello preside desde 1843. Contra el espíritu colonial, o sea el extremo conservantismo, y contra la demagogia estridente, o sea la ruta para los despotismos militares en la América de entonces, él trae un mensaje de evolución cultural, programada y concreta. Lo rodean en su tarea universitaria un grupo de sabios cuyo trabajo coincidía con el que Bello trazara para América desde las páginas londinenses de su “Repertorio”: un geógrafo y explorador como Claudio Gay; un naturalista como Domeyko. Junto a ellos un juvenil equipo de investigadores a quienes Bello sabe apartar a tiempo de la tendencia criolla al discurso y la declamación, para que se pusieran a estudiar su tierra en los papeles de los archivos, en el análisis directo de las instituciones y costumbres. “Antes de interpretar, documentarse”, era la fórmula con que Bello quería calmar el ímpetu de su discípulo Lastarria.

Y a los muchachos que le piden temas para doctorarse y llegar a las facultades de la Universidad, Bello les impone que no copien de otro libro, sino que trabajen la materia nueva que se guarda en los documentos o en la observación de la naturaleza. Las directivas intelectuales de Bello dan de este modo a Chile —antes que la tuvieran otros países americanos— una literatura histórica, un molde jurídico, un sistema universitario, un ordenamiento sistemático de la tradición nacional. Hay un Bello desconocido —y el más admirable— que es el que durante seis lustros de su gloriosa edad madura que se podría comparar por la armonía vital con la de Goethe, labora con su consejo y equilibrio en la fundamentación espiritual de un pueblo. Cuando otro hombre de América, Domingo Faustino Sarmiento, llega a Chile agrediendo y peleando como un toro bravo de sus pampas, lanzando su cruzada por la escuela primaria y la educación común, ella ya es posible porque con Bello se ha formado el fuerte equipo conductor que echaría las bases de una cultura democrática. Que al Estado nunca le falte este grupo dirigente que comprenda las necesidades de su tiempo, de amplia mirada

universal, fue una idea y un propósito cumplido por el gran venezolano. Y contra la improvisación y la abundancia caótica en que se suele mover el alma del criollo de América, él fue una personalidad diáfana y escrupulosamente ordenadora. Simbólicamente su pluma escribió para la República de Chile un Código, una Constitución, una Gramática, las tres creaciones normativas que requiere una sociedad para vivir en ecuánime convivencia, para pensar bien, para fijar las fronteras jurídicas y morales del individuo y del Estado.

Por el mismo tiempo en que Bello, largo ya de honores y de años, concluía en Chile su trayectoria fecunda, otro gran maestro venezolano, Cecilio Acosta, soñaba para nuestro país un sistema de educación que de pueblo atrasado y perezoso, contra la corriente del tiempo, nos pusiera en las rutas del mundo moderno. El pequeño trabajo de Acosta “Cosas sabidas y cosas por saberse” contiene en su estilo condensado algunas de las verdades de más bulto que se hayan escrito en nuestro país. Tal ha sido nuestro atraso que esas palabras de Acosta rigen hoy y tienen la misma frescura que en aquel año lejano de 1856 en que fueron escritas. Acosta mira con alarma este contraste del continente americano entre una América sajona, creciente y audaz que está aprovechando y desarrollando a mayor escala la técnica europea para poblar su desierto, y la otra América soñadora y morena que vive en la “erudición del pergamino”. Una América se preocupa de lo “que es”, mientras nosotros permanecemos absortos ante lo que “fue”. Contra el espíritu colonial hecho palabra muerta, fórmula o reglamento complicado, erudición barroca que se aísla de la realidad social, lanza Cecilio Acosta su ardiente homilía. Que el mundo cambia es lo que él se propone enseñar y repetir a sus graves colegas de la Universidad: “si el mundo truena y muge como una tormenta, con el torbellino del trabajo, si los canales de la riqueza rebosan en artefactos, si todos los hombres tienen derecho, ¿por qué no se desaristoteliza la enseñanza?”. Y a los que siempre esperan la lenta evolución del organismo

social, el curso natural de las cosas, Acosta les enseña esa nueva dimensión moderna de la rapidez. La época que inventó el ferrocarril ya no puede marchar como en el siglo en que se viajaba en diligencia: “En otro tiempo había lentitud en la propagación de las ideas; decíase hablando del progreso de las naciones que para ellas los siglos eran días. Hoy un día que corre es un siglo que pasa”. La idea de democracia se confunde en Acosta con la de Educación: “Enséñese lo que se entienda, enséñese lo que sea útil, enséñese a todos. Los medios de ilustración no deben amontonarse como las nubes, para que estén en altas esferas, sino que deben bajar como la lluvia a humedecer todos los campos”.

Don Simón Rodríguez, Don Andrés Bello, Don Cecilio Acosta, desde distintos puntos de mira estos tres grandes pensadores de Venezuela habían intuido y sistematizado algunos de los aspectos más singulares de nuestro problema educativo indoamericano. El naturalismo de Don Simón Rodríguez, de raigambre roussoniana y romántica en que se reconocerían muchas aspiraciones de la escuela de hoy, no tiene por qué oponerse a aquella alta educación normativa, a aquel grupo ductor que según Don Andrés Bello debería llevar al pueblo los progresos sociales ni al propósito de Acosta de incorporar al concepto tradicional de “cultura” la realidad técnica del mundo contemporáneo. Pero el pensamiento de ninguno de los tres logró influir ni imprimir una directiva filosófica en este siempre improvisado e informe organismo que ha sido nuestra Educación Pública; miscelánea de asignaturas y reglamentos donde lo burocrático ahogó siempre lo creativo, donde el papel con timbre del Estado fue más eficiente que cualquier idea, donde por existir muchas cosas faltó lo esencial: una finalidad, un determinado propósito. Porque marchamos siempre a ciegas; soportando la circunstancia más bien que previéndola, siguiendo el humor y el capricho del momento, confiados en que en el minuto necesario nos ayudaría el “palpito”. Todavía para muchos venezolanos la política es una cosa mágica e imprevisible; es suerte,

azar, fatalidad. No en balde somos por excelencia un pueblo de vendedores y compradores de boletos de lotería. Antes que el plan y el trabajo metódico cada venezolano se entrega a su musa o a su demonio que en el instante crítico le inspirará una solución que pueda cambiar tanto como la del matador frente a los cuernos del toro.

Sin embargo...

Sin embargo desde hace algunos años ha penetrado en nuestro país al romperse con la dictadura gomecista aquel muro de silencio y mentira que gravitaba sobre la vida nacional, una profunda emoción educativa. Descubrimos millares de analfabetos; falta de técnicos que nos ayuden en la valorización y aprovechamiento de nuestro desocupado territorio, cultura política no solo en las grandes masas a quienes guía el instinto vital más que la inteligencia ordenadora, sino también en aquellos grupos en quienes la sociedad delegaba sus funciones más responsables. A ninguna nación latinoamericana como la nuestra —porque estuvo sumida muchos años en una catalepsia histórica— se le presentaba la tarea de recuperar con rapidez y voluntad actuante un inmenso tiempo perdido. Cuestiones que ya otros pueblos habían resuelto en el siglo XIX se mezclaban entre nosotros con urgencias modernísimas. En nuestro problema político hay una angustiada doble faz; un anverso y un reverso que no es sino el necesario ajuste y equilibrio entre la cuestión interior de amoblar la casa, ordenarla, hacerla más adecuada a las exigencias de hoy, y la cuestión exterior que no puede ser ajena a ningún pueblo, sobre todo cuando es potencialmente rico, pero políticamente débil, y está en los peligrosos caminos de choque de la economía mundial y de las nuevas luchas de predominio imperialista que ahora se proyectan sobre el horizonte histórico. Porque hay que quitar —a quienes todavía la tienen— la falsa ilusión de que Venezuela como las demás repúblicas suramericanas puedan ser países aislados, separados del mundo

exterior tras sus peculiares regímenes de gobierno y de sus economías atrasadas, como fue el sueño de más de un voluntarioso caudillo criollo. Esta preparación y comprensión de lo que ha de venir, este sentimiento de que ya no podremos permanecer separados de los conflictos mundiales, debe ser en nosotros conciencia profunda, planeamiento del futuro para que este no nos desconcierte y sorprenda. En un mundo voraz y violento como el presente, ya hay poco lugar para los países débiles que, o se fortalecen material o moralmente y de esta manera aseguran su autonomía, o rebotan como balones ciegos en la inexorable lucha de los fuertes. De que haya entre nosotros una segura, potente y comprensiva generación de hombres dispuestos a marchar, a equipar el país, a resolver en días lo que antes se hizo en años; hombres sin pequeñas ilusiones porque tienen la exclusiva y casi trágica ilusión de su deber histórico, depende nuestro destino nacional. Y que no se crea que las fórmulas de 1890 puedan servirnos hoy. Ninguno de aquellos tiempos prósperos y seguros —tiempos de un capitalismo bien comido, de crecimiento feliz de las grandes naciones, de ingenioso juego diplomático y de pulidas reglas de Derecho Internacional— puede compararse con el hervor patético de nuestra Historia presente. Y es en la realidad de ahora aunque nos parezca brutal, y no en los sistemas de ayer aunque nostálgicamente los sintamos más hermosos, donde debemos buscar nuestras soluciones.

En relación con ello fijamos el ineludible interés político de una Educación Nacional adecuada en esta seria hora de trance (y hay que evitar el candoroso e infantil temor que algunos sienten contra la palabra “Política”, confundiéndola con las pequeñas trapacerías que en nuestro país se disfrazaron bajo tal nombre).

La política es —o debe aspirar— a una ordenación y descubrimiento del destino nacional. En toda alta política se hace práctica una concepción filosófica del mundo. Esta es la atingencia y relación que existe entre las palabras “Filosofía”, “Política”, “Educación”. Esto nos explica que no

puede existir una auténtica Educación, sin base filosófica ni fin político. Quienes pretenden recluir la Educación en los límites del individuo sin llegar al Estado, olvidan este imperativo social que a través de la Historia marcó todo sistema educativo; Esparta preparaba sus ciudadanos y soldados, como Atenas los gimnastas y oradores de sus asambleas, como la milenaria China sus funcionarios públicos y como los jesuitas del siglo XVII, ansiosos de poder, se encargaban de los príncipes y de la nobleza dirigente de los países católicos.

Si al penetrar en la Escuela nueva los métodos de la Psicología y la Pedagogía de hoy, se atiende sobre todo, y muy laudablemente, a los factores individuales —edad, temperamento, vocación y aptitudes, desarrollo biológico y formación de hábitos— la tarea educativa del Estado no termina en aquella función pedagógica de formar el individuo física y moralmente fuerte. Más allá del individuo adiestrado y hábil empieza el fin social y político de toda Educación. El Estado educa para algo; quiere utilizar colectivamente la educación suministrada, acentuar en ella ciertos valores, necesidades, tradiciones o formas que considera más cónsonas con su organismo histórico. Así, por ejemplo, en países formados y de conciencia nacional clara, distinguimos en cuanto cargan el acento sobre determinados valores sociales o tradicionales, una educación inglesa o francesa que no puede sino aspirar a la conservación o la formación de determinado arquetipo humano.

Distinto se presenta el problema en países como los latinoamericanos —países en aluvional proceso de formación— donde la cultura ha sido como una masa informe de noticias, conocimientos y sugerencias venidas de todas partes y no sometidas a una disciplina o sistema coherente. El destino nacional se pierde entre lo contradictorio y confuso; una Cultura de impresiones y retazos no soldados y flotantes en nuestra realidad histórica, extravía más que dirige al alma venezolana, en la búsqueda y comprensión de sus propios fines.

Una voluntad nacional

En el de la educación como en los demás problemas orgánicos de nuestro país, se requiere, pues, sobre todo, y tanto como las reformas pedagógicas que ahora empiezan a hacer más humanas y habitables nuestras Escuelas y nuestros Liceos, una voluntad nacional que descubra y fije los fines. No se educa por educar, ni como pensaba Rousseau para que surja el perfecto individuo aislado, el soñador y delicadísimo Emilio que se propone descubrir en sí mismo todas las experiencias de la especie humana. La época no deja tiempo para ello. Pero también es cierto que toda auténtica Educación como toda auténtica Cultura solo tiene valor en cuanto se elabora en las profundidades del ser; en cuanto surge como voluntad y necesidad interna más que como mecánica imitación de lo que viene de fuera. Su carácter foráneo, inadaptado, es el mayor obstáculo que pesa sobre nuestro régimen educativo. Pensemos en lo que es Venezuela y en lo que es nuestra Educación y se acentuará el trágico contraste. A ella —como Edipo a la esfinge— podemos formularle las más desconcertantes preguntas.

Siendo el grado principal, Naturaleza, es precisamente el paisaje y el medio físico de nuestro país lo que menos se ha incorporado y menos dice en nuestros librecos programas escolares. Porque solo la ha mirado a través de libros y discursos, hay que poner al hombre venezolano frente a su tierra no solo en cuanto ella puede ser conflictivo problema, sino también como emoción y goce estético. En un paisaje que a pesar de su potente hermosura se le antoja a ratos inhumano porque él no ha hecho nada para sentirlo con mayor confianza y dominio, el hombre de nuestro país todavía no sabe querer ni aprovechar su tierra con esa seguridad laboriosa y sencilla con que la masa campesina europea afirma y sostiene la tradición del terral materno. Desde la educación del campesino nuestro que vive en la noche de la Economía y de la Cultura, el campesino víctima del mal alcohol de la pulpería, del gamonal, del yerbatero y del brujo,

hasta la educación del señorito urbano que prefiere ser oficinista o eterno pensionado del fisco, esta voluntad que nos impone nuestra propia naturaleza debe imprimirse como una ineludible urgencia, en nuestros sistemas didácticos. Solo existiendo ella surgirá en el hombre venezolano el apetito geográfico de domar y vencer nuestro desolado e inmenso territorio; solo de esta manera se resolverá el trágico contraste entre la ciudad que con sus automóviles y teatros pretende ser moderna y el duro campo cerril sumido en la prehistoria. Solo, por ello, la potencial riqueza nuestra que se esconde en los bosques del Caroní, entre torrenteras y cataratas —que nos son tan desconocidas como en el tiempo de Lope de Aguirre— se trocará en riqueza mensurable, palpada y ceñida por la mano. Civilización del ancho camino vecinal uniendo pueblos y tierras prósperas; civilización de la huerta, del arbolado, del agua limpia, de la granja y la escuela aldeana es la que requerimos y anhelamos más que el hacinamiento mecánico y el estuco pretencioso de que se reviste la gran ciudad. Comarcas que tengan vida propia, donde el hombre no sienta la desesperación de fugarse porque la tierra, la casa, el huerto, el paisaje que amansó e hizo suyo, arraigan en las más recónditas fibras del alma. Ahora educamos para que el venezolano alegue en los tribunales o persiga un puesto público, pero no para que su mano trace huella duradera sobre esta tela vacía, sobre este enorme campo eriazos que ha sido nuestro país. Y hasta el problema económico de producir mejor y más copiosa y racionalmente, es por esto un problema del espíritu venezolano. Nuestra agricultura es tosca y rutinaria como el alma rural que la produce. Y nada hacemos reemplazando con el tractor o el arado mecánico los viejos implementos agrícolas si no se transforma fundamentalmente la deprimida existencia material y moral de nuestra masa campesina. En Venezuela ello es una cuestión excepcionalmente grave no solo por el analfabetismo, la desnutrición, el atraso técnico, la miserable vivienda y los flagelos endémicos que pesan sobre la población agraria, sino por el éxodo y el abandono

destructor que desde los dos últimos lustros ha comenzado trágicamente en nuestros campos. Las industrias extractivas del subsuelo que han alcanzado con técnicas y capitales extranjeros un desarrollo vertiginoso, están produciendo en Venezuela un trastorno social semejante al que ocurriera en la Inglaterra de los primeros lustros del siglo XIX, cuando el nacimiento de la economía industrial atraía y hacinaba en las ciudades nuevas cubiertas de humo, en miserables barriadas proletarias, una masa rural que había perdido su sano contacto con la tierra. Por eso la repoblación del campo y la defensa biológica y adiestramiento educativo de nuestras decadentes masas rurales, pesa como uno de los problemas más inmediatos de la vida venezolana de hoy. Por eso, en cuanto debe mirar y afrontar urgencias venezolanas que no están todas escritas en las teorías y los libros pedagógicos que vienen de fuera, nuestra cuestión educativa debe buscar y vertebrarse con otras cuestiones que como la económica y social la amplían y la completan. Por sobre todo problema particular hay en la ansiosa Venezuela de estos días un problema de coherencia. No trabajamos en sectores aislados; no podemos actuar en la materia doliente de nuestro país como quien pone una venda en el brazo herido o aplica un masaje sobre la pierna lastimada. Hay una cuestión más profunda de Fisiología social. No se trata de mejorar órganos enfermos, sino de llegar a la profundidad y la integridad de nuestro organismo. Solo por medio de una disciplinada acción coherente, con una pupila como la del médico que más allá del órgano busca el organismo, que relaciona causas y síntomas podremos descubrir y establecer la terapéutica eficaz para esta dolencia nacional que nuestra ceguera y desidia abandonó tan prolongadamente. Toda solución técnica, toda reforma que se haga en la Educación o en la economía, debe orientarse hacia un predominante fin nacional. No educamos solo con un propósito individualista; educamos para que la nación utilice y recobre en energía humana, en inteligencia creadora, en esfuerzo técnico, lo que ella gastó y diseminó en su empresa educativa. No nos

interesa, por ejemplo, la Cultura que sirve tan solo como el aditamento decorativo de una clase “snob”; la Cultura para conversar en el club o para tomar el té, a la manera londinense, entre mujeres exquisitas; la única Cultura egocéntrica, narcisista, inútil y culpable a que aspiró durante mucho tiempo una sociedad decadente y ociosa. No queremos tampoco un país poblado de solitarios inmensos en la contemplación de su “yo”; Hamlets pálidos que se pasean y divagan entre su inventado paisaje de sombras. Estamos en trance y necesidad de hacer una nación, es decir, de darle un destino y una aspiración común a estos dispersos hombres que desde el Orinoco hasta Los Andes tratan de humanizar su inmenso y agobiante paisaje; navegan en las curiaras, lacean toros, cazan caimanes, trepan con sus recuas de mulas y sus puntas de ganado hasta los altos contrafuertes de la Cordillera. Sienten el calor de Calabozo y el frío polar de Mucuchíes. En una Educación nacional, el oficio y la actividad del hombre venezolano, el territorio y el clima, el dominio y comprensión de las cosas circundantes tienen tanta o mayor importancia que aquellas listas de reyes, de lagos, de golfos, provincias o figuras retóricas que memorizábamos en los bancos de nuestras escuelas secundarias, creyendo que adquiriríamos Cultura. A la falsa pretensión universalista de nuestra enseñanza, el programa catálogo, debemos reemplazarla por otra sentida como actividad y creación. No son hombres de memoria amoblada, de esos que nos recitaban los fastos de la Historia Universal en pomposos discursos —en aquella época en que el discurso altisonante era casi la única manifestación del intelecto nacional—; no son retóricos que sacuden los vanos bejucos de su palabrería los que han de ayudarnos y guiarnos en la gran exploración y organización de nuestra decaída nacionalidad. Requerimos las inteligencias lúcidas que reaccionen ante su tiempo y lo comprendan; que sepan mirar sin prejuicio cada circunstancia original, que tengan esa doble actitud para la creación y para la lucha en que se ejemplariza y hace magnífica la profesión de hombre. Lo peor que

podría ocurrirle a Venezuela es que al amparo de un presupuesto pródigo como el que la riqueza petrolera vuelca sobre el Estado nos trocásemos en un país de burócratas y parásitos; en una inmensa oficina de pensiones que comenzando en el Distrito Federal, se ramificase por todo el territorio, de hombres que escriben sobre papel oficial y cobran el día quince, mientras que la minería, los cultivos, la dirección de las empresas económicas, la aventura viril de conocer, dominar y aprovechar nuestra tierra va gravitando por inercia hacia el técnico o el industrial extranjero que trae más voluntad, destreza y codicia. Ya advertimos cómo no es posible el sueño romántico de vivir aislados del mundo tras de nuestros cordones de cerros, en sociedades patriarcales que practican una simple Economía natural, en la modorra de una existencia que puede parecer dulce y despreocupada. La tormentosa voluntad de la Historia, el empuje que ahora hace marchar y sacudir los pueblos a pesar de sí mismos, no consiente esas Arcadias poéticas y baldías. Si sobreviene —como es muy posible— una guerra mundial imperialista, necesitamos estar poblados y equipados. Necesitamos de generaciones enérgicas que no se queden escuchando los bellos cuentos y cantos del pasado porque tenían los ojos, las orejas y la conciencia en la previsión de lo que puede venir.

Una Nación se hace con dos cosas: con un pueblo y con un comando. Pueblo no es la multitud inorgánica, dispersa y deprimida en su miseria física y moral, en su primitividad sin anhelo y sin Historia que mantuvimos en Sur América como inocuo o humillado rebaño. Un pueblo atrasado acaso sirva —como en más de un país de nuestro continente— para que sobre él germinen y se mantengan, parasitariamente, las oligarquías ociosas o los caciquismos feudales. Pero la grandeza y vitalidad de una nación estriba en la capacidad y productividad de su pueblo que nuestro tiempo tan concreto quiere ceñir y fijar en cuadros estadísticos: natalidad, producción, consumo. Cuando comparativamente medimos el valor y significado potencial de cualquier otro país suramericano con el de la Re-

pública Argentina, el pueblo argentino es, de acuerdo con la Estadística, el que consume más alimentos y vestidos y el que compra más periódicos y libros, lo que explica su primacía. Industria y Cultura se convierten también, así, en capacidad y adiestramiento del pueblo. En la lógica de la Historia que no admite sentimentalismo, sino realidades, Argentina, por ello, porque tiene un pueblo que consume en gran cantidad carne, cereales y libros, afirma una potencia incomparable frente a un país como Bolivia donde el indio del altiplano suele apaciguar el hambre con una hoja de coca, y rara vez sabe escribir su nombre en las actas electorales. Es el pueblo y no las oligarquías que acaso puedan ser más refinadas en Bolivia que en Argentina, lo que señala el índice de potencia nacional. Aún más: países decadentes o atrasados suelen tener oligarquías refinadísimas. La Rusia del siglo XIX, hundida en su inmensidad geográfica, en la primitividad de sus masas campesinas, en su medievo agrario y su atraso técnico, ofrecía por contraste, una de las más pálidas aristocracias de Europa. En la Italia disgregada y decadente del siglo pasado que nos describieran Stendhal y Taine, en ese país al que la vejez y la gloria muerta habían convertido en museo o escenario de ópera, las llamadas clases “cultas” conservaban un magnífico estilo de vida que no se compadecía con la miseria popular.

Pero junto con la idea y la necesidad de “pueblo”, es decir de unidad y conciencia colectiva, una Nación requiere comando. La idea de “comando” indica coherencia, claridad, decisión. Que las aspiraciones y urgencias que vienen de las más entrañables raíces del pueblo se coordinen y unifiquen como en la copa del árbol se corona el esfuerzo de la savia germinal. Que haya voluntades capaces de imprimir a la Nación un derrotero y destino, no dejándose llevar por los hechos y navegando en el azar, sino preparando y dirigiendo.

Formar pueblo, es decir integrar nuestra comunidad nacional en un nuevo esfuerzo creador; trocar la confusa multitud en unidad consciente;

vencer la enorme distancia no solo de leguas geográficas, sino de kilómetros morales que nos separan a los venezolanos, y adiestrar “comandos”, es decir hombres que comprendan su tiempo, que se entrenen para la reforma con que debemos atacar nuestro atraso; que tengan voluntad y coordinen sus esfuerzos, son las tareas educativas más presurosas que reclama nuestro país. Junto a la transformación pedagógica, a la necesidad de humanizar y difundir las escuelas y preparar maestros, —maestros para Venezuela, es decir qué deben conocer y actuar en un medio y un ambiente precisamente determinado— la idea filosófica que nos conduzca a alguna parte; que imponga a esta acumulación informe y contradictoria de materias y propósitos que hemos llamado nuestra Cultura, un sistema y un espíritu ordenador. No se trata tan solo de cambiar reglamentos, leyes y planes de estudios; de adoptar los métodos de Decroly o de Kerchesteiner, de utilizar los “test” o las estadísticas norteamericanas a que circunscriben el problema algunos pedagogos simplistas, sino de movilizar espiritualmente la nación; de darle —porque vivió mucho tiempo una vida ciega, violenta y rudimentaria— la conciencia de su destino y la fe en lo que puede ser y hacer. (En el fondo de toda cuestión venezolana más allá de la técnica y de la reforma administrativa, hay una aspiración espiritual y moral que no suelen ver los especialistas, pero que deben ver los políticos; la aspiración de un pueblo que desea recobrase y reiniciar su vida histórica, ascender en capacidad y potencia. Y semejante ambición y anhelo debe prevalecer sobre la querrela aldeana y la politiquería pequeña, en los venezolanos de hoy). Es preciso hablar a los que tienen fe.

Auditorio de juventud¹⁴

Cierta vez en una conversación se me preguntó qué era lo que yo creía más necesario de modificar en Venezuela para adaptarnos a las halagadores esperanzas que brotaron en nuestro país, después de la muerte de nuestro último y más empedernido Dictador. Mucho más que para hacer una frase contesté que lo que primero necesitábamos cambiar era nuestra alma; concretamente aquella alma con que los venezolanos se oxidaron, renunciaron y prolongadamente se desengañaron, en el bochornoso sopor de la tiranía. Habrá que dejar morir muchas almas viejas e intransformables, de esas que la Teología católica llama con suma propiedad impenitentes, para que surja esta nueva psiquis nacional más optimista y dinámica, capaz de imponerle otro destino a nuestra Historia. Los que siquiera ojearon alguna vez un modesto volumen de Psicología colectiva saben que el alma de los pueblos aunque influida por imponderables factores técnicos o telúricos, no es precisamente una constante, y que su posibilidad de modificación, de actuar con nuevos estímulos para producir nuevas reacciones, es lo que diferencia el mundo del espíritu del más inexorable mundo de la naturaleza. El violento reactivo de las circunstancias históricas impone al individuo o a los

[14]_ (Versión taquigráfica de una charla a estudiantes universitarios. 1941).

pueblos, maneras de proceder o de defenderse aparentemente insospechadas. En un régimen de tiranía como el que gravitó sobre nosotros durante tan angustioso tiempo, los espontáneos tienen que trocarse en reservados; los impulsivos en calculadores, los audaces en cautos, y de este modo el ambiente puede modificar lo más íntimo y originario de nuestro carácter. Las tiranías como las guerras destruyen, así, las reservas vitales de los pueblos; diríase que sacrifican a los mejores ya que son precisamente ellos, los que se atreven a alzar su gesto o su palabra disonante sobre la fofa conformidad del montón. Por eso la primordial reforma venezolana la sentía como una reforma anímica, que pudiese devolver al hombre de nuestro país su frustrada esperanza.

“Oh, los venezolanos, tan individualistas, tan inteligentes y tan desengañados”, me decía un hábil observador forastero, resumiendo con honradez las contradictorias impresiones que había recogido de una temporada entre las gentes de Caracas. Se dieron aquí en el pasado individualidades de gran ímpetu; hombres de extraordinaria dimensión humana que parecían aislados como grandes rocas eruptivas en medio del grupo social. Las tiranías que entre nosotros sucedieron al ciclo de las individualidades heroicas, destruyeron, sin embargo, toda coherencia colectiva. Cada individuo como un topo agazapado, se labró su solitaria cueva donde ponerse al abrigo de la tormenta. Y esos animales de copiosa y estratificada caparazón, la tortuga que conduce su propia cárcel o el cachicamo que arrastra como para una fuga su propia silla de montar, semejaron en algunos momentos los emblemas totémicos del alma venezolana. En un tiempo lejano y magnífico fue nuestro símbolo el caballo del Escudo, el que paseó su ansia de aventura y espacio libre por casi toda la América del Sur, pero replegándonos, reduciéndonos, desengañándonos al través de los fracasos de nuestra Historia contemporánea, dejamos de venerar el corcel heroico, para adormecernos frente a otros signos más mediocres, opacados y domésticos.

Sucedían, así, a las virtudes creadoras, las virtudes negativas, las que ya no lanzan su ardiente combate contra las cosas porque prefieren el más inocuo nirvana. Después de haber sido una conciencia y una voluntad directiva en la Historia de la América del Sur, especialmente en aquellos años que van del 1810 al 1830 donde todo lo que aconteció en nuestro continente meridional tuvo con Bolívar, con Sucre o con civilizadores como Bello un signo venezolano, nosotros nos habíamos replegado y retrocedido en el más oscuro provincialismo. Todavía ese peso muerto de timidez y de prejuicio, esa falta de decisión para penetrar valerosamente en la vida moderna, el don de mimetismo y disimulo erigido en táctica vital, señalan en la Venezuela de hoy un saldo por liquidar, la vieja alma abatida y derrotada, sin cuya superación no es posible imprimir en la vida del país el destino que él nos está reclamando. Venezuela quiere ser y puede ser un país técnica y humanamente más vigoroso que la despoblada y hermética provincia que devolvió a los venezolanos en 1935, la Dictadura de Juan Vicente Gómez. Luchar por lograrlo es la consigna más patética que yo asigno a la juventud del país. Es en estos tiempos de tan oscura zozobra mundial nuestra segunda y más necesaria afirmación de independencia.

Reduciendo el problema a tres palabras que tengan la convicción y la densidad de tres consignas, diría que ese camino, esa labor que está llamando a las generaciones que no quieran perderse y anhelan resaltar su nombre en el porvenir, es un triple camino de Cultura, de Organización, de Entusiasmo.

Cultura

Con el problema de nuestra juventud se enlaza estrechamente el que yo llamaría de una política de la Cultura. Como todas las demás cosas —y aun más que el progreso técnico que de cualquier modo iba pene-

trando en el país en las cintas de cemento de las carreteras o en las torres de acero del petróleo— nuestra vida espiritual se estancó en la gran decadencia de los estudios que caracterizara a la época gomecista, en el poco vuelo y la ninguna audacia del pensamiento nacional que con muy contadas excepciones, no quería comprometerse peligrosamente. Lo que se pudieran llamar las necesidades culturales de la tiranía se cubrían ampliamente con las anuales promociones de una Universidad adormecida en el más mecánico profesionalismo. Ante la incuria cultural de tanto años, los venezolanos han tenido que ponerse a improvisar una serie de estudios y disciplinas intelectuales cuya ausencia se hizo presente en el momento en que quisimos crear servicios públicos más amplios y modernos que los que utilizara la tosca burocracia de antaño. Hablamos por ejemplo, de inmigración y colonización, de reiniciar la conquista geográfica de nuestro inmenso territorio e inquirimos por los geógrafos venezolanos capaces de animar tan arriesgada empresa. Hablamos de los políticos que puedan orientarnos en la transformación de nuestro país, y no abundaban los hombres públicos de amplia visión de conjunto, capaces de una actitud original para descubrir los problemas y resolverlos. Era frecuente, así, una niveladora mediocridad, un cauto y medroso provincialismo para animar la valiente empresa de nuestra reforma nacional. Se había plasmado en aquellos años de silencio —y corresponde a las nuevas generaciones superar tan burdo concepto— un arquetipo de político venezolano, reservado y zamarro; de político que no opina, que se repliega en su falsa gravedad, en el más neutro impersonalismo. Eran “ancianos desde niños”; aprendieron demasiado pronto las virtudes negativas del viejo y su pobre ideal humano no los conducía más allá del rápido enriquecimiento, de acaparar dinero e inmuebles y poner entre el país y ellos el ferrado muro de cristal de sus lujosos coches. Cuando perdían la posición que alcanzaron, sin hacer nada por merecerla, en esta subversión de valores que caracterizó durante

tanto tiempo a la vida venezolana, uno los observaba en su más medrosa y desnuda insignificancia, tal como se vería Adán en aquella terrible mañana en que Jehová le quitó el usufructo del Paraíso. Fueron tan excesivamente prudentes, se mimetizaron de tal modo, cultivaron como un mérito su insipidez y su falta de audacia, que cuando se desvistieron del falso ornamento que les ofreció la caprichosa suerte, ni siquiera conservaron para el instante de la derrota la sombra de una personalidad. En otros países más organizados el político caído en las azarosas vueltas de trompo de la acción pública, dispone de algún sitio donde cobijarse; tiene su partido o su periódico, dispone de una opinión a la que siempre le interesa oírlo, posee cuando menos una pluma o una palabra clara para seguir demostrando que existe. Aquí caía en la anonimidad; frecuente creación de la nada tornaba a ella a rumiar, si acaso, su melancolía doméstica. Su fracaso era apenas un problema que interesaba a la señora o a los deudos más próximos pero que no lograba conmover a un país justamente desengañado e indiferente. ¿Qué hicieron ellos para ganárselo; qué estímulo sembraron, qué idea les abrasaba el espíritu? Se lamentaban con menos justicia que Luzbel, porque eran Luzbeles sumisos, de haber perdido su efímero momento de gracia.

Erguir un ideal humano más responsable y creador que el de la chata mediocridad que se petrificó tantos años en nuestra existencia colectiva, me parece un deber de la juventud; y uno de los caminos que conducen a esa obligación impretermitible, es precisamente la cultura. Una Cultura viva que oponer a la Cultura muerta, puramente memorística, completamente lejana de las apetencias y los clamores del tiempo presente que fue la que durante tantos años se nos dio en nuestros establecimientos de enseñanza como un débil sustituto. Nuestra condición cultural era apenas la de una distante colonia de las ideas europeas que nos llegaban bastante marchitadas por el viaje. Se puede hacer una crítica de nuestra enseñanza universitaria, diciendo que ella consiste en el

más tosco proceso simplificador. El catedrático suele hacer un resumen de algún libro europeo, lo trasmite a sus alumnos que a su vez lo resumen más, y de este modo la fórmula de nuestra actividad cultural es lo que yo llamaría con las viejas palabras platónicas el “resumen del resumen”, la “copia de la copia”. Muy pocas veces se pone al joven venezolano frente a una realidad nueva para que la analice y la trate; muy pocas veces se anima una investigación verdaderamente original. La rutina que pesa tanto en numerosas actividades venezolanas, aun en aquellas que por su índole debían ser más audaces, proviene de esta deficiencia de nuestro sistema cultural. No se preparan los hombres para afrontarse a nuevas circunstancias o nuevas necesidades históricas; no están acostumbrados a pensar por sí mismos y se amparan por eso —tímidamente— en el “precedente”. Un verbalismo vano, una retórica convencional y llena de prejuicios se interpone como vegetación proliferante entre nosotros y la realidad. No en balde la poesía de álbum o los malos discursos, hiperbólicos y campanudos con que se ofendió la persona del Libertador que fue hombre de acendrado gusto literario, constituyeron durante largo tiempo una de las actividades más constantes de cierta invasora subliteratura nacional. Cuando surge un problema efectivamente serio e inaplazable, hay que llamar —como ha pasado en los últimos años— un perito extranjero, porque nuestra Universidad no había formado los hombres que resolvieran aquellas cuestiones que no podrían afrontarse con el antiguo recurso burocrático del “precedente”. Estamos, por eso, los venezolanos urgidos de una política cultural que nos enseñe qué somos; que más allá de la Historia heroica con resonante fanfarria de adjetivos, nos descubra nuestra verdadera Historia social; que defina los recursos un tanto legendarios —porque poseemos sobre ellos más fábulas que documentos— que guarda nuestro suelo; que deje a nuestra gente un destino espiritual más alto y entusiasta que el de esta vida provinciana,

incolora, y pacata en que muchas generaciones venezolanas acendrarón la materia estéril de su imposibilidad y su amargura.

Porque somos un país de tan rala y dispersa población, esa política de la Cultura debe procurar que las energías del joven venezolano no se malogren ni dilapiden en ese doble desastre integrado por nuestra desorientación mental, por la crónica deficiencia de nuestros sistemas de enseñanza —que solo desde hace un lustro han comenzado a mejorarse— y por la incuria física, por el prolongado suicidio biológico a que estuvo tanto tiempo condenada la raza venezolana. Cuando en cierta ocasión, en un grupo de intelectuales, se hablaba de la ineludible reforma de nuestras Universidades y cada uno de los opinantes ofrecía diversas recetas técnicas para mejorarlas, me atreví a decir que en mi concepto, nada se lograba creando en el viejo organismo universitario nuevas cátedras y nuevas disciplinas científicas, si previamente no se formaba el ambiente, el “habitat” (para emplear una palabra grata a los geógrafos), donde esos estudios pueden prosperar. Tanto como la calidad de la enseñanza, es para mí un problema cultural, el ambiente en que el joven venezolano se adiestra para su combate con la vida. Si hay algo de edificante y recomendable en las Universidades anglosajonas, es que a diferencia de las nuestras para quienes el estudiante es apenas un mecánico memorizador de textos, ellas se interesan por sus alumnos en un amplio sentido de integración humana. Saben crear un ambiente de protección, de cooperación, de alegría, de salud física y moral a la que no solo importa el estudio especializado, sino la más alta y difícil profesión de hombre. Compárese, por contraste, el ambiente sórdido en que suelen vivir la mayoría de nuestros estudiantes; la barata casa de pensión que los explota, la falta de estímulo cultural, de bibliotecas, de clubs, de instrumentos de trabajo; el angosto medio social, la hosca soledad en que frecuentemente fracasan y se amargan. De ese falso intelectualismo anti-vital de nuestra enseñanza, provienen en mi concepto muchas de

las deficiencias del hombre venezolano como agente del progreso colectivo: su falta de cooperación que no pudo aprender en nuestro anárquico individualismo, en el continuo “sálvese quien pueda” de nuestra incoherencia social; su unilateralidad que me evoca la de cierto político, con título universitario, ahora en venturoso retiro, que me decía en una ocasión que la Música, la Pintura y la Literatura no le parecían actividades de personas serias, y que cuando a causa de sus buenos negocios necesitó hacerse una casa la aderezó —por lo mismo que no le gustaba el Arte— con cursilería ejemplar. Algo de lo áspero que todavía tiene nuestro sistema de convivir; la falta de coordinación de nuestras actividades públicas, la excesiva desconfianza con que nos miramos hasta los más próximos y los que debíamos entendernos, la solapada intriga y la venenosa zancadilla, ese como complejo de desilusión que inhabilita aun a nuestros hombres más capaces, provienen, sin duda, del crónico clima de mediocridad, en que nos oxidamos y renunciamos durante casi medio siglo de retroceso y agonía. Venezolanos más voluntariosos, de más apasionado querer, de mayor fe en sí mismos y en el destino de nuestro pueblo, son por ello los que nos hacen falta.

Organización

Dentro del carácter tan imitado y viejo del Estado venezolano tendrán que ir surgiendo —si es cierto que la nación quiere equiparse para el porvenir y fortalecer su potencial como pueblo— una serie de servicios y formas de organización colectiva que naturalmente no necesitaba ni comprendía, nuestro antiguo empirismo político. ¿Puede sernos ahora indiferente el destino de la juventud, la más válida reserva vital del país, proyectada hacia el tiempo futuro? Preservar y defender su juventud, adiestrarla física y mentalmente, es ya un deber primordial del Estado moderno. La obligación no se cumple con el libre y gratuito acceso a las

escuelas públicas; dijérase que debe abarcar la más amplia defensa de la raza y su preparación biológica y moral para que actúe con eficacia en el progresivo desarrollo del país. Un pueblo sano y eficiente, unificado por un fuerte ideal nacional, que tenga conciencia de su rumbo histórico, será para nosotros una riqueza más valedera que la de nuestro petróleo. La energía nacional es, ante todo, energía humana. Y los que cantan tan hinchadamente la riqueza de nuestra Geografía deben preocuparse con tanta insistencia como la que dedican a las reservas del suelo, a las reservas humanas. Un gran geógrafo moderno, Vidal la Blache, ha dicho que hasta en el mundo de la naturaleza el fenómeno más admirable es el de la obra humana, transformando, luchando o adaptándose a las condiciones telúricas.

Organizar, pues, una juventud que como la venezolana estuvo tanto tiempo anarquizada: defender su salud y su energía física, facilitar, crecientemente su acceso a la cultura, unificarla con el potente impulso moral de un destino común, vencer el desengaño de que padecieron tan ácidamente las últimas generaciones, es por ello, uno de nuestros grandes problemas educativos. Recuerdo al decirlo, cómo desde fines del siglo XIX, se exaltó el dormido espíritu de los pueblos esclavos, sometidos a la extranjera monarquía austríaca, con una institución de tanto ímpetu juvenil como la de los "Sokol". En Praga, allá por 1936, miraba aquellos magníficos desfiles de muchachos sokolianos, legítimos herederos de los jóvenes alegres y heroicos que hacia el año 60 del pasado siglo, se propusieron resucitar una nación, uniendo los fragmentos, las tradiciones y los recuerdos que habían logrado sobrevivir en medio de la humillante dominación extranjera. El Estado austríaco quería que ellos hablaran alemán, pero los muchachos del "Sokol" anhelaban conservar su lengua eslava que fue en la que les dictó su imperecedero mensaje moral, su destino como nación, un Juan Huss o un Comenius. En contacto con el pueblo y los campesinos, hasta en la olvidada danza

y la canción popular impregnada de los más entrañables acentos de su raza, en ya disciplina cívica, en el deseo de servir y servirse mutuamente, aquellos muchachos de 1860 entre los cuales se contaba Tomás Garrigue Masaryk, que cuarenta y tantos años más tarde sería el libertador y primer jefe de la nación checoslovaca, estaban cumpliendo una tarea de incalculable proyección histórica; de un destino de servidumbre elevaban a su pueblo a un destino de libertad. Y porque vi a aquellos muchachos checos pasear por las calles de Praga sus alegres banderas; porque a la gloria de su país ofrecían sus campeonatos olímpicos, porque ante el destino nacional se disolvían los prejuicios de clase y el sentimiento de comunidad los identificaba a todos, yo creo que existe y existirá una nación checa —que a pesar del presente colapso— no logrará destruir la tecnificada barbarie de los nazis. Una institución como la de los Sokol ha creado en el pueblo checo un sentido de perdurabilidad, capaz de abrirse paso a través de todas las pruebas y todos los dolores.

A veces he pensado el profundo valor moral y educativo que tendría para el joven venezolano —tan solitario, tan tempranamente desengañado— una institución, así, que opusiese a nuestro áspero individualismo el ideal y el deber de la comunidad; que alejase a tantos muchachos nuestros de la cantina y del prostíbulo en que a veces gustan de alardear su fuerza viril, que canalizara su entusiasmo, su deseo de actuar, que entre nosotros es pura energía perdida; que asegurase en la empresa de una generación austera y alegre (porque austeridad y alegría no se contraponen), el destino de la continuidad nacional. Y una o dos generaciones forjadas en tan poderoso troquel, lograrían mucho más por la transformación del país que los más copiosos presupuestos.

Los antiguos gobiernos venezolanos le tuvieron miedo a la juventud. “Los estudiantes, lo que hacían los estudiantes” fueron uno de los escasísimos fantasmas que llegaron a turbar la petrificada seguridad de la Dictadura de Gómez. Me parece mucho más peligroso para un Estado

temer a la juventud, es decir condenarla a la amargura y el resentimiento crónico, que tratar de comprenderla y encauzar su fuerza dinámica. Hay ahora un clima propicio para que la juventud destaque su presencia en la marcha del país. Pero como alguna vez lo decía cierto pensador hispano, no basta ser joven para pretender un sitio en el mudo. Como todo don de la vida, la juventud también hay que merecerla. Y solo con la cultura y la organización es que la corriente renovadora que se supone encarnada en la juventud, puede imponerse ante el natural escepticismo de las generaciones viejas.

Hay que desconfiar de aquellos que son “ancianos desde niños”, de los que llegaron a la vida con un conformismo demasiado precoz. La Historia es lucha, choque de fuerzas y necesaria pugna de ideas. Donde eso no reina, donde todos están conformes, apenas prospera la calma letal del pantano.

Entusiasmo

Las virtudes negativas, el mérito del “no hacer”, de “no manifestarse” y del “no opinar” a que tendieron tantas generaciones frustradas, hay que reemplazarlas por las virtudes positivas, por aquella “summa” del hombre que los viejos maestros griegos señalaron como la más alta norma vital, la que niega la vida, sino la dirige y la gobierna como el atleta lanza su disco. Justicia o virtud de relación con los demás, la que señala sin conflicto los límites entre el individuo y la comunidad; Sabiduría o continuo alumbramiento de las cosas como lo enseñaba el método socrático; Valor o deber de destacarse, de afirmar la personalidad en el irrenunciable combate de la vida, y por último, armoniosa Sofrosine que equilibra inteligencia y sensibilidad, eran para el griego antiguo los signos del hombre completo, aquél que puede acercarse a los arquetipos eternos. Es decir, la esencia de toda gran conducta humana no consiste en renunciar, en cerrar los ojos ante el torrente de las cosas, sino en

conducirlas y en dominarlas. Todavía como un último precipitado del crónico desengaño venezolano, se escucha, por ahí, en más de un círculo medroso y doméstico, aquel consejo nirvánico de que “no hay que meterse”. Meterse dentro del país, en la más encendida entraña de sus necesidades y de sus problemas, es y tiene que ser una obligación irrenunciable de la juventud venezolana. Habría que rehacer en Venezuela aquel gran ensayo político que conoció nuestra gran generación de 1810 y que casi olvidamos desde el tiempo de Bolívar. Cuando se averigua qué era lo que tenía, qué representaba aquel audacísimo joven de veintitantos años que un día de 1811 —y mientras los legisladores de grandes pelucas discutían sus teorías jurídicas— irrumpe en la barra del Congreso a decidir en un discurso cortante, puro aliento, puro fuego, la suerte de nuestra Independencia, respondemos que contra el lento razonar de los abogados, Bolívar poseía la gran política del entusiasmo. No era el momento de acomodarse a las leyes viejas, sino de crear el ambiente para crear las leyes nuevas. Él no se resignaba a ser un testigo, porque quería ser un creador de Historia. Ya que sufrimos tanto tiempo de la política de la desilusión y del desengaño, ya que gentes demasiado prudentes y desconfiadas hasta de su propia sombra, nos retrotrajeron de la gran Historia a la mezquina historia de la aldea, habría que despertar otra vez esa política del entusiasmo; revivir en el hombre venezolano su preterida fe.

Corresponde, pues, a los jóvenes, combatir por ese otro estilo de convivencia; la que acerca a los hombres por la cultura, la solidaridad, la cooperación; la que cohesiona para el común destino nacional los grupos inorgánicos y recelosos; la que reemplaza por un trato moral más alto la hosca guazábara en que nos anarquizamos y nos auto defendimos en los días de nuestro desamparo y nuestra disgregación; la que moviliza la irradiante virtud del entusiasmo. Bastaría la fervorosa tarea de una generación para transformarnos.

Un joven arquetipo¹⁵

No he tenido tiempo para dar a mis palabras el elaborado ordenamiento de una conferencia. En el avión que me traía a San Cristóbal saqué punta a mi lápiz para anotar algunas cosas de las que quería decirles, y mi deseo de escribir en medio del ruido de los motores y la nerviosidad que produce todo vuelo a quienes no nos hemos desasido de nuestro originario elemento terrestre, se contrastaba con el deseo de ver la naturaleza, el enorme lienzo de llano, de bosques y de ríos que se enfocaba desde nuestro observatorio en las nubes. Mirar la naturaleza venezolana; sentirla en su inmensidad, en su potencialidad cargada de futuro, era para mí una manera de homenaje a la memoria de Alberto Adriani. Él tenía —como uno de los signos más constantes de su rico temperamento— aquel instinto geográfico de sus ancestrales marinos ligures, los que navegan y visitan tierras desde la más remota antigüedad europea; los que llegaron a la legendaria corte del gran Kan, los que en los comienzos de la época moderna levantaron los mapas de los nuevos orbes descubiertos y orientaron la ciencia renacentista al más cabal dominio de la naturaleza. Cuando Adriani viajaba por la súper

[15]_ {Conferencia en el Salón de Lectura de San Cristóbal con motivo de un homenaje a la memoria de Alberto Adriani. 1942}.

desarrollada Europa o por Estados Unidos, el apasionante problema de humanizar y tecnificar nuestro ámbito geográfico, de hacerlo franqueable al tráfico de los hombres, de sacarlo de su mundo mágico al mundo de la civilización y de la técnica, era un motivo permanente de todas sus reflexiones. Y todo lo que veía —la electrificación en el valle del Po, los maravillosos cultivos de la campiña francesa, los canales de Holanda o las claras granjas de Dinamarca— actuaban en su visión como un estímulo a la tarea civilizadora que desde hace tanto tiempo aguarda a nuestra gente criolla. Domesticar el trópico era uno de los problemas que siempre se planteó su espíritu estudioso; y varios libros que narraban la aventura del hombre blanco en las tierras calientes de Asia y de África se encontraron sobre su mesa de noche, con la huella fresca de sus manos, anotadas por un lápiz reciente, aquel sorpresivo día fatal en que se nos fue.

Por primera vez —después de tantos años de inercia y de oprobio— Venezuela comenzaba a reconocerse en un estudiante joven, salido de las más modernas promociones intelectuales del mundo, hombre de acción y hombre de estudio, cuyo ímpetu lírico, cuyo despierto fuego juvenil sabía apoyarse en su enorme capacidad de análisis, en la documentación y la precisión de quien está acostumbrado a manejar cifras, a interpretar diagramas, a clasificar y ordenar hechos. “Sería un hombre de lujo en cualquier sitio del mundo; se parece al joven Pitt, el primer gran creador de la Inglaterra moderna; se parece a Cavour y a Sarmiento —me decía de él un intelectual extranjero, huésped entonces de Caracas—. Y agregaba: es uno de esos hombres que en la vieja pero flexible Inglaterra, al salir de Oxford, comienzan por su talento y la fuerza incontrarrestable de su personalidad, la carrera de Primer Ministro. Y después de conocer a quienes durante tanto tiempo se han llamado políticos en Venezuela, ¡qué estimulante y energética resultaba la presencia de este hombre joven, de esta mentalidad documentada

y despierta para quien ningún gran problema de la cultura moderna parecía extraño! Que si conoce muy bien el más pequeño detalle local de la Agricultura en los Andes, conoce asimismo cómo se desarrollaron las últimas elecciones inglesas y cuáles son los últimos y más famosos libros que se editaron en París, en Londres y en New York. Había un momento verdaderamente conmovedor en la jornada cordiana de aquel Alberto Adriani, Ministro, y era cuando al salir —generalmente muy tarde, de su Despacho— llevaba consigo su legajo de revistas europeas o norteamericanas acabadas de recibir, los libros que le remitían sus librerías parisienses o neoyorquinas, y con verdadero regocijo de estudiante se encerraba en su habitación del Hotel Majestic (lejos de los Clubs o de las fiestas a que concurren otros hombres públicos) a madurarlos o a pensarlos. Allí le encontraba frecuentemente, y conversar con él en esos momentos, era como cumplir un viaje retrospectivo a través de los paisajes, las gentes, los problemas más diversos. Desde el tiempo magnífico de un Santos Michelena o un Fermín Toro, en el alba de la República, no se había sentado en el sillón del Ministro de Hacienda de Venezuela, un hombre de mirada más universal y de pasión patriótica más vigilante. Nos devolvía por su cultura, por su austera mística del Estado, por el permanente ímpetu de hacer, nuestro olvidado orgullo venezolano. Con hombres de su talla era posible una patria.

En las páginas biográficas que escribí en prosa desgarrada, a alta tensión, cuando la tragedia de su muerte temprana me dejó atónito, quise contar la huella, el magnetismo que imprimió en mí su personalidad extraordinaria. Todos se dolían del Ministro, del grande hombre de Estado desaparecido, pero yo necesitaba decir también cómo fue el amigo; qué intrínseca superioridad, qué materia moral de tan elevado estilo, le conocí y admiré, desde los lejanos días infantiles. Era —sin que fuese preciso recalcarlo— el primer venezolano de su generación, y un halo imponderable de firmeza interior, de pensamiento preciso, de energía

sana, imponía y elevaba su presencia en cualquier sitio en que apareciese. Hasta pudiera contar ciertas anécdotas de adolescentes cuando el corro de muchachos que en las aulas de Mérida se trasmitían en lenguaje descomedido sus primeras experiencias de hombres y cierto falso alarde de virilidad los inclinaba al cuento pornográfico o la jactancia sucia, sabían enmudecer, moderar su idioma, cuando llegaba Alberto Adriani. No precisamente porque nuestro amigo practicase ningún género de virtud mojigata, sino porque imperaba en él tan depurada nobleza, tan alto destino de cosas serias, que su sola presencia asumía la eficacia de la más austera norma.

El amor, por ejemplo, a las tres o cuatro mujeres que aparecieron por su vida, es a veces —muy curiosamente— y mezclándose a las noticias de sus estudios, a las reflexiones de sus viajes, un tema confidencial de algunas de sus cartas. Pero no es de ningún modo, el Amor sentido a la habitual manera criolla del que colecciona aventuras, o del romántico desalado a quien no deja pensar el fuego que lo consume, sino el de quien sabe recibirlo no solo con los sentidos sino también con la inteligencia, con aquel “*inletto d’amore*” que según el concepto del Dante solo se otorga a los espíritus perfectos, a quienes alcanzaron según la definición dantesca la elaborada y difícil virtud que él denominaba “*gentileza*”.

Amor e cuor gentil

sonno una cosa.

Decía el viejo poeta gibelino.

Hasta el presentimiento de su muerte temprana, de la necesidad de hacer, y de hacer pronto, que varias veces aparece como nervioso leit-motiv de sus cartas, asignó el destino de Adriani de aquella inquietud y desazón heroica que no conocerán nunca los resignados o los oportunistas. “Todo el mal de mi vida —escribió en una carta a Manuel

Atocha— lo constituye el tiempo que vuela y que envejece, y el temor de que esta vida se prolongue, y al prolongarse me vuelva filisteo”.

Por ello su muerte constituye y constituirá durante mucho tiempo, un duelo permanente de la juventud venezolana, un reclamo patético de la acción que debe cumplirse, un mensaje de futuro que nos habla y nos hablará con su idioma caliente, rico de ímpetu y de verdades.

Porque ya dije en otras páginas algo de lo mucho que contenía e irradiaba su persona excepcional, no quisiera detenerme esta noche sino en ciertos valores que en él se encarnaban y que siguen actuando como arquetipos, como modelos ideales, para este anhelo de transformación y de cultura que sienten trágicamente y como una consigna ineludible, algunos venezolanos que están despiertos.

Una mentalidad moderna

Después de tantos años de improvisación, de impericia y de apolillada rutina venezolana, actuaba en el joven Ministro de 1936 una mentalidad moderna. Su tarea en Europa y en Estados Unidos entre 1920 y 1929, fue como me lo decía gráficamente en una de sus cartas, sustituir aquellos viejos librotos y aquellas fórmulas de grasosa retórica de que estaba llena nuestra enseñanza oficial en los achatados días de la Dictadura, por un mundo objetivo y concreto, en que pudieran palpase las realidades de la vida moderna. Esta no entraba y apenas comienza a entrar, en el formulario recinto de nuestras Universidades, que se llaman Ilustres. Una política de estilo nuevo, en Venezuela, cónsona con el reclamo de la época, tropezaba con el inconveniente de que el país carecía de los geógrafos, los economistas, los expertos sociales que pudieran actuar sobre nuestros problemas con algo más que con la consuetudinaria argucia abogadil, o con el fraseo retórico en que se había estancado la inteligencia venezolana. Faltaban también —a causa del

mecánico profesionalismo imperante en nuestra organización universitaria— aquellos hombres de mirada universal, de cultura política en el más amplio sentido, que puedan abarcar los problemas en su íntima conexión, y para quienes la tarea por hacerse, rebase de la intriga de la semana a la urgencia de preparar el porvenir. A una cultura de palabras y de fórmulas como había sido la nuestra, era necesario reemplazarla por otra que contuviera hechos y cosas. El culto de nuestro pasado heroico que entendido bien, sentido como fuerza dinámica, conjugado en tiempo presente, pudiera actuar como un gran estímulo educativo en los venezolanos, se había momificado en la fraseología y la vanagloria. Venezuela era un país que miraba hacia atrás mientras le iban cayendo las ruinas de su existencia presente. Parecía mantener —cuando otros pueblos se lanzaban con audacia a las nuevas creaciones de la Economía y de la Técnica— su lamentable vocación de pueblo sepulturero. Y como animado de un fuego insaciable el estudiante Alberto Adriani, en Ginebra, en Londres y en París, quiere adiestrarse para la tarea reformadora. Al pobre latín que como una caricatura mendicante de Humanismo clásico siguen ofreciendo a pequeñas dosis, los Liceos de Venezuela, comenzó por reemplazarlo por tres o cuatro idiomas modernos bien hablados y bien leídos que fueran como tres o cuatro almas nuevas que comiencen a dialogar dentro de uno. Y la Economía, la Estadística, la Geografía Económica y Humana, la Biología aplicada a los hechos sociales, la Historia, la Filosofía, —porque es necesario tener una concepción del Universo, no moverse entre las cosas como si uno fuera sonámbulo— colman sus semestres de estudio. No quiere ser uno de aquellos pequeños tontos graves que se dan en nuestros países, los que se aíslan en su pequeña isleta de pequeña especialización y no tienen ojos para nada más, y un día me escribe que se ha ido a pasar unas vacaciones en Florencia “porque quiere educar sus ojos y sus oídos”. Advierte entonces que en nuestra educación venezolana se educaba la memoria para

recitar las cosas muertas, pero no los sentidos para captar las cosas vivas. Él sabía —y ya se prevenía desde sus tiempos de estudiante— que esa reforma de Venezuela tiene que luchar contra el espíritu curialesco, contra los falsos doctores de la ley que oponen a la vida, a las urgencias de la época, a los reclamos de las multitudes, sus fórmulas y sus rutinas litúrgicas. Que cuando aparece un hecho social nuevo se asustan de que no esté previsto en la legislación existente, y que quisieran detener el irrefrenable avance de la Historia con las mañas de su jurisprudencia. Por eso él clama tanto contra la mentalidad abogadil, contra los que todavía no comprenden que sobre el viejo derecho individualista nuestra época está edificando un clamoroso Derecho Social, y que los problemas del Estado Moderno desbordan ya las angostas limitaciones de los viejos códigos para exigir un planteamiento y una solución más especializadamente técnica. No sustituir una época de Dictadura por otra de Leguleyismo, era una fórmula política que le oí repetir en 1936 cuando los sectores más reaccionarios de Venezuela, los que siempre piensan que todo está muy bien y que nada debe mejorarse, se atrincheraban en la argucia jurídica y querían confundir la Ley con el privilegio. Gobernar con la Ley, pero que esta salga también del campo de las abstracciones, de los escritorios donde se elaboran las teorías jurídicas a pasarse por Venezuela, a comprender que necesita ahora —y no dentro de cien años— el pueblo venezolano. Y cada urgencia actual de nuestro pueblo debe prevalecer sobre la antigua ley que no la previno.

Este espíritu de Adriani que por sobre la fórmula retórica saltaba al hecho descarnado; que más allá del mito y del fantasma tocaba la realidad; la precisión casi estadística en que se expresaba su pensamiento, eran los signos determinantes de su mentalidad moderna. Hay un estilo de Adriani que lo acerca a los tres o cuatro venezolanos que han pensado mejor. Es un estilo que sacrificó el arabesco a la línea precisa; que le dio a cada palabra un valor de límite y de definición, que liberándose

de la proliferación verbal inútil con que muchos escondemos nuestro pensamiento, ofreció en puro fuego la esencia de su mensaje. Él no tenía tiempo para aquel trabajo de mosaicistas que algunas veces entre nosotros se confundió con la literatura. Le dolía Venezuela, sabía cómo actuar sobre la patria doliente, y disparaba sus palabras como la saeta voladora que pega y queda vibrando.

Nacionalismo universalista

Con la modernidad de Adriani cabe también, relacionar lo que yo llamaría su nacionalismo universalista. La Dictadura de Gómez que realizó la trágica paradoja de una Economía completamente dependiente de los intereses extranjeros y una vida nacional cerrada a las corrientes culturales y técnicas del mundo moderno, retardó la solución de los problemas venezolanos, iba acumulando un remanente de necesidades públicas porque carecía de la voluntad y hasta de la capacidad para afrontarlas. La política entonces no tenía mayores exigencias intelectuales porque se había ruralizado. Como en el más viejo tiempo del mercantilismo europeo, se confundió la riqueza nacional con el oro aposentado en los bancos y cuya circulación y disfrute estaba reservado a una minoría de beneficiarios, mientras más allá del estrecho círculo de Maracay o de los clubs de Caracas padecía y se debilitaba y estupidizaba, un pueblo “fellah”. La riqueza del Estado frente a la miseria del pueblo fue el contraste más violento, más destructivo y cruel de tal sistema. Actuar sobre Venezuela significaba, por ello, en 1936, traer para la solución de nuestras angustias, del atraso de nuestra Agricultura, de la ineficacia de nuestra Educación, de la miseria física y mental de nuestras masas, los métodos y los instrumentos con que los pueblos más evolucionados que nosotros, asumieron dicho trabajo social. El mundo moderno ya no conoce, tampoco, aquellas ínsulas cerradas, aquellos países

baldíos que a espaldas del ritmo mundial de la civilización, reclaman su derecho al atraso autóctono y pretenden desconocer y negar las grandes corrientes del pensamiento y la Economía que ahora marcan su huella en la vida colectiva, lo mismo en Londres que en Sydney, en New York que en Montevideo. Contra el reclamo de cambio y mejoramiento que en los primeros días de 1936, expresaban angustiosamente varios venezolanos, se irguió entre los círculos más irredimibles, entre las cabezas más obtusas, la cantinela aquella —que todavía se repite en mala prosa reaccionaria— de que Venezuela no está todavía para semejantes reformas; que toda transformación es prematura. Según la tesis de semejantes panurgos toda nueva idea en lo económico y en lo cultural chocaba con lo que ellos denominaban “la realidad venezolana”, cuya misteriosa interpretación ellos mismos se reservaban. A los que pensaban y queríamos poner nuestro pensamiento por encima del chismorreo, los prejuicios o la intriga aldeana, se nos llamaba —cuando menos— “inadaptados” o “extranjerizantes”. Para considerarnos y tomarnos en cuenta, para empezar a ser personas serias cuyos argumentos vale la pena analizar, quería sometérse nos a una especie de áspero noviciado sufriendo el doble embate de la estupidez resentida y del formulismo retórico con que durante tan largo tiempo los venezolanos escondieron su palpitante tragedia. Más de algún pseudo-economista con mentalidad de pulpero atacaba en aquellos días a Adriani, “porque sus ideas económicas no se ajustaban a la realidad de Venezuela” Pero justamente la política de un país —me decía entonces nuestro amigo— debe tender a superar la realidad existente, a sustituirla por otra mejor y más próspera. Si un grande hombre de Estado como Cavour hubiese gobernado resignándose tan sólo a la realidad de su pequeña provincia piamontesa, nunca se hubiera unificado el reino de Italia. Cavour debió buscar afuera las técnicas y los métodos de que carecía su región, traer de Inglaterra los primeros ferrocarriles, luchando contra las gentes románticas que preferían las

diligencias. No conformarse con lo que es, sino preparar lo que “debe ser” es así el secreto de toda política que quiera perdurar, que anhele convertirse en Historia. Si se gobernase solamente en acuerdo con esa realidad venezolana que levantan como un muro contra toda reforma las gentes más inertes, más perezosas, recalcitrantes y viejas del país, tendríamos que conservar como símbolo de una lamentable Venezuela, el paludismo que impera en algunas regiones del Llano o los ranchos de la jungla del Yaracuy o de Barlovento en cuyo fango fresco se revuelcan los hombres y los cochinos.

El nacionalismo de un hombre moderno —continuaba Alberto Adriani— tiene que estar cargado de un sentido universalista, en cuanto los países ya no son esas órbitas cerradas, esos misteriosos Tíbet de otros tiempos menos veloces; en cuanto cada progreso, cada descubrimiento técnico, alcanza hoy una proyección mundial. El problema de adaptar una fórmula y una experiencia extranjera a nuestra realidad social, es asimismo un problema de Cultura —de la más responsable y documentada Cultura— cuya solución no podría esperarse tampoco de gentes ignaras que confunden el tejado de su casa con el centro del mundo.

El verdadero nacionalismo, el único eficaz, el que puede actuar sobre la circunstancia autóctona para mejorarla y modificarla, no es el de quien se queda absorto mirando el río que pasa por su aldea, sino del que acude a la experiencia de otros pueblos, a la lección que dan otras Culturas, para fecundar y enriquecer el ámbito propio. Nacionalismo y universalismo no son términos excluyentes. Y precisamente porque los métodos y las técnicas de la vida moderna se retardaron tanto en llegar hasta nosotros, necesitamos salir a buscarlos, sin ningún prejuicio xenófobo. Solo imitándolas en lo que tienen de mejor, en los instrumentos y las creaciones que les permitieron acelerar su progreso, podremos aspirar nosotros a competir algún día con las grandes naciones; ser sujetos de la Historia Universal. Lo contrario es proceder como cierto peregrino-

no doctor que yo conocí en Mérida, declarado enemigo de los automóviles y de la lengua inglesa, que suponía que al aprender aquel idioma nórdico y al manejar el más modesto Ford, se desvirtuaba nuestra alma nacional. Él se dolía de que nosotros no hablásemos y escribiésemos en castellano antiguo, y se sorprendió cuando volviéndome sobre su argumento, yo le repliqué que también el Español de Alfonso el Sabio parecía cosa importada, y que con mayor validez debería resucitar el ya muerto idioma de los timotes, de los caribes o de los jirajaras.

Bases de una nueva nación

Allá por 1920 —antes de irse a Europa— Alberto Adriani leía y comentaba ante un grupo de estudiantes, aquel pequeño y admirable librito en que Juan Bautista Alberdi, el gran patriota de la República Argentina, señaló en prosa concisa, casi tan clara y tan seca como una fórmula algebraica, lo que requería su país hace ochenta y tantos años en el momento en que se liquidaba una dictadura bárbara y se erguía la esperanza de construir una nación. Nos ha fallado a los venezolanos de la República, tan distintos de la maravillosa generación que realizó la independencia y que cumplió su formidable periplo a través del Continente entero, nos ha faltado —decía Adriani— aquella voluntad para la organización civil y para el pensamiento claro y útil que en la Argentina permitió, por ejemplo, que la hosca estirpe del tirano Rosas no se perpetuase en nuevas tiranías. País sacrificado, país que perdió sus gentes mejores en el tumulto de las guerras civiles y en la lenta oxidación de las dictaduras, el problema de Venezuela —continuaba nuestro amigo— se nos presenta, casi, con el mismo perfil con que advertían el desamparo de su patria, los argentinos de 1850. Acrecentar nuestro capital humano, reponer con inmigrantes activos todos esos millares de venezolanos que no alcanzaron a vivir, es en Venezuela —como en la Argentina de

entonces —la primera fórmula civilizadora. Sin atender a esta urgencia, aunque tengamos uno de los presupuestos más elevados de la América del Sur, el inmenso e hípido desierto que constituyen algunas zonas de nuestro país, dificultará toda obra de civilización, hará nugatorio todo esfuerzo. No es preferible, por ejemplo, para combatir el analfabetismo, pedir a un maestro de escuela que en las soledades del Llano haga cada día una jornada de cuarenta leguas, buscando sus discípulos o que éstos salgan a buscarlo en el íngrimo infinito, a través de las tierras sin hombres. Aquella maravillosa riqueza venezolana que nos entusiasmaba en las descripciones casi líricas de nuestras Geografías infantiles, solo tendrá importancia cuando haya gentes que la exploten, que la cuenten y midan. De lo contrario, una región como Guayana, la de los miles de ríos, la de las cataratas, los pájaros polícromos, las selvas milenarias y los diamantes, pertenece más al mundo del Mito que al de la Historia.

Pero en el pensamiento de Adriani esta nueva actitud hacia Venezuela trascendía del hecho económico al fenómeno moral. No solo a la técnica y a aquella Ciencia social tan precisa que él estudiara en las Universidades de Europa confiaba el designio de reconstruir nuestro país; le parecía una empresa requerida de enorme entusiasmo y vigilante espíritu. Era necesario para ello que nuestro disperso y dividido pueblo venezolano se sensibilizase y unificase en un ideal común. Frente a aquellas juventudes calculadoras o desengañadas que se consumieron en su propia amargura, en el inmenso tedio de una nación inmóvil donde nada se hacía y nada quería hacerse, donde la Historia era solo tiempo pasado, él soñaba con las generaciones despiertas, de cuerpo recio y voluntad irradiante que otra vez se movilizaran —como sus antepasados de la Independencia— en la alegría del ímpetu. Le preocupaba como el primer problema político de nuestro país, el único que conciliaría las viejas y estériles discordias regionales, la disgregación y el catonalismo imperantes en Venezuela desde los días de la guerra federal, le preocupa-

ba descubrir el secreto para suscitar ese entusiasmo, para remover dentro de las cenizas de nuestra historia contemporánea, el fuego creador de esa patria de mañana. Levantar el alma de una nación amodorrada; comprometerla en una gran tarea colectiva, sacudir a los durmientes, aparecía en 1936 y aparece ahora, como la más ineludible consigna.

Siguiendo a Hegel, pero concretizándolo en su robusto espíritu latino, Alberto Adriani amaba en la Historia aquella “edad florida de los pueblos, cuando el espíritu es todavía activo, cuando hay el afán de conservar la patria y de revisar el destino nacional”. Y en el mismo libro de Hegel marcamos cierto día qué es lo que se llama decadencia y conformidad en los hombres y en las naciones, es decir, aquello contra lo cual él reclamaba la austera militancia de la juventud. En los pueblos y en los hombres se observa la Decadencia —agregaba Hegel— “cuando se renuncia a nuevos propósitos, cuando se vive en la satisfacción del fin alcanzado, cuando todo se hace costumbre. La vida pierde entonces su máximo y supremo interés, pues el interés solo existe donde hay lucha y antítesis”. Terminamos la admirable lectura y él me dijo: “Es preferible morir pronto en medio del combate por un ideal que valga la pena, y no alcanzar una vejez inocua y embalsamada”.

Le dejé con sus proyectos, hablando la lengua fuerte y precisa de los grandes realizadores, cierto día de Julio de 1936. Durante las dos semanas de un viaje a Europa, el pensamiento suyo, las últimas palabras y los últimos propósitos que le escuchara, siguieron multiplicando dentro de mí su proyección magnética. ¿Se habrá producido un milagro en Venezuela?, no podía uno sino preguntarse mirando en tal alta función pública a aquel hombre de treinta y siete años, tan distinto por su cultura y por su fuego, de los tradicionales políticos mañosos que antaño sufriera nuestro país. Temía —es claro, y no dejé de decírselo— la sorda conspiración de muchas gentes envidiosas, resentidas e inertes; el peso tremendo de la rutina, la indefinida guazábara de los intrigantes

y de los emboscados. Pasiones atroces, calumnias cargadas de veneno, se levantaban en aquellas semanas contra la genuina buena voluntad de los reformadores. De la antesala de ciertos personajes desplazados o ambiciosos salía cada tarde la hojita anónima, la bien calculada intriga a disparar confusión. En el innominado asalto corríamos el peligro de no identificarnos ni reconocernos. No era concebible, aún, que a tan corto tiempo, de la Dictadura, Venezuela hubiese vuelto a su auténtico nivel moral. Los años de opresión habían roto todas las jerarquías éticas y mentales; quebrantaron todo respeto al hombre, nos familiarizaron con la arbitrariedad y la sorpresa. Pero Adriani nunca entendió la vida como un sendero plácido. “Aquí estoy como el soldado en vela —le escuché decir cierto día—. Soy y seré fiel a mi convicción interior, a la que creo que el país necesita. Estudio los asuntos, cotejo mis juicios con los de los otros, y nunca lanzo una opinión a priori. Si desgraciadamente las fuerzas de inercia y de retroceso lograron prevalecer en Venezuela sobre las fuerzas de creación, si no fuera suficiente mi buena fe y mi empeño de cumplir, retornaré a mi antiguo y nunca olvidado oficio de campesino. Allá en las tierras del alto Escalante hay una casa de teja, unos barbechos sembrados por mí y unos libros que me aguardan. Cada cual cumple con su patria como le resulta posible. Lo importante es que hagamos bien, sin pereza y con fe, las cosas que se nos encomiendan. Venezuela no es una entelequia abstracta; Venezuela resultará bien o mal, según sea el esfuerzo y la conciencia de varios millones de venezolanos. Cuando no se alcanza a perfeccionar la patria, siempre queda la posibilidad de perfeccionarnos a nosotros mismos”.

Una intriga irremediable, la intriga que no puede detenerse, la que llega a tientas y hace olvidar las otras y minúsculas intrigas en que se entretienen y se combaten los hombres, la sorpresiva intriga de la muerte, vino a llevárselo en medio de la cálida promesa de su faena. Pero en su ausencia, por todo lo estimulante y todo lo germinante que había en

su personalidad; por la claridad y la validez de su pensamiento político, por haber sentido como pocos a su Venezuela, sigue siendo uno de los nombres orientadores, es decir, uno de los nombres más vivientes, de nuestro país. A él acudimos siempre, porque señaló los caminos más ejemplares por donde puede marchar nuestra patria de hoy y engrandecerse nuestra patria de mañana.

Caracas (1920)

Podría compararse la Caracas de los años 20 con aquellas ciudades italianas de las novelas de Stendhal que se detuvieron con su tirano sombrío, sus medievales mazmorras y sus bellas y apasionadas mujeres, capaces de inspirar las aventuras de Fabrizio del Dongo en el umbral de la vida moderna. O esta llegaba en el equipaje de un viajero que traía una que otra noticia del tumultuoso mundo, en los planes de un conspirador romántico o el explosivo libro que colmaba de ideas de libertad insatisfecha el espíritu insomne de los adolescentes. Por una parte, la vida era hermosa —porque nos acercábamos a los veinte años y los instintos y los sueños despiertan pronto en la demasiada luz del trópico—; por otra, la muerte también parecía acosarnos en el peligro, la persecución y el holocausto de que fueron víctimas muchos de los venezolanos de entonces.

Enclaustrada —como todo el país— en la censura y el silencio oficial del sistema gomecista, apenas llegaban a Caracas los pálidos o recortados reflejos de la Cultura foránea; llegaban compañías de ópera, opereta y zarzuela, dramas de María Guerrero; tonadilleras españolas, como Paquita Escibano y Resurrección Quijano; toreros, como el Gallo, que se anotaron tardes espléndidas y pávidas “espantadas” en el “Nuevo Circo”,

o poetas recitadores al estilo de Villaespesa, quien logró estrenar en el Municipal un ripioso drama sobre Bolívar en el que centelleaban a veces las más melódicas luciérnagas o lentejuelas poéticas. Además de las escenas de retrasado medioevalismo que acontecían en la Corte del Tirano, en los lóbregos presidios, en el consultorio del famoso brujo Negrín, que por aquellos días —y contra las protestas de la Facultad de Medicina— tuvo fama de gran taumaturgo y sacaba del estómago de sus pacientes culebras de dos cabezas, había otras como la que presencié a las puertas de la Casa Amarilla en los días de la rumbosa visita del príncipe Fernando de Baviera y Borbón, tío del rey de España.

Las fiestas a aquel personaje alcanzaron fausto y prodigalidad inverosímiles. Se instaló su alteza en un caserón de la Plaza de España (donde ahora funciona un comedor popular), y el protocolo, dirigido entonces por el anciano y muy formalista señor Nicolás Veloz Goiticoa, que usaba en toda ceremonia tricornio, uniforme galoneado y espadín diplomático, a más de sus rubios grandes y germánicos mostachos de entorchada voluta, tuvo el singular esmero de rodearle de todas las ceremonias y rituales que exigiría la más quisquillosa corte habsburguesa. Mozos de sociedad le servían de edecanes y hasta le acompañaban —cuando el propio príncipe se aburría de tanto estiramiento— a algunas juergas nocturnas en que su alteza escanciaba ya sin protocolo, y libre de la mirada del señor Veloz, botellas y botellas de brandy sazonadas de alegre y muy libérrima compañía femenina. Tocaba al austero doctor Román Cárdenas, ministro de Hacienda, ordenar el pago de cuanto comió y escanció por cuenta del Gobierno tan blasonado huésped. Por más de una semana, con desfiles militares, discursos, bailes, procesiones cívicas, tés, y *garden parties*, Caracas vivió en el más tropical delirio monárquico. Poetas y oradores chirles cepillaban las consabidas frases de ropavejería histórica sobre Colón, los Reyes Católicos y el Imperio en que no se ocultaba el sol. Como si este príncipe se llamara Cervantes, los

caballeros de la Academia de la Lengua —siempre tan reaccionarios— comparecían con sus sufridas levitas de los días de Crespo y de Castro a ofrecerle sus parabienes. Don Fernando recibía los saludos y venias de la sociedad caraqueña en una especie de salón archiducal, recién vestido de espejos, alfombras, arañas y cortinajes de damasco. Mi curiosidad adolescente me empujó una tarde hacia allá y entre terciopelos carmesíes, lámparas, tapices y consolas veo avanzar con paso de grandes duques las floridas barbas e irreprochable elegancia del doctor Guillermo Tell Villegas Pulido y del general Manuel Antonio Matos. Metido en su uniforme, el emperifoliado personaje real, de congestionado y acaso bien bebido rostro de zanahoria, extendía una mano de autómatas. Fuera del estrado, donde corrían las graves presentaciones y donde el señor Veloz Goiticoa, con su emplumado tricornio bajo el brazo, a guisa de gallina muerta, anunciaba los nombres de los dignatarios: el procurador general de la Nación, el presidente del Consejo de la Orden del Libertador, la Corte Federal y de Casación, el arzobispo de Caracas, había con bellos sombreros de flores y *aigrettes* y volanderas cintas, con perfiles de medalla clásica, chapines diminutamente chinescos y coquetos abanicos (porque en aquel año hubo una resurrección de abanicos) la más florida cosecha de mujeres caraqueñas. Pregunté sus apellidos (era un muchacho provinciano todavía extraviado en Caracas) y me dijeron que se llamaban Altunas y Parras, Toledos y Pulidos, De Las Casas y Salicrup, Tellos, Olavarrías, Jiménez y Jahn, Blancos y Herreras y otros nombres que ya me habían parecido de hadas y diosas en las tricromías de las revistas ilustradas. A mi provincial timidez ellas asemejaban inalcanzables, y estaba lleno, como todos los muchachos de mi generación, de disparados ensueños y fantasías reprimidas.

Pero la escena medieval que iba a contar ocurría a las puertas de la Casa Amarilla después de un baile en honor del monárquico visitante. Los *chefs* del excelente restaurante “El Louvre” y aquellas tradiciona-

les y honradas familias que durante generaciones enteras rellenaron y trufaron pavos y alcanzaron el punto justo y más difícil de los almíbares y las salsas habían enviado sus azafates opíparos, sus montañas de viandas y postres al sarao y banquete del Ministerio de Relaciones Exteriores. Después de una noche espléndida de música, embriaguez y voluptuosidad, salían al amanecer con botellas de *whisky* y *champagne* escondidas en los sobretodos algunos jóvenes aprovechadores y hasta cierta honorabilísima y anciana señora que tenía fama de ser un Atila de los *buffets*. Con esa luz del día siguiente ya comenzaba a amontonarse a las puertas del Ministerio una ávida multitud proletaria a quien los chambelanes del Palacio obsequiaban las sobras. Y como pobres perros hambrientos alargaban sus pedazos de periódico para recibir restos del pernil o revueltas migas de pavo relleno y ensalada de gallina. Es aquella escena, entre todas, la que me fija el dramático sentido feudal de la vida caraqueña de entonces. Porque con igual grosería ¿no lanzarían a su plebe —acumulada junto a las murallas del castillo— los residuos de su derroche los más broncos barones del Medioevo?

El ejemplo es bastante significativo de la escasa conciencia social reinante en la Venezuela de aquellos días. Tampoco nuestra Cultura penetraba más allá de aquellos territorios retóricos —muy al estilo del siglo XIX— y de algo de modernismo artístico que nos llegara en los libros de Darío, Rodó, *Azorín*, Valle-Inclán, Díaz Rodríguez, Blanco Fombona. La Filosofía oficiosa más audaz se había quedado en el Positivismo. Se llamaba hombre muy culto a quien podía poseer en su biblioteca los veinte y más volúmenes de la Historia Universal de Oncken. En materia artística, el suceso más extraordinario de aquellos días fue una exposición del viejo y excelente maestro impresionista Emilio Boggio, resucitado que volvía a su tierra natal desde los círculos de Manet y de Monet de los años 80. De las grandes cuestiones suscitadas en el mundo alrededor del problemático 1920: victoria de la Revolución rusa, inquietud socialista en todas partes,

primeros síntomas de fascismo, lucha por el derecho obrero, Sociedad de las Naciones, movimiento de reforma universitaria en casi toda Hispanoamérica, cambios sociales y políticos de magnitud considerable en México, Chile, Argentina, solo sabíamos lo que podía filtrarse en una que otra revista salvada de la censura del Correo. En nuestra generación, demasiado inclinada entonces a la literatura (tiempo de aplaudidos recitales en el “Teatro Capítol” de los poetas de moda: Andrés Eloy Blanco, Luis Enrique Mármol, Fernando Paz Castillo, Jacinto Fombona Pachano, Gonzalo Carnevali, Rodolfo Moleiro, etc., que los jóvenes recién venidos escuchábamos con entusiasmo de neófitos), en nuestra generación solo un hombre que nos llevaba pocos años y a quien yo encontré en el grupo más activo de estudiantes de Derecho, tenía auténtica inquietud y curiosidad por los problemas internacionales. Fue a Adriani, que ya leía varios idiomas, preparando su aprendizaje de estadista, a quien primero le escuché hablar de la crisis del positivismo del siglo XIX, del auge del *bergsonismo*, del alcance mundial de la Revolución rusa, de las teorías económicas y sociales de Walter Rathenau, del instrumentalismo filosófico norteamericano, del psicoanálisis y de cuantas ideas explosivas afloraba la época. Los grandes escritores venezolanos que nosotros admirábamos desde la provincia (Gil Fortoul, Díaz Rodríguez, Pedro Emilio Coll, Blanco Fombona) no estaban en aquellos años en Caracas, y a falta de ellos recibíamos el consejo de los representativos de las generaciones siguientes. La cultura clásica y aquella pasión que hoy llamaríamos “existencial” de José Antonio Ramos Sucre; el esteticismo cosmopolita y postmodernista de Ramón Hurtado; el claro don de análisis de Eduardo Arroyo Lameda; la estimulante cordialidad y curiosidad de Luis Correa; la erudición de toda rareza de Leopoldo Landaeta; el rigor a veces implacable de Julio Planchart; el silencio poblado de intuición mágica de Rómulo Gallegos, orientaban un poco, y muy contradictoriamente, nuestra juventud. En otro plano, también de convivio deleitoso, nos acercábamos a escuchar en la Cervecería

de la Torre, o en amables turnos de ostras y vinos españoles en *La Glacière* las brillantes y humorísticas paradojas de don José Austria, el mejor conversador venezolano que jamás escuchara; las anécdotas peraltadas de suntuoso estilo oratorio de don Eloy G. González y aquella vieja sabiduría de radicalismo extremo bebida contradictoriamente en Lucrecio y Spinoza, en Rousseau y en Darwin, del doctor Lisandro Alvarado.

También parecía Caracas una ciudad “stendhaliana” en su gusto por las personalidades bizarras y la buena conversación. Los modelos entonces vigentes de la sociedad criolla eran todavía franceses y españoles, lo que quiere decir que la vida tenía menos prisa y más gracia. La gran plutocracia, consolidada y desarrollada después, no erigía entre las gentes tan agresivas y cuantiosas barreras de fortuna. Las retretas dominicales de la Plaza Bolívar, dirigidas como por un viejo almirante por el maestro Pedro Elías Gutiérrez, congregaban encantadores grupos de muchachas y nos hacían comparecer a los mozos en trance de la primera conquista romántica, con solemnes palto-levitas, chalecos de fantasía y extravagantes bastones. Era fácil que nos presentaran en la plaza a las chicas que nos embelesaron y que una luminosa mañana de domingo, poblada de esperanzas y fantasías sentimentales, concluyera amablemente en la pastelería “La India” en juvenil obsequio de helados y vasitos de *vermouth*. Si teníamos éxito en esos primeros asedios, mediaban invitaciones a las muchachas para una función de cine en el Rialto o en el Capitol, que ellas sabían corresponder con otras a sus casas, donde al son de la vitrola se improvisaban ingenuos bailecitos de *one step* o *foxtrot*. La generación de la primera postguerra ya sustituía el vals y la mazurca de nuestros padres por las danzas sincopadas al modo norteamericano. Tenían también suma audiencia los pasodobles y *schoris* españoles, con sus letras trágicas y ardorosas:

Pisa morena, pisa con garbo
que un relicario te voy a hacer.

O esa otra, de *Rojo como un puñal*:
 Rojo como un puñal ensangrentado
 como el color de la española enseña
 como la boca húmeda que sueña
 besar un corazón enamorado.

En ese dualismo de amor romántico, de palabras que no se atrevían a nombrar el cuerpo, y la carne y de instintos reprimidos para merecer, a fuerza de idealidad, la belleza absoluta, los versos y la música de ciertos pasodobles pasaban como cálido y enegador *simún*:

Sevillano clavel, rojo como el deseo,
 cuando tocas mi piel, abrasada me veo.

Algo de los anhelos, represiones y frustraciones de la Venezuela de aquellos días se refleja en dos libros, quizás las más significativas obras de ficción publicadas en el país entre 1920 y 1924: *El último Solar*, de Rómulo Gallegos, e *Ifigenia, diario de una señorita que se fastidiaba*, de Teresa de la Parra. La primera es una epopeya de las generaciones que nos precedieron, de su imponente lucha contra la barbarie y la violencia nacional y, al mismo tiempo, de la vaga irrealidad poblada de impulsos contradictorios con que las más finas e inquietas minorías se habían situado ante la angustia del país. En el Reinaldo Solar de Gallegos chocan sin armonizarse las más variadas corrientes que configuraban la época: por una parte, el personaje ejemplariza el refinado y contemplativo crepúsculo de una estirpe; es el último romántico envuelto en indefinible angustia cósmica; pasa del nihilismo al explosivo e inconstante entusiasmo, parece simultáneamente conservador y reformador; reuniría en doble naturaleza el Superhombre de Nietzsche y el humilde y religioso *mujik* tolstoyano. Cuando se quiere liberar por medio del Arte, le acecha la sensualidad más neurótica y junto a la

pasión amorosa y la contemplación artística está añorando el tumulto y frenesí de la acción autónoma. Cuando se precipita en ella y se sume en la violencia para superarla y busca en la guerra civil —a la vieja manera criolla— un como testimonio de virilidad plena, el choque es tan desgarrador que ya desea más la muerte que la victoria. Acaso sin que Gallegos —como todos los creadores de símbolos— pudiera advertirlo, en la novela llegaban a su clímax y final conflicto sin salida las fórmulas individualistas de una época que estaba cambiando. Desde otra perspectiva, el libro de Teresa de la Parra, más allá de su engañosa e insinuante frivolidad, plantea asimismo la crisis de una aristarquía social y de sus convenciones y represiones morales. La obra, que comienza como graciosa murmuración de muchacha inteligente y deleitable cuadro costumbrista de las grandezas y pequeñeces del “cogollo” social caraqueño, nos va precipitando desde el corazón de la protagonista a la tragedia desolada de las últimas páginas. También esta *Ifigenia* —como la otra— será sacrificada a los torpes ídolos de la tribu, a los prejuicios de un mundo de formas demasiado arcaicas. La historia empezó con risas y termina en desvelos y lágrimas. Y desde aquella alba trágica del último capítulo en que las cosas parecen ofrecerse a la protagonista insomne con la más despiadada claridad, desnudamente crueles, parece que ella advierte en la conciencia y el dolor de su destrucción los collados de otra tierra prometida más comprensiva y humana.

Íbamos a salir los que éramos muchachos en aquel dilemático año de 1920 a la conquista de nuevos mundos morales y sociales. Nuestro atrasado romanticismo juvenil sufriría la prueba y expiación de una época que se tornó terriblemente tormentosa en que los conceptos y fundamentos de la vieja Cultura debieron modificarse ante la eruptiva emergencia de otras realidades. Aquí estamos todavía con las huellas

y el dolor del impacto. Sufrimos como toda generación bruscamente solventada por la Historia, horas de naufragio y horas de esperanza. Si no logramos aquella isla de Utopía hacia donde pusieron proa nuestros sueños, algo hay de nosotros, de nuestras meditaciones, creencias y consignas en lo que está discutiendo la época.

Caracas (1957)

La nueva Caracas que comenzó a edificarse a partir de 1945 es hija —no sabemos todavía si amorosa o cruel— de las palas mecánicas. El llamado “movimiento de tierras” no solo emparejaba niveles de nuevas calles, derribaba árboles en distantes urbanizaciones, sino parecía operar a fondo entre las colinas cruzadas de quebradas y barrancos que forman el estrecho valle natal de los caraqueños. Se aplanaban cerros, se le sometía a una especie de peluquería tecnológica para alisarlos y abrirles caminos; se perforaban túneles y pulverizaban muros para los ambiciosos ensanches. En estos años —de 1945 a 1957— los caraqueños sepultaron con los áticos de yeso y el papel de tapicería de sus antiguas casas todos los recuerdos de un pasado remoto o inmediato; enviaron al olvido las añoranzas simples o sentimentales de un viejo estilo de existencia que apenas había evolucionado, sin mudanza radical, desde el tiempo de nuestros padres. Se fue haciendo de la ciudad una especie de vasto —a veces caótico— resumen de las más variadas ciudades del mundo: hay pedazos de Los Ángeles, de San Pablo, de Casablanca, de Johannesburgo, de Jakarta. Hay casas a lo Le Corbusier, a lo Niemayer, a lo Gino Ponti. Hay una especial, violenta y discutida policromía que reviste de los colores más cálidos los bloques de apartamentos. Se identifica la mano

de obra y el estilo peculiar de cada grupo de inmigrantes en ciertos detalles ornamentales: los buenos artesonados de madera de que gustan los constructores vascos; ciertos frisos de ladrillo contrastando con el muro blanco como en las “masías” catalanas y levantinas; los coloreados y casi abusivos mármoles de los genoveses. Hay otros edificios que parecen, con sus bandas verticales pintarrajeadas, enormes cordones. Nos dan ganas de ejecutar en ellos trozos de ópera o alegres tarantelas.

Hay dentro de la ciudad pequeñas ciudades italianas como Los Chaguaramos y el novísimo barrio de La Carlota; hay calles que se “aportuguesaron” con sus pequeños hoteles, fondas y bodegas de lusitanos, y hay trozos muy yanquis con “supermercados” y bombas de gasolina que recuerdan a Houston, Texas, Denver, Colorado, Wichita, Kansas. El primer símbolo de esa transformación fue una inmensa bola de acero que se mostraba a los caraqueños allá por 1946 y que en dos o tres enviones convertían en miserable polvo o suelta arcilla arquitecturas entonces tan celebradas como el “Pasaje Junín” o el “Hotel Majestic”. Los caraqueños iban a contemplar el extraño boxeo que libraba con los muros, como verían los romanos las proezas de un gladiador venido del Ponto o de Bitinia.

Nada más semejante a los monstruos o la mitología inicial de América —a los jaguares de enormes colmillos de las pirámides aztecas— que estas máquinas dentadas de la tecnología estadounidense que en pocos segundos devoran un pedazo de cerro y se ahítan de pedruscos y terrones y nos asustan en los caminos como si de pronto resucitara un plesiosau-ro. Han sido nota determinante del paisaje venezolano en los últimos años; quisieron modificar la obra de Dios, sirvieron a los inversionistas para crear nuevas barriadas, cavar las bases de construcciones gigantes, cruzar de blancas autopistas el contorno de la ciudad. Y el viejo monte Ávila, cimera tutelar del valle, antiguo bastión contra los piratas, bosque autóctono que aún recordaba los días de los indios, orquedario natural

y productor de fresas, moras y duraznos silvestres, también fue invadido por la tecnología; se le surcó de cables para disparar un teleférico. Se ofrecen allí por cuatro bolívares crepúsculos y panoramas inauditos. Una fiesta comenzada en el valle puede continuarse, pocos minutos después, mil metros más arriba. Desde la eminencia del monte los ojos de los caraqueños se proyectan sobre los húmedos y floridos abismos de Galipán, sobre las innúmeras quebradas del valle, y por la otra vertiente, hacia los promontorios flecados o rabioso mar azul de la costa de La Guaira y Macuto. En la cima de la montaña hay una pista de patinaje sobre hielo, y el hotel Humboldt, coronado de nubes, nos elevó desde el trópico caliente a una fresca y ventosa zona alpina.

Retrato de un caraqueño

Así como los pintores flamencos destacaban en el marco de una vidriera gótica, con los árboles del campo y los torreones medievales al fondo, la silueta de sus eclesiásticos, humanistas, príncipes o mercaderes, pudiéramos imaginar el retrato arquetípico de un caraqueño de hoy. Mientras escribo con la ventana abierta, mirando y oyendo los autos que pasan por la avenida incesantemente ruidosa, observo también, en la calle lateral un inmenso montículo de tierra removida. Es alto mediodía y los obreros que trabajan en la construcción (predominan los italianos y portugueses) suspendieron un rato la tarea para tomar su pequeño refrigerio. Empinan las botellas de inocua Pepsicola y muerden el largo panetón aviado con lonjas de cochino y de queso. Al fondo también descansa la máquina dentada que durante toda la mañana engulló tierras y trituró pedruscos como si fueran avellanas. Tiene cara de tigre y gigantesca cola de dragón. La tierra excavada se amontona a un extremo con la simetría de una pirámide egipcia. Las sombras del mediodía parecen abocetar el rostro de una esfinge invisible. Dentro de

unos minutos habrá de reanudarse en todos los barrios de la ciudad el ruido de las palas mecánicas, la misma trituración o levitación de materiales. Nos cubrimos del polvo de las demoliciones; somos caballeros condecorados por el escombros, para que comience a levantarse —acaso más feliz— la Caracas del siglo XXI.

Y el retrato más peculiar de un caraqueño sería el del hombre que, sentado a su mesa de ingeniero, contempla desde la ventana “funcional” el paisaje de estructuras arquitectónicas inconclusas que tiene de fondo el perfil de una *caterpillar*. Si el pintor que hiciera el retrato se inclinase al detallismo fantástico —a lo Brueghel el *Viejo* o a lo Jerónimo Bosch— habría que pintar como en otras bandas panorámicas las varias gentes que suben por las escaleras o están tocando a las oficinas. El caraqueño puede haber abrazado la lucrativa profesión de contratista, y allí llaman a la puerta obreros de pesados zapatos que desembarcaron apenas hace dos días del vapor portugués; maestros y capataces italianos, delineantes españoles o bachilleres verbosos que dicen tener psicología y elocuencia para las relaciones públicas. No faltará tampoco un periodista colombiano o de las islas Canarias que ofrezca, como otra mercancía, los adjetivos de un reportaje.

Y en extraña dualidad, en conflicto de valores y estilos parece ahora moverse el alma del habitante de Caracas. Hace apenas dos o tres lustros se les educó al tradicional modo romántico sudamericano, en que el mundo de las emociones contaba más que el mundo de los cálculos. La dimensión de la hombría la daba el coraje y la prodigalidad, la listeza y el ingenio, los éxitos en el amor y la popularidad con los amigos. Era un ideal estético —aunque no estuviera desprovisto de cinismo— en que el hombre más perfecto era el capaz de exponer la vida o derrochar el dinero; en que el mejor camino de la conducta no parecía el análisis prudente, sino el impulso irracional de la “corazonada”. Y aupado en un dulce viento de cinismo o de simpatía, la vida se deslizaba sin mayor

sorpresa en el fácil y pequeño universo de gentes conocidas. Muchos venezolanos reclamaban, en la hora de los repartos, que eran descendientes de próceres: que una prima suya casó con un ministro; que en su familia, a través de largas generaciones, todos tuvieron puestos públicos. Pero otro espíritu de mudanza y áspera aventura empezó a soplar en los últimos años. Ya era imposible reconocer en una sala de cine a los nuevos y bulliciosos espectadores y como hormigueros diligentes salían de los sótanos, subían por los andamios de las estructuras arquitectónicas, compraban giros en los Bancos, negociaban y vendían las más desconocidas gentes. Las escotillas de los barcos arrojaban en el terminal de La Guaira o en los muelles de Puerto Cabello millares de inmigrantes. Y el que fue hace diez años obrero, ahora puede ser propietario de una empresa de construcción. A los ricos por herencia, bonanza política o linaje, se opusieron los nuevos creadores de fortuna. Aun los venezolanos más privilegiados tenían que despertar de su antiguo ritmo sedentario y correr en esta nueva maratón de empresas y aventuras.

Quizás estemos ahora en un momento transitorio que pulirán los tiempos, ya que el dinero se ha trocado en el casi exclusivo valor social. E innumerables caraqueños toman su matinal café con leche leyendo el movimiento de acciones en la Bolsa, los avisos de venta de terrenos, las urbanizaciones que se proyectan. Hay otros de fantasía más distante que apuestan a las hazañas económicas que se cumplirán en los bosques de Guayana cuando ya esté produciendo la Siderúrgica o se arremansen en gigantescas turbinas las caídas de agua del Caroní, o cuando en el húmedo valle de Morón, en tierras de Yaracuy, se yerga el vasto conjunto industrial de la Petroquímica. Y no hay que olvidar en el cardumen de negocios y rentas con que muchos quieren detener la muerte y asegurar el futuro, otras inversiones en distintos puntos estratégicos del territorio venezolano: Puerto La Cruz ha de ser el mayor puerto petrolero del Oriente; El Tigre se parece a aquellas ciudades-hongos que surgían en el

siglo pasado en los Estados Unidos cuando se conquistaba la frontera y se marchaba en busca del oro de California; Punto Fijo, mero punto en el calcinado desierto de Paraguaná hasta hace dos lustros, hoy es centro bullicioso y pobladísimo; Puerto Ordaz, centro exportador del hierro, se fundó hace tres años; Acarigua y Barinas son pequeñas capitales de la madera y el algodón; Calabozo y otros pueblos llaneros resucitan con la represa del Guárico; Maracaibo, Barquisimeto, Valencia, Maracay, multiplican cada año sus cifras económicas y demográficas. ¿Ha de seguir aquí una civilización, de tipo latinoamericano con nuestro amor por las formas estéticas, nuestro orden emocional, nuestra simpática “corazonada”, o habitaremos, más bien, en un aséptico y reglamentado mundo tecnócrata donde lo colectivo y abstracto predomina sobre lo personal e individualizado?

Hace diez años pensábamos que aquí, ineludiblemente, se prolongarían todos los estilos y formas económicas del Estado de Texas. Si el impacto norteamericano no iba a consumir nuestra pequeña civilización mestiza. Si no terminaríamos por ser demasiado sanos y demasiado optimistas. Si el viejo ideal de, señorío y sosiego a la manera hispánica “el sentimiento trágico de la vida”, no sería reemplazado por el dinamismo del rancharo o del millonario texano. O el individualismo criollo —para tener una norma colectiva— adoptaría la de los “clubs” de hombres de negocios de Estados Unidos. Si domesticarían con agua helada, deportes, comida sin especias, tiras cómicas y “confort” absoluto nuestro orgullo y casi nuestro menosprecio hispanocaribe; esa mezcla de senquismo español y de rudeza a lo Guaicaipuro que fuera tan frecuente en algunos viejos venezolanos. Quizás la inmigración europea —principalmente de Italia y de España— esté modificando aquel esquema y acentuará más bien —como en la Argentina— una nueva latinidad.

El caraqueño que en el retrato imaginario miraba desde la ventana el carácter de las demoliciones dejó de escribir o de trazar líneas en su

achurado papel topográfico; bajó por el ascensor y se detuvo en el pequeño café italiano a saborear un concentrado “expresso”. Le sirve una muchacha rubia que parece escapada de “La Primavera” de Boticelli. El consumidor pregunta:

—¿Lei è di Firenze, signorina?

—Di Prato— contesta la muchacha.

Y si el venezolano es culto, tiene frescos sus estudios de Liceo y hace poco viajó por Italia, acaso recuerda que Prato queda en la ruta de Bologna a Florencia por la “direttissima”. Es ciudad industrial con un campanile de Giovanni Pissano y un Palazzo Pretorio donde se guardan madonas de Filippo Lippi y mayólicas de Giovanni della Robbia.

Y el gusto del café fuerte, la melodiosa voz de la muchacha y su semejanza con las musas y las madonas renacentistas hace pensar al venezolano que se mantendrá en este país —con las audacias y aventuras tecnológicas que permita el siglo— una emocionada y conversadora civilización latina. Preferimos el encanto de esa muchacha al más prometedor plano topográfico. Nos conmueven más Botticelli y Filippo Lippi que aquel feroz ingeniero norteamericano que inventó el sistema Taylor.

Varios meridianos

El movimiento y color de la ciudad se reparte en varios meridianos. Hay todavía lo que queda de ciudad vieja en las calles adyacentes a la plaza Bolívar. El límite de las dos Caracas se fijaba hasta hace años en el añoso parque de la Misericordia, más allá del cual comenzaban las calzadas más amplias, que empezaron a edificar por 1930. Entre la Caracas tradicional y el “Country Club” o los Palos Grandes —lejanas urbanizaciones en la década del 30 al 40— mediaban haciendas y trapiches, los bucares más rojos y los mijaos más corpulentos del valle. Ahora las

avenidas de Sabana Grande y la Miranda enlazan ya los extremos. Las tiendas más hermosas y los comercios más abastecidos se trasladaron hacia el Este. El prolongamiento oriental de la ciudad invadió el Estado Miranda, Chacao y Petare, donde los caraqueños de hace apenas dos décadas iban a “temperar”; ocupa otros pueblos laterales como Baruta y el Hatillo y amenaza descender por las abruptas rampas que conducen a las tierras más cálidas de Guarenas y Guatire. Cuando las autopistas completen su tarea de circunvalación y enlace de los más varios niveles tendremos una ciudad que en su diseminado conjunto urbanístico ha de ofrecer los más diversos climas. Los moradores de El Junquito y San Antonio de los Altos, los turistas del hotel Humboldt encenderán en las tardes los leños de sus chimeneas y se vestirán de ropas invernales mientras en la caliente Guarenas puede recomendarse en un día de agosto poner en movimiento los ventiladores eléctricos. Quizás ninguna otra ciudad del mundo ofrezca en tan pocos kilómetros semejante antología de temperaturas. “Caracas, capital de todos los climas”, es un sencillo y expresivo “slogan” que pudiéramos vender para sus próximos carteles a una agencia de turismo.

Quizás el mayor problema de la gran urbe en proceso es la falta de un eje central desde donde se determine el nacimiento de las calles, la clara matemática de un buen ordenamiento urbanístico. Por eso, en el laberinto de las urbanizaciones, es la ciudad del mundo donde parece más difícil encontrar una dirección desconocida. Como a veces no basta el nombre de la calle, se da también el de la casa, pero hay más de dos “Avenidas Los Cedros”, varias “Acacias” y un millar de quintas puestas bajo la advocación de la “Virgen de Coromoto”. A veces un telegrama enviado desde el exterior resulta costosísimo, pues solo la dirección del destinatario comprende varias frases: “Barrio de El Paraíso, frente a la puerta de campo del Hipódromo Nacional”. En otras capitales de América los moradores de

los barrios periféricos van al “centro”, que puede ser la avenida Madero en México, la calle Florida en Buenos Aires, el Girón de la Unión en Lima, las calles Estado Ahumada en Santiago de Chile. Pero ¿cuál es el verdadero centro de Caracas? Hasta 1930 o 1933 parecía la plaza Bolívar, siguiendo el plano en damero de las ciudades coloniales. Después se pensó que iba a ser el parque de los Caobos, o aquella encantadora frontera entre lo viejo y lo nuevo que fijaba la plaza de los Museos. En 1945 otro núcleo quiso establecerse en la plaza de El Silencio, desde donde partiría la avenida Bolívar. Cinco años después, había surgido un nuevo meridiano en la plaza Venezuela con las bonitas tiendas y comercios de la Gran Avenida. Quizás para 1960 el eje central imaginario habrá que correrlo hasta la plaza de Altamira. Y por el momento, Caracas es como una confederación de burgos y urbanizaciones separadas por árboles, túneles, quebradas y colinas. Las pocas parroquias que mencionaba en su “Guía de Venezuela para el año 1940” don Nicolás Veloz Goiticoa se multiplicaron en nuevos y desordenados conjuntos urbanos. Hasta 1925 los caraqueños nacían o morían en Catedral, Altagracia, San Juan, La Pastora, San José, Candelaria, Santa Rosalía, El Paraíso, y los más proletarios en un arrabal de la entonces pobrísima Catia o en un cerro como el Monte de Piedad. Treinta años después, Catia es la más congestionada área industrial de la metrópoli; las parroquias foráneas se unieron a las urbanas y ni el caraqueño más avezado pudiera definir todos los lugares y toponímicos de nuestra cambiante geografía administrativa. Ya pertenece al folklore de un pasado reciente aquello de que se vivía en La Pastora por su buen clima, propicio para las dolencias del pulmón; de las ventanas de la calle de Candelaria con sus castos idilios románticos; de la agresividad de San Juan con sus valentones siempre dispuestos a una pelea a cabezazos; de la altísima burguesía de El Paraíso con sus jardines y villas a la francesa, sus pequeños castillos de Amboise y las gentiles institutrices que enseñaban a las familias pasos de baile, modos de saludar y lenguas extranjeras. Toda

una estratificada división de estilos, castas y fortunas comenzó a romperse y abigarrarse con el desarrollo económico y urbano después de 1936. Y como emancipándose de la tradición, otra Caracas se aleja y embellece hacia las faldas del Ávila, las colinas de Bello Monte o las Mercedes o la avenida Miranda, que cada día recuerda más a Los Ángeles, en California.

Los trescientos mil vehículos de motor que, según una estadística reciente, circulan por el territorio venezolano, algún día del año parecen darse cita en Caracas y producen una marejada de ruido y combustible quemado que quita a los peatones el higiénico deseo de las caminatas. El caraqueño es hombre motorizado y la misma dispersión de las casas en los más opuestos barrios anula el gusto de andar a pie. No hay, como en otras capitales de América que conservaron dentro de su desarrollo moderno parte de la estructura colonial, portales de plateros y botoneros, de mercaderes y escribanos. No hay calles exclusivas para cafés, teatros y platerías, como en México o Lima. Un comercio abigarrado prolifera en todas las zonas y junto a un garaje puede colocarse una pastelería vienesa. A veces el acierto de un arquitecto que planificó los edificios de una calle logra que florezca un conjunto de cierta gracia y armonía urbanística, y descubrimos de pronto que la avenida Wollmer se puso muy bonita con sus cuidados árboles, las terrazas de sus hoteles y restaurantes, el espléndido edificio de “La Electricidad de Caracas” y los pequeños cafés y pastelerías. O vagamos por las tiendecillas, librerías, peluquerías, logradas con tan sobria y clara gracia en el gran bloque del edificio Galipán. O un amigo nos hace subir por casi medrosa rampa a la modernísima casa que se edificó en Bello Monte o Alta Florida, desde donde el valle luce condecorado de autopistas, de mazos de verdor, de hormigueros de automóviles, de collares de luces. “Caracas allí está”, pero no como en la paz casi agraria añorante de la vieja elegía de Pérez Bonalde, sino como la más desvelada, quizás la más demoníaca ciudad del Caribe.

Personas y lugares

Salgamos a pasear y detengámonos en algunos sitios de la ciudad que reflejan su ritmo y alma presente. Si consultásemos una guía turística o formásemos parte de aquel cortejo itinerante que desembarca cada miércoles, haciendo su “cruce” por el Caribe en los vapores de la Compañía Grace, el cicerone bilingüe nos ofrecería un programa demasiado conocido. Nos llevaría, por ejemplo, a la Casa del Libertador, al Salón Elíptico del Palacio Federal, al Panteón, a los Museos y, por último, a refrescarnos el gáznate en la terraza del hotel Tamanaco, frente a las sensuales bañistas que flotan y bracean en una piscina extremadamente azul. Pero la Catedral, el Panteón, la Casa de Bolívar pertenecen a la inalterable historia de Caracas, y tiempos y personas pasan por ellas sin cambiarlas sensiblemente. Son como el último y más tenso hilo de Historia que une a las nuevas y viejas generaciones. El patio de los granados con su pequeña alberca, la neoclásica y severa tumba del Libertador cuyo buen gusto se salva frente a otros monumentos heroicos que se irguieron después, son sitios que invitan a la meditación y nos transportan a otras zonas de la conciencia. Y el caraqueño de estos días casi no tiene ganas de meditar o prefiere dispararse con la luz de cada mañana a donde le espera un torrente de negocios, transacciones y aventuras. Un paseo tan añosamente caraqueño como El Calvario casi no es concurrido por los venezolanos y sirve, en cambio, para que conozcan la flora tropical y cobijen sus primeros romances amorosos los inmigrantes recién llegados. Si acaso, sube hasta allí a repasar sus tablas de logaritmos, un estudiante de matemáticas cuando llega la temporada de exámenes. Los caraqueños se han hecho excesivamente cómodos y cuando se les invita a una excursión urbana inquietan primero si encontrarán sitio para estacionar el automóvil. Prefieren al paseo despacioso, que saborea todos los detalles, la marcha frenética por las autopistas. Y ya los carruajes girarán por una inmensa cinta blanca, sin detenerse en

ningún sitio. Otra generación ha de nacer que utilice sus piernas y se entregue al gratuito deleite de descubrir y gustar cosas a medida que las acendra la mirada. Crepúsculos, auroras, noches de luna, se prefieren ahora velocísimas, sin que interfieran con alucinaciones y con sueños el tránsito cabal de las carreteras.

Debemos ver, pues, otra Caracas que gesticula, negocia o actúa. Entrar, por ejemplo, a mediodía en los bares y comedores del hotel Tamanaco. Con su arquitectura de pirámide azteca, no solo es espléndida balconería de la ciudad, sino animado foro de relaciones públicas. Concurrido de inversionistas de todas partes, de magnates del hierro y del aceite, la dinamita y el rayón, banqueros y estrellas de cine y aun de solicitantes de amistades útiles, el vitaminado lunch del Tamanaco crea lo que en la jerga mercantil se llaman los “contactos”. Es antesala de empresas y negocios. Después de un martini en el bar o un whisky and soda, la ensalada tropical acompañada de camarones frescos permite el buen trato humano sin alterar la digestión. El ingeniero puede mostrar allí al capitalista —sin que parezca inelegante— el croquis somero de una urbanización; el abogado, el proyecto de una compañía anónima. Se puede telefonar a New York sin que se interrumpa el almuerzo. Y en las salas de conferencias se reúnen los directorios de compañías y asambleas de accionistas o se dan cursos que enseñan el difícil arte de vender y de negociar, de contratar seguros, combatir la timidez y salir por el mundo como alígero halcón en busca de su presa económica. Ese Tamanaco tan mercantil del mediodía es diferente ya del de la noche, que congrega, en las pistas de baile o en los saloncillos más penumbrosos, la más granada y alegre juventud. Para el extranjero ambicioso que viene a Venezuela y puede afrontar los gastos de la primera semana, el Tamanaco es una necesaria batalla social. Desde allí se inicia la red de las relaciones y cuando se tiene cálculo y estrategia puede ser el anchuroso vestíbulo de la fortuna. Para quienes saben descubrirlo y conocen

las palabras mágicas, Aladino va, a veces, por las calles de Caracas con su lámpara de milagro que ofrece concesiones mineras, terrenos por urbanizarse, empresas por crear.

La plaza Bolívar es punto de encuentros rápidos para los inmigrantes que no podían llegar a hoteles costosos y salieron con sus gruesos zapatos de obreros y labriegos, sus chaquetones de pana, después de comer la “fabada” de la fonda portuguesa, a tomar también contacto con el ruido y la luz del extraño valle. Andan todavía desconcertados ante el excesivo brillo del sol y la colaboración de los árboles. En grupos atraviesan las calles de la vieja ciudad, tropezando y agazapándose frente a los andamios de los edificios en construcción. Pero, por fin, llegan al pie de la patinada estatua donde el caballo del héroe se encabrita para saltar quién sabe qué abismo. Un Bolívar demasiado teatral y barroco, al gusto grandilocuente de la época guzmancista; venerable reliquia de 1874. Hay allí un diálogo babélico de todas las lenguas; El Libertador parece proteger la inmigración y diríase que a él se encomiendan, como a un nuevo San Jenaro, las gentes que buscan trabajo. Acude un contraamaestre que solicita albañiles para una empresa de construcción, o se leen, casi en comunidad, las largas columnas de avisos económicos con ofertas de empleos. Hay entre los inmigrantes —y eso sí resulta trágico— uno que fue profesor de latín y lenguas clásicas en la venerable Universidad de Cracovia o un actor cómico de la Ópera de Budapest. ¿Dónde colocarlos? A veces terminan de vendedores en un puesto de gasolina o de “contables” en una casa de abastos. O emprenderán desde Caracas un camino de azar que puede concluir, ejerciendo los oficios y profesiones más varios, en Acarigua, Estado Portuguesa, o en San Fernando, Estado Apure.

Era la plaza antiguo Ágora de conversación venezolana. Los viejecillos que no tenían para pagar las cuotas de un club acudían a la caída de la tarde a establecer sus anacrónicas tertulias que parecían traídas y extraí-

das de las boticas provincianas, en el tiempo de las sillas de suela y los faroles de gas. Se evocaba allí una Venezuela de fines del siglo pasado o de comienzos del presente con sus revoluciones y guerras civiles, sus cuentos de caudillos, sus lances difíciles o inverosímiles. O se hablaba con la mayor erudición heráldica de las familias de Zaraza, de Trujillo o de Mérida. Se contaban chistes políticos que ya habían aparecido en las crónicas costumbristas de 1895 o en las caricaturas de *El Grito del Pueblo en 1909*. Era la historia de una Venezuela de pocas personas que se conocían, por lo menos, de vista o referencia y repasaban sus recuerdos como quien hojea un álbum de retratos. Con sus bastones de vera, sus trajes de dril o de alpaca, sus desusados relojes y leopardinas, eran estos viejecitos los últimos depositarios de la tradición más coloreada y cuentera. Las biblias de su añejo sabor autóctono eran la “Historia contemporánea” de González Guinán, o la “Gran recopilación”, de Landaeta Rosales. Pero la oleada inmigratoria comienza a correrlos de la plaza, y ahora, cuando logran encontrarse e improvisar un pequeño corrillo, denigran de esas gentes nuevas que ya nadie conoce y que, según su primario nacionalismo emocional, les arrebatan el derecho al sol, a la sombra de los árboles, a sus intraducibles anécdotas.

—¿Qué va a ser de este país?— preguntan nostálgicamente.

Pero en la emulsión y trituración de sangres y corrientes culturales que vienen a sumarse a nuestro tricolor mestizo nadie podría aventurar la profética respuesta.

Sigue el paseo

El paseo por Caracas buscando lugares y gentes significativas del nuevo estilo de experiencia nos llevaría muy lejos y acaso no requiera el lápiz enunciador de un cronista, sino una fantasía diabólica y descubridora, como la de Balzac. Habría que revisar sitios tan contrarios como las

casas y los salones elegantes y las oficinas de Policía, donde identifican a una banda de ladrones de automóviles que cambiaba las placas de los vehículos usurpados y los iba a vender de contrabando a la República de Colombia. O el retrato del falso conde europeo que vendía condecoraciones imaginarias a los coleccionistas de títulos y medallas. O la muchacha húngara y francesa que para que fuéramos perfectamente civilizados fundó una “cava” existencialista con chicas volutariamente desgrefñadas, músicos y cantantes de sexo indeciso, en un tranquilo barrio rural. O el italiano que vive en una covacha, pero que firma escrituras en el Registro por más de cuatro millones. O los transeúntes que a la medianoche del sábado se acumulan en los “Sellados del 5 y 6” a adelantar su conjuro hípico para las carreras del domingo. O la historia inaudita, que empapa los periódicos del lunes, del que acertó a las patas de los caballos y con un cuadro de ocho bolívares obtuvo ochocientos mil y los reporteros le preguntan qué piensa hacer en su nueva profesión de millonario. Y entre tantos éxitos, el suicidio del inmigrante inadapitado que trajo de la guerra o de su antiguo campo de concentración un trauma irremediable. Gentes, rostros, problemas para que los analicen sociólogos, economistas y psiquiatras.

Junto a los ricos y aventureros, las multitudes más pacíficas y estoicas que pueblan los autobuses o habitan los grandes bloques de apartamentos en los cerros. El pueblo matinal que madruga y la sociedad próspera que sale en la madrugada de las fiestas opulentas. La igualitaria democracia que se aglomera después de la media noche en las ventas de tostadas y criollísimas “arepas”, donde nuestro viejo pan cumanagoto adobado con queso y chicharrón acerca en su fragancia conciliadora a todas las clases: al caballero de *smoking* que viene del baile y al conductor de camiones y gandolas que parte a las lejanas carreteras.

La abundancia de divisas trae no solo un cosmopolitismo humano, sino otro de productos y prodigalidad. Las tiendas de Caracas, con frecuencia

empachadas de mercancías, son como anticipo y prefiguración de las exposiciones universales. “Made in Germany”, “Made in Italy”, “Made in Japan” y alguna vez “Hecho en Venezuela”. Se puede comprar en la misma tienda una porcelana de Sajonia y un biombo japonés. Frente a comercios muy feos que aún recuerdan la decoración del extinto pasaje Ramella en los días del 1900, hay tiendecillas que pudieran estar en París, Viena o Florencia. Los modistas franceses exhiben los modelos más caros. Aunque haya calor se pueden vender armiños y martas cibelinas. Hay también el cosmopolitismo del olfato y del gusto. Los vidriados y niquelados “Super-Market” a la norteamericana contienen la más varia antología del sabor. Se consumen por igual sardinas de Margarita y esturiones del mar Negro. Los alimentos yanquis ofrecen su infantil y entretenida manipulación mágica. Se echa un poco de agua o de leche y se pone al horno el polvillo que contenía el sobre y dentro de pocos minutos veremos cómo se esponja —sin perder su olor de química y farmacia— un pastel de limón o de chocolate. Hay abundantes e inverosímiles juguetes de niños para escape de nuestra curiosidad o nuestro derroche, para ocupación de almas vacías.

Naturalmente que dentro del inmenso prisma de apariencias que es la vida caraqueña de 1957; de la luz de neón que nos inunda de anuncios comerciales; de la invitación a un perenne viaje por islas encantadas con palmeras de oro y danzantes cubiertos de flores, a que nos conminan las agencias de viajes; de las esmeraldas y diamantes de las joyerías, de los automóviles de todas las marcas que corren como galgos de lujo por las autopistas, hay también un mundo de más desgarrada realidad, de inalterable esencia. Todavía los caraqueños conocen el amor y la muerte, la angustia de vivir y la zozobra de comprender. Una droga que se ha generalizado en ciudad tan presurosa y que se llama “ecuanil” no logra calmar del todo la cavilación de las gentes.

Con equiparables choques, con los misterios de un sub-consciente colectivo que aún no asciende a la comarca clara de la percepción, se está

aún formando el espíritu de esta ciudad de Caracas que, a pesar de sus cuatro siglos de fundada, nunca lució tan terriblemente adolescente. Sigue creciendo y edificándose sin tregua: en el día y en la noche, en las horas de vigilia y en las horas de sueño. La amamos y también nos querellamos con ella porque resume en su dinamismo y perplejidad la esencia de una patria en ebullición que todavía gira sobre el futuro. El monte Ávila se recuesta en la ciudad con la turgencia de un pecho amoroso o fija sobre el valle, cambiante y agitado, su cimera de eterno granito. Hermosearla a la escala del servicio y el amor humano, pulir su alma para la solidaridad, la justicia y la belleza debe ser su prospecto moral que se concibe con el plan técnico de los ingenieros. Solo el espíritu habrá de salvarla de la excesiva tensión de la aventura y aún de las demasías del dinero.



COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

PREPrensa e impresión

Fundación Imprenta de la Cultura

ISBN

978-980-440-032-2

DEPÓSITO LEGAL

DC2021001819

CARACAS, VENEZUELA, DICIEMBRE DE 2021

La presente edición de
COMPRESIÓN DE VENEZUELA
fue realizada durante el mes
de diciembre de 2021,
año bicentenario
de la Batalla de Carabobo
y de la Independencia
de Venezuela

EN CARABOBO NACIMOS “Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”. Con estas palabras Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó “el equilibrio del universo”. Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la “mayor suma de felicidad posible”, de la “igualdad establecida y practicada” y de “moral y luces” para todas y todos; la República sin esclavizadas y esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuanista para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



Comprensión de Venezuela “Lo peor que le puede ocurrir a Venezuela es que al amparo de un presupuesto pródigo como el que la riqueza petrolera vuelca sobre el Estado nos trocásemos en un país de burócratas y parásitos”. Esta sentencia de Mariano Picón Salas expresa el espíritu de este libro, preparado en 1948, cuando Rómulo Gallegos aún era presidente. La revisión de la historia le hacía temer que la dirigencia política se extraviara en la creencia de que era posible lograr las transformaciones necesarias solo con dinero y poder.

Esa visión, pensaba Picón Salas, respondía a la exaltación romántica de la gesta de Independencia, a un nacionalismo ingenuo y al desconocimiento de la compleja dinámica geohistórica que signó nuestro proceso de formación económico-social. Veníamos de ser un país cerrado a las corrientes modernizadoras del mundo a causa del “cerrado provincialismo mental” de finales del siglo XIX y las primeras décadas del XX. Por eso, abrir la mente, cultivar el espíritu y educar a la sociedad era tan estratégico como abrir carreteras y negociar riquezas.

“No hay que engañar al país, sino ayudarlo y comprenderlo, hay que quitar —a quienes todavía la tienen— la falsa ilusión de que Venezuela, como las demás Repúblicas sudamericanas, pueden ser países aislados, separados del mundo exterior tras sus peculiares regímenes de gobierno y de sus economías atrasadas como lo fue el sueño de más de un voluntarioso caudillo criollo”. Ese es el propósito de este libro donde el autor recoge once ensayos escritos en distintos momentos.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

